



# LOS PROCESOS DE FORMACIÓN Y RECONFIGURACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA: REFLEXIONES TEÓRICAS Y PROBLEMAS CONCEPTUALES



Silvia Simonassi y Pablo Ghigliani coords.



Programa  
Mundos del Trabajo



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA



I S H I R



**Los procesos de formación y  
reconfiguración de la clase trabajadora:  
reflexiones teóricas y problemas  
conceptuales**



**Programa  
Mundos del Trabajo**



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

CONICET



I S H I R

Edición: Programa Mundos del Trabajo  
Diseño: Felipe Venero  
Diseño de tapa: Juan Pastrello  
Editora: Universidad Nacional de La Plata

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN 978-950-34-2235-9  
Colección: Encuentros, Congresos y Jornadas

---

Los procesos de formación y reconfiguración de la clase trabajadora:  
reflexiones teóricas y problemas conceptuales / coordinación general de  
Silvia Simonassi; Pablo Esteban Ghigliani; - 1a ed. - La Plata: Universidad  
Nacional de La Plata, 2023. Libro digital, PDF  
Archivo Digital: descarga y online

---





## Índice

Reflexiones introductorias, Silvia Simonassi y Pablo Ghigliani.....	8
Primera parte.....	12
Una introducción a los debates latinoamericanos, <i>Julia Tessio y Felipe Venero</i> .....	13
La clase trabajadora y la “revuelta” popular en Chile, <i>Rolando Álvarez</i> .....	15
Sindicatos e “democracia racial” no Brasil (1945-1964): uma introdução, <i>Paulo Fontes</i> .....	33
Segunda parte.....	51
Introducción. Intercambios en el marco de los talleres sobre los procesos de formación de la clase trabajadora en Argentina, <i>Lucrecia Saltzman</i> .....	52
La noción de clase trabajadora a debate. Notas de investigación sobre problemas y articulaciones conceptuales, <i>Julia Soul y Agustín Santella</i> .....	58
Apuntes sobre el análisis de las experiencias de los trabajadores y trabajadoras desde una perspectiva de género, <i>Lucrecia Saltzman</i> .....	74
La conflictividad en los procesos de formación de la clase trabajadora, <i>Silvia Simonassi</i> .....	84
Clase y formación de clase: apuntes exploratorios para una discusión historiográfica, <i>Pablo Ghigliani</i> .....	99
Revisando el concepto de <i>anomalía</i> . La organización sindical de base en el proceso de formación de clase, <i>Felipe Venero</i> .....	112
Sobre las autoras y los autores.....	127





# Reflexiones introductorias

*Silvia Simonassi – Pablo Ghigliani*

Esta compilación reúne los trabajos presentados en los encuentros y talleres virtuales organizados durante los años 2020 y 2021 por el Proyecto de Investigación Plurianual “Procesos de formación de la/s clase/s trabajadora/s en Argentina desde la segunda mitad del siglo XX. Aproximaciones desde la historia y la antropología social del trabajo” (ISHIR CONICET/UNR e IDIHCS CONICET/UNLP) dirigido por la Dra. Silvia Simonassi y co-dirigido por el Dr. Pablo Ghigliani, en el marco del Programa de Investigación Mundos del Trabajo (IdIHCS – UNLP), una red de grupos de investigación de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, dedicados al estudio del trabajo en el Cono Sur desde el campo de la historia y la antropología social.

Ambas iniciativas comparten un horizonte común: la investigación empírica y la reflexión teórico-metodológica sobre la formación de la clase trabajadora, esto es, sobre los cambios en su composición y las dinámicas que marcan el ritmo de los procesos de organización, desarticulación y reconfiguración que la determinan. Lejos de considerar que la clase está allí, construida para ser aprehendida por el análisis histórico, sociológico o antropológico, esta perspectiva asume que se trata de un proceso histórico.

En particular, el foco del proyecto radicó en los procesos de formación de la/s clase/s trabajadora/s en dos regiones argentinas a partir de mediados del siglo XX y hasta la actualidad, desde una perspectiva relacional, incorporando los debates teóricos y metodológicos desarrollados en el seno de la historia social y de la antropología del trabajo. Sus propósitos abarcaron el estudio tanto de las condiciones materiales como de las prácticas de organización y acción de los trabajadores, incorporando las políticas patronales y estatales, atendiendo

las heterogeneidades de género, y destacando continuidades y rupturas durante el período considerado. De esta manera, estuvo orientado a producir conocimiento sobre el accionar de la/s clase/s trabajadora/s en el marco de un doble movimiento de problematización de la escala nacional: por un lado, concentrándose en las historias locales, regionales y comunitarias para poder avanzar en perspectivas comparativas; por otro lado, integrando al análisis los marcos transnacionales donde tienen lugar las experiencias de los trabajadores.

Lamentablemente, el desarrollo de buena parte del proyecto se vio alterado por la irrupción de la pandemia del COVID, que obligó a reorientar las actividades planificadas. Decidimos, en dicho contexto, organizar actividades de formación que nos permitieran encontrarnos de manera virtual en seminarios internos de debate y formación teórica, tal como planteamos en los objetivos del PIP. Esto fue acompañado con encuentros abiertos destinados a la construcción y fortalecimiento del Programa Mundos del Trabajo del cual formamos parte.

El primer encuentro lo realizamos a finales del 2020 y contó con dos actividades. La primera de ellas consistió en la conferencia “La clase trabajadora y la revuelta popular en Chile” impartida por el Dr. Rolando Álvarez del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile sobre las movilizaciones de octubre de 2019. La segunda instancia de este encuentro fue el *Taller Dilemas de la investigación en Historia y Antropología de los y las Trabajadoras*, coordinada por Verónica Vogelmann y Mariel Payo Esper, y con exposiciones a cargo de Pablo Ghigliani, Lucrecia Saltzmann, Silvia Simonassi y Felipe Venero. El segundo encuentro contó con la participación de lxs Dres. Julia Soul (CEIL-CONICET) y Agustín Santella (II.GG. – UBA), quienes discutieron la necesidad de ampliar la noción de clase trabajadora. El tercer y último encuentro, tuvo como protagonista al historiador brasileiro Paulo Fontes quién presentó su investigación sobre sindicatos y “democracia racial” en Brasil (1945-1964), actividad coordinada por Eleonora Bretal, otra de las investigadoras que integran el equipo de trabajo del PIP.

En esta publicación compilamos estas intervenciones, revisadas y reelaboradas, y sistematizamos el debate colectivo que les sucedió. De

conjunto, los textos ponen de manifiesto la importancia de pensar los procesos de formación de clase en clave regional y transnacional, mediante aproximaciones comparativas, y desde una perspectiva atenta a los problemas conceptuales, a los métodos y a las fuentes de la investigación.

La primera parte consta de una presentación a cargo de Julia Tessio y Felipe Venero. En “Una introducción a los debates latinoamericanos”, dan cuenta de la relevancia de las aproximaciones teóricas e históricas de los escritos que se presentan a continuación, así como la pertinencia en el contexto político del subcontinente. La contribución de Rolando Álvarez “La revuelta en Chile (2019)” se pregunta sobre la relevancia conceptual y política de la denominación de los sucesos iniciados el 18 de octubre de 2019 en Chile, en el marco de una caracterización del proceso histórico en el cual se insertan. Por su parte, Paulo Fontes presenta “Sindicatos e “democracia racial” no Brasil (1945-1964): uma introdução”, reflexionando acerca de las deudas pendientes en la historiografía brasileña en cuanto a los cruces entre procesos de formación de la clase y racialización, sobre la base de sus estudios sobre la clase trabajadora paulista en los años cincuenta y sesenta.

En la segunda parte, Lucrecia Saltzmann prologa los trabajos que la componen en “Intercambios en el marco de los talleres sobre los procesos de formación de la clase trabajadora en Argentina”. Allí, recupera los fructíferos debates y diálogos teóricos y metodológicos que se desarrollaron virtualmente en el marco del PIP y el Programa Mundos del Trabajo en medio de la pandemia. Julia Soul y Agustín Santella, en “Ampliando la noción de clase trabajadora. Problemas y articulaciones conceptuales”, retoman algunas de las discusiones teóricas actuales sobre los procesos de formación de clase, núcleo problemático central de nuestras pesquisas, a partir de los resultados obtenidos en sus propias investigaciones empíricas. Asimismo, Lucrecia Saltzmann, en “Apuntes sobre el análisis de las experiencias de los trabajadores y trabajadoras desde una perspectiva de género”, recupera reflexiones teóricas derivadas de su trabajo de tesis doctoral: problematiza desde la perspectiva de género el concepto thompsoniano de experiencia así como los dilemas metodológicos de explorar esta dimensión en los estudios del trabajo. Silvia

Simonassi, en “La conflictividad en los procesos de formación de la clase trabajadora”, presenta un conjunto de reflexiones vinculadas a una de las dimensiones que constituyen los procesos de formación de la clase trabajadora profundizando en las distintas formas que la conflictividad laboral ha adoptado históricamente según surge de las investigaciones propias (individuales y colectivas). Pablo Ghigliani, en “Clase y formación de clase: notas exploratorias para la discusión”, examina ambos conceptos mediante la recuperación de diversos referentes teóricos del campo del marxismo para recuperar tanto relevancia de las condiciones objetivas como la necesidad de indagar los rasgos organizativos, identitarios, políticos y culturales del proceso de formación de las clases. Por último, Felipe Venero, en "Revisando el concepto de *anomalía*. La organización sindical de base en el proceso de formación de clase", retorna de manera crítica a uno de los textos fundantes de los estudios sobre la clase trabajadora argentina de mediados de la década de los ochenta, revisando y cuestionando los pilares sobre los que se cimenta el argumento desarrollado en la época por Adolfo Gilly.

Finalmente, queremos agradecer a las instituciones involucradas: CONICET, IdHICS/UNLP y el ISHIR/CONICET-UNR, por aportar los recursos, las herramientas tecnológicas y la disposición para desarrollar y compartir nuestra tarea. A todos y todas los y las integrantes del PIP y del Programa que participaron en los distintos encuentros contribuyendo con su presencia (virtual), sus preguntas y reflexiones a enriquecer los debates que reflejamos aquí tras el esfuerzo de reescritura y desgrabación para adaptar las intervenciones orales a este nuevo formato. A Julia Tessio, Lucrecia Saltzmann y Felipe Venero por el esfuerzo de diagramación de este texto, quienes se hicieron el tiempo necesario en el medio de sus múltiples tareas para que este escrito pueda circular.

# Primera parte

# Una introducción a los debates latinoamericanos

*Julia Tessio – Felipe Venero*

En esta primera parte acercamos las presentaciones del primer y del tercer encuentro que realizamos en 2020 y 2021 referidas a los “Procesos de formación de la clase trabajadora” impulsadas por el programa Mundos del Trabajo. Se tratan de las enriquecedoras presentaciones en momentos de encuentros virtuales, que trascendieron las fronteras nacionales, y que nos permitieron acercarnos a la historia reciente de la clase trabajadora latinoamericana con nuevas miradas.

En primer lugar, presentamos el trabajo de Rolando Álvarez, docente de la Universidad de Santiago de Chile, titulada “La Revuelta en Chile” y, en segundo lugar, la exposición de Paulo Fontes, perteneciente a la Universidade Federal do Río de Janeiro, titulada “Sindicatos e ‘democracia racial’ no Brasil (1945-1964): uma introdução”. Para esta primera parte, optamos por reponer los debates posteriores, ya que se produjeron intercambios de gran valor que permitieron ampliar significativamente las exposiciones de los autores sobre los problemas abordados. Recuperar estas voces y los intercambios producidos nos pareció el mejor modo de restituir algo del clima de trabajo de los encuentros.

La exposición de Rolando Álvarez nos presenta una mirada de la historia de la revuelta en Chile atravesada por múltiples interrogantes y problemáticas. Buscando comprender qué fue lo que sucedió en el octubre chileno de 2019 nos introduce en los sujetos que fueron protagonistas, su procedencia, sus objetivos, sus tensiones y contradicciones, sus padeceres, etc., en un recorrido por más de treinta años de historia. Así, podemos preguntarnos qué sucedió, cuál fue su alcance, el porqué de los acontecimientos

y cuál fue el recorrido de este conjunto de actores políticos y sociales. Indefectiblemente es necesario comprender que muchas de las apreciaciones y relevamientos son enormemente estrechos en tiempo y espacio al investigador, lo que también nos indica Álvarez como parte del problema para pensar la “revuelta”.

Con el trabajo de Paulo Fontes, por otro lado, se plantearon nuevas preguntas acerca de la constitución racial de la clase obrera paulista y su autopercepción como parte del proceso de construcción de la clase previo al golpe de estado de 1964. Los debates sobre la interseccionalidad de raza y clase no dejan de estar a la orden del día debido a la emergencia de los movimientos identitarios, cuestión que aparece como parte del debate, como vemos a continuación. De este modo, Fontes nos comparte los primeros pasos de una investigación en curso.

Dichas presentaciones tienen el mérito de acercarnos investigaciones pioneras que en ciertos casos no son accesibles en archivos escritos y abordarlas implica un profuso trabajo a través de otras herramientas como la historia oral, las historias de vida, las fotografías y los registros *in situ* que los propios historiadores pueden reconstruir. El debate que recogemos en ambos casos gira en torno a las modalidades de conflictividad, a la constitución de los sujetos y sus demandas, a las estrategias metodológicas que posibilitaron acercarse a estas primeras reflexiones de estas investigaciones, entre muchas otras.

Estas importantes exposiciones y debates tienen el mérito de ser pensadas al calor de la emergencia de los nuevos procesos de conflictividad de la clase trabajadora americana y latinoamericana, que van desde el movimiento de *Black Lives Matter* que puso la “cuestión negra” en el centro de la escena hasta los procesos de levantamiento en América Latina, donde Chile que surge como el epicentro de mayor radicalidad. Las preocupaciones emergentes derivan, necesariamente, de volver a mirar nuestra historia reciente desde nuevas preguntas y problematizando viejos trabajos desde el presente de quienes nos dedicamos al estudio de los procesos de conformación de la clase trabajadora.

# La clase trabajadora y la “revuelta” popular en Chile

*Rolando Álvarez*

Esta presentación titulada “La clase trabajadora y la “revuelta” popular en Chile”, se divide en dos partes. La primera gira en torno a la gran pregunta de fondo que se instaló en el debate académico y político para interpretar y caracterizar estos hechos: ¿estallido o “revuelta” social? El segundo bloque de la exposición trata acerca del trasfondo histórico y los orígenes de los sucesos en Chile, buscando una serie de explicaciones históricas para comprender el fenómeno.

El viernes 18 de octubre 2019, que quedó grabado en la memoria de todos y todas las chilenas, se inició como un día laboral aparentemente normal. Los días anteriores habían sido agitados por las protestas de los estudiantes secundarios por el alza del precio del boleto en el Ferrocarril Metropolitano. El popular Metro de la ciudad de Santiago, es el principal medio de transporte en la populosa capital. El clima político en Chile estaba enardecido por declaraciones del ministro de Hacienda, quien había invitado a la gente a levantarse más temprano para evitar el alza. Además, el gobierno y la derecha rechazaban con mucho ímpetu un proyecto de ley de diputados de izquierda para disminuir la jornada laboral a 40 horas. A pesar de este mal clima, algunos políticos conservadores de ese momento enviaron un llamado a los secundarios diciéndoles que su movilización “*no prendió, cabros*”. Es una jerga que se utiliza en Chile para llamar a la gente joven.

Semanas antes, el presidente Piñera había proclamado que Chile era una isla de paz y consenso social. A pesar de estas señales de clima enrarecido, nadie imaginó que ese inolvidable viernes finalizaría dando el



puntapié inicial a una de las más grandes y prolongadas manifestaciones de rechazo y descontento contra el orden establecido que se tenga memoria en la historia. Sin dudas, lo más impresionante para quienes viven *in situ*, fue darse cuenta que la “revuelta” continuó con nuevos episodios. Los días y semanas siguientes no se pudo asistir al trabajo. Se acabaron las clases en los colegios y las universidades. Se declaró Estado de Excepción. Hubo toque de queda, tanques y camiones militares que salieron a las calles. Nuevamente la represión golpeó con furia al pueblo. Desde esa fecha, el país no volvió a ser el mismo.

Lo que empezó como una protesta estudiantil desencadenó un verdadero volcán de ira popular. Esta fase de volcán ha sido muy utilizada para explicar lo que ocurrió en Chile. Fue una ira popular contra los símbolos del poder, del orden de un país. Incendios, saqueo, destrucción de símbolos que incluyó la llamada “revolución feminista” y una incesante movilización callejera que se prolongó por semanas. Dieron un giro copernicano a la realidad política, económica, social chilena. En buena medida, muchas de las premisas que por décadas se sostuvieron sobre Chile como país del modelo neoliberal quedaron por lo menos, en un signo de pregunta.

Todo indica que, desde el punto de vista de la mediana duración histórica, estamos en presencia de un nuevo comienzo de la historia reciente de Chile. La pregunta es: ¿el país podrá de una buena vez desembarazarse del legado dictatorial que una y otra vez retorna a la actualidad? Esta es una de las preguntas que está en el trasfondo del proceso del actual transcurrir chileno, el que está por cierto abierto. Pocos se atreven a configurar los escenarios en los próximos meses en Chile, dependiendo de cómo se resuelvan las claves que se van a producir el próximo año. La evaluación del significado de la “revuelta” de 2019 sufrirá drásticas modificaciones.

Para explicar lo que significó este verdadero “terremoto”, es necesario partir explicando cuestiones de contexto. Chile vive un clima muy polarizado en donde las diferencias políticas se manifiestan en espacios supuestamente despolitizados, desde programas de televisión de entretenimiento, pasando por el fútbol o espectáculos musicales para no

quedar fuera de foco. Hoy todo Chile toma posiciones y se pronuncia sobre lo que hay que hacer. Esto representa ciertamente un cambio muy importante.

Desde la década de los '90, la clase dominante realizó un ingente esfuerzo por naturalizar significantes que se volvieron lugares comunes para buena parte de sus habitantes. Para definir la cultura política chilena, las palabras dominantes eran consenso, estabilidad, acuerdos, reconciliación, gobernabilidad; las que pasaron a formar parte de la estrategia de las élites para caracterizar el régimen político chileno postdictatorial.

Fue un esfuerzo consciente por naturalizar el orden capitalista, su base neoliberal heredada por la dictadura de Pinochet, un símbolo de ese consenso. Por otro lado, también hubo una batalla ideológica por exorcizar el lenguaje de los opuestos al orden neoliberal. Para describirlos durante 30 años se utilizaron categorías tales como “ortodoxos”, por su adscripción al materialismo histórico y a la noción de lucha de clases; “anómicos”, “lumpenes”, entre otros epítetos que buscaron criminalizar la manifestación de protesta popular. O, por último, también se les dijo “hijos del modelo” porque reclamaban por no haber sido incluidos en el supuesto carnaval de la abundancia del consumo neoliberal.

### **¿Estallido o “revuelta”?**

En este marco, la batalla por la caracterización de lo sucedido en Chile a partir del 18 de octubre y sobre cómo definir a quiénes protagonizaron los hechos, tiene un significado no solo académico, sino, sobre todo, político. A más de un año de desencadenado los sucesos, un capítulo de la lucha política y social en Chile se ha dado y se está dando en el plano de las ideas. Por este motivo, hablar de la “revuelta” de la clase trabajadora constituye dos dimensiones que interpretan esta historia a contrapelo de las clases dominantes. Pues, en el polarizado y carente de consensos políticos chilenos, podemos distinguir claramente las posiciones políticas de los interlocutores a partir de su explicación sobre los orígenes del octubre del '19. También sobre quienes fueron sus protagonistas.

A fines del año 2020 se han publicado numerosos libros y ensayos sobre el llamado “estallido social” y la lucha por tratar de darle un significado. Es casi tan arduo como lo fueron las incesantes jornadas que la constituyeron. La primera versión la dio el propio Gobierno y sectores de derecha, quienes plantearon enfocar una supuesta intervención extranjera de agentes de la inteligencia venezolana, de la operación de la Rusia de Putin. Incluso de youtubers del K-Pop, de la música coreana. Piñera, rodeado de militares, tras el estallido habló de la existencia de un enemigo fuerte y poderoso, lo que fue interpretado como una declaración de guerra contra el pueblo. Estos planteamientos pueden resultar hasta jocosos, pero todavía algunos sectores ultraconservadores no la descartan. Hace poco, el autodenominado “presidente” de Venezuela, Juan Guaidó, en entrevista concedida a un medio chileno, insistió que podía ser cierto. Esta primera fase interpretativa, tiene hondas raíces en la historia de Chile, acostumbrado a definir a los conflictos sociales como producto de intervenciones foráneas ajenas al alma nacional.

En un campo menos contaminado por la lógica de la Guerra Fría, hay dos grandes enfoques que han coincidido en denominar estos hechos como “estallido social”. Una, proveniente de la sociología lo ha tildado como expresión de anomia social. Para ellos el estallido sería expresión del malestar generado por la evolución de la expectativa que generó una aparente exitosa “modernización neoliberal”. La incapacidad de satisfacer los afanes de integración a la abundancia estaría en la raíz de la protesta. Según estos planteamientos, ampliamente divulgados por los medios de comunicación de masas de la derecha que en Chile controlan más del 90% de los medios. El 18 de octubre habríamos estado en presencia de una protesta derivada de las torpezas de la elite, incapaces de concordar una nueva fase de modernización liberal en Chile. Para decirlo de otra manera, el problema no era la desigualdad estructural del capitalismo en Chile, sino que sus ejecutores, las élites, no estaban aplicando correctamente sus premisas, desaprovechando la oportunidad de saltar definitivamente al desarrollo.

La otra mirada más crítica reconoce la existencia de brutales desigualdades sociales. La teoría general apunta a la pérdida de legitimidad

del modelo, pero como ha señalado el historiador José Ponce, estas lecturas comparten una mirada que le restan agencia a quienes protestan. Al igual que la interpretación más conservadora, optan por centrar su explicación en la incapacidad de las clases dominantes para resolver sus diferencias internas y dar solución a la crisis. La protesta, por lo tanto, habría estado protagonizada por hordas de jóvenes enfurecidos, jóvenes movidos por su malestar, su molestia por la no integración del modelo. De ahí, el concepto de “estallido social” que describe bien esta inusitada ira que sería irracional, destructiva y que había representado lo ocurrido.

Otra constelación de explicaciones, a diferencia de la anteriores, enfatizan en la capacidad de organización de los protagonistas de la protesta. Proponen que, dada la heterogeneidad de los actores, la ausencia de un movimiento social tradicional que condujera a la movilización, utilizar categorías más identitarias para caracterizar el lazo que se generó. Algunos han hablado de “pueblo” como sujeto colectivo que protagonizó el alzamiento. En este caso, algunos analistas reconocen que el origen de lo ocurrido fueron factores de corte estructurales, producto de la explotación capitalista, pero apelan a la definición identitaria no clasista del actor.

Por último, se debate desde una perspectiva ligada al materialismo histórico. Otros autores, como el mencionado José Ponce han publicado en donde opta por denominar “revuelta” a las movilizaciones populares octubre de 2019 en adelante. El sujeto que la habría protagonizado dice Ponce sería la clase trabajadora chilena sometida por décadas al despojo y explotación capitalista. Por amplitud y magnitud fue mucho más que una protesta que se desarrolló en gran parte del país. Combinó formas de lucha espontáneas con otras más organizadas, superando las características y repercusiones de cualquier otro evento anterior en la historia. Por otro lado, sería “revuelta” porque no alcanzó a ser una situación pre-revolucionaria. A pesar de lograr torcer la institucionalidad y presionar al gobierno hasta límites inusitados, no existía detrás de la “revuelta” un proyecto político alternativo, y tampoco la manera como se condujo.

En segundo lugar, respecto a quiénes fueron los protagonistas de la “revuelta”, también ha sido una temática ampliamente extendida del debate en Chile. El mundo conservador, convencido de que se trató de un

problema de no integración de las clases medias, ha insistido que se trató de un problema generacional. Jóvenes empapados de los valores del neoliberalismo que ansiaban sus beneficios pero que no han tenido acceso a ellos. Un columnista chileno, rector de una universidad privada del país, popularizó una explicación basada en el arsenal teórico freudiano al hablar de que habríamos sido testigos de una gran función juvenil, incontrolable, no pensada y explosiva.

Otros señalan que fue una “revuelta” sin protagonistas ante la heterogeneidad y debilidad de los partícipes de las manifestaciones. Las opiniones van desde aquellos que plantean que no hubo ningún protagonista en particular, a otros que lo han centrado en los estudiantes secundarios, los jóvenes, los sectores medios o barras bravas, los equipos de fútbol. Pero dada la amplitud de demandas que combinó la lucha callejera, la noción de “pueblo”, como decía más arriba, pareciera englobar de mejor manera a la “revuelta”.

Hubo cientos de notas, entrevistas y testimonios que se pudieron recoger de sus partícipes. Mostraron un “nosotros” versus un “ellos”, convirtiéndose en una de las marcas distintivas de la identidad colectiva en la semana posterior a la “revuelta”. El desarrollo de lazos, de solidaridad, de comunidad barrial, de politización popular en clave clasista por medio de la asamblea autoconvocada en los territorios, desmienten la no existencia de un sujeto. Por ello, de acuerdo con la hipótesis de Ponce que hemos estado siguiendo, las mujeres y hombres que se movilizaron en contra del orden establecido en Chile, eran personas dependientes de su trabajo, asalariados o por cuenta propia, con empleos precarizados y con altos niveles de deuda para adquirir bienes y servicios indispensables. Los casos más radicales de esta pauperización se encontraron entre las mujeres, pueblos originarios, migrantes y disidencias sexuales. Por lo tanto, contra la tesis del malestar, las pulsiones subjetivas por no ser incorporados a los beneficios del modelo capitalista, existió una base material de despojo y explotación vinculado a la flagrante contradicción capital-trabajo.

La expresión de descontento de esta nueva clase trabajadora que ya no tiene mameluco, no está compuesta solo por varones y no trabaja sólo

en grandes industrias. Las demandas fueron muy variadas: laborales, territoriales y de derechos sociales, de género, de raza. Todas ellas, sin embargo, estuvieron conectadas o acentuadas por problemas materiales experimentadas cotidianamente por personas que viven de su trabajo. Por lo tanto, la manifestación en Chile no fue sólo un estallido social. Y tampoco careció de actores colectivos. Fue una expresión de descontento de una franja mayoritaria de la población chilena por décadas sometida a malas condiciones de vida. Se destacó la participación de las mujeres que ya en 2018, con la llamada “revolución feminista” del año, habían adelantado la enorme fuerza social concentrada tras sus demandas. Este es un proceso en curso.

El 2020 hizo pensar a algunos que cambiaría la agenda del país, pero las demandas populares han reaparecido en distintos momentos de este año. Han vuelto a las manifestaciones cotidianas contra el gobierno. Los resultados del plebiscito de octubre, solo confirmó la voluntad de cambio existente en el país.

En unos meses más se viene un conjunto de elecciones donde se definirán aspectos cruciales, como por ejemplo quiénes tendrán la responsabilidad de redactar la nueva constitución que regirá en Chile. En varias ocasiones han ocurrido conversaciones con historiadoras de historiadores argentinos sobre las diferencias, similitudes entre la historia reciente de nuestros países a la luz de la “revuelta” del 2019. Se hacen claras la divergencia de estos procesos, porque en Chile todavía son demasiados los ajustes de cuenta que hay con la herencia pinochetista. Este planteamiento fue cobrando más popularidad de la mano de la masiva movilización estudiantiles, medioambientales contra el sistema de pensiones sindicales, entre otros. Pero con la irrupción de la “revuelta” terminó de hacerse presente. Terminar con los resabios dictatoriales fue la principal consigna de las celebraciones por el triunfo del "apruebo" en el plebiscito de octubre pasado. A 30 años de terminada la dictadura, los aspectos de Pinochet en Chile todavía no se terminan de difuminar.

## **El trasfondo histórico**

El debate que desencadenó la “revuelta” de octubre de 2019 está obligando a repensar la historia reciente de Chile. Algunos de los supuestos historiográficos ideológicos son necesarios reconsiderar en relación con: primero, el vínculo entre los movimientos sociales y el sistema político, segundo, el impacto cultural y político del modelo neoliberal en la sociedad chilena, tercero, el tema del consenso y el conflicto en la historia reciente de Chile.

Respecto al primer punto, es decir, la relación entre el movimiento social y el sistema político, en las ciencias sociales chilenas predomina el planteamiento de que el sistema político tuvo la capacidad por lo menos hasta 1973 de canalizar las demandas sociales a través de los partidos políticos. A diferencia de los regímenes populistas de América Latina, Chile habría tenido una matriz de constitución político-céntrica, como dice Manuel Antonio Garretón, a través de la cual la sociedad civil, el sistema político y el Estado habrían estado articulados. Esto producía una fuerte imbricación entre los roles y funciones de los partidos políticos y los sindicatos. El resultado era un sistema de partidos muy fuerte, la hiper politización de los sindicatos y la centralidad del Estado en la vida económica y social del país. Este supuesto acople entre sociedad civil y sistema de partidos ha sido puesto en tensión por la historiografía, especialmente aquella que ha investigado la experiencia de los Cordones Industriales y la Unidad Popular, o los que han estudiado el movimiento de pobladores o distintos hitos del poder popular en la historia de Chile.

Sin embargo, todavía nos parece razonable sostener la tesis de la indignación, de la imbricación entre lo social y lo político previo al golpe del 73. La existencia de este vínculo entre lo social y lo político explica en parte el accionar de la dictadura militar encabezada por el general Pinochet. Ésta buscó desterrar a sangre y fuego las condiciones que permitieron que surgiera un proceso como el de la Unidad Popular. Para ello, como se sabe, se convirtió una de las figuras de la dictadura más represiva de América Latina, sembrando el miedo sobre la población. Sin embargo, rápidamente logró derrotar a las fuerzas de izquierda, razón por la cual la represión del enemigo interno se convirtió en un argumento

legitimador insuficiente para justificar la prolongación de la dictadura. Por ello, el sector civil que apoyaba a Pinochet dotó a su mandato de un proyecto político y económico a largo plazo que tuvo como principal meta hacer irreversible la contrarrevolución capitalista que proyectó el país. Por ello, después de desplegó desde fines de los '70 y principios de los '80 un modelo capitalista basado en un liberalismo a ultranza y privatizó la educación, el sistema de pensiones y creó un sistema de salud privada. En sentido opuesto, debilitó al máximo el papel del Estado en la economía. Las protestas y la crisis económica de la primera parte de los '80 no modificó grandemente este proyecto.

Así, la dictadura impuso fraudulentamente un engendro constitucional conocido en Chile como la "Constitución del '80", que contenía un conjunto normativo cuyo resultado final era dar vida a una democracia protegida. Así se denomina un régimen político que impedía la real soberanía popular, mantenía enclaves autoritarios, excluía a la izquierda de la vida democrática y hacía prácticamente inmodificable su articulado mediante la creación de altos quórum para su modificación. Este proyecto tuvo como característica en común la idea de transformar la política chilena, despolitizando la sociedad civil y destruir el vínculo entre ésta y el sistema político. Para Pinochet y sus partidarios, "la política y la politiquería", como decía Pinochet, eran los principales responsables de la infiltración marxista. Por eso la derecha chilena, en plena dictadura, comenzó a penetrar con trabajo de base en el mundo popular en el que predominaba la izquierda y el separatismo.

Además, la dictadura creó una legislación laboral que tenía el mismo objetivo: permitir la negociación colectiva a los sindicatos, pero restringiendo su poder negociador y desterrando la presencia de los partidos políticos de centroizquierda que tradicionalmente predominaba, en el intento de destruir en la base el vínculo entre la sociedad y los partidos políticos. En 1988, el dictador fue derrotado por un plebiscito que había organizado él mismo, que buscaba completar 25 años como mandatario. Se produjo un tránsito de la democracia, pero bajo las reglas de la dictadura. La Constitución del '80 fue reformada en un plebiscito en el año 89, que modificó los componentes más flagrantemente



antidemocráticos, pero que preservó la proyección de un régimen político no democrático.

Se dio paso a una transición democrática, gradualista, en el que el nuevo gobierno pidió convivir durante ocho años con Pinochet como Comandante en Jefe. Con nueve senadores designados por Pinochet, con la inamovilidad de los jefes militares, sin posibilidad de reformar la legislación laboral a favor de las empresas, con jueces que en su mayoría se negaban a investigar la violación a los derechos humanos, entre otras muchas otras.

### **Herencia dictatorial**

En la década del 90, el restaurado sistema político proclamó la existencia de un nuevo orden basado en el consenso en torno al sistema económico. La amistad cívica con el PN en el Parlamento con la derecha y la anuencia del gran empresariado, las Fuerzas Armadas estuvo acompañado por la ausencia de conflicto social y político.

Chile se volvió una sociedad de consumo gracias a la expansión del crédito. Esto provocó que se hablara de una nueva sociedad que se caracterizaría por su adhesión pasiva al modelo neoliberal, su encantamiento por el consumo y estar disciplinada políticamente a través del masivo endeudamiento.

El consumo me consume. Un conocido ensayo de Thomas Mulligan sintetizó la mirada de esta sociedad distópica, supuestamente embobada por los cantos de sirena del modelo. Y en esta línea, otro análisis ahondando en este planteamiento, señalaba que en Chile había surgido una ciudadanía neoliberal en el marco de un país que representaba un caso modelo. Quizá en el fondo era el fin de la historia a la chilena, proclamada por los eufóricos propagandistas del modelo otrora izquierdista, pero también por intelectuales de izquierda como Muñoz.

Esto nos lleva al tercer punto relativo al consenso y la conflictividad en la sociedad chilena de dictadura. Durante el último año se ha realizado, se han realizado investigaciones que han cuestionado la mirada idílica de Chile de los '90-2000. La conflictividad social nunca estuvo ausente, ni siquiera en la fase nada exitosa del modelo chileno, que hasta el '98 vio

crecer la economía en un 7% anual. El movimiento sindical, estudiantil y mapuche estuvieron activo en los '90 y los 2000. Fue el turno, especialmente los secundarios que protagonizaron los procesos en 2006. En estos años también se produjo el signo de nacer de la huelga obrera, protagonizada por todos los sectores subcontratados de la minería, forestal, el salmón y la fruta. También se registraron movilizaciones de los trabajadores del sector público y profesores.

Así llegamos al 2011, donde la frase del “no al lucro”, fin al lucro, levantado por los estudiantes universitarios, marcó un hito de la lucha social. En aquella ocasión, durante casi siete meses, este movimiento puso en jaque al gobierno de derecha de Piñera. Generó la primera fisura importancia de los sentidos comunes neoliberales asentados en los países. Desde la década de los '90 surgieron libros que hablaron del derrumbe del modelo con versiones más moderadas, otros que plantearon que la tarea por venir para Chile era el otro modelo que supuestamente trataría de encarnar el segundo gobierno de Bachelet el año 2014-2018.

Pero el 2011 fue mucho más que los universitarios. Fueron protestas contra transnacionales que incluían el ambiente con casas comerciales que abusaban de los deudores, movimientos regionales hastiados del centralismo de Santiago. Las formas de lucha fueron las barricadas, la capucha para el Congreso en agosto, la quema de casas comerciales abusivas, las tomas de los liceos y movilizaciones callejeras.

A esto se debe sumar un ciclo impactante de corrupción política y empresarial por décadas. El sistema establecido, el establishment, se auto-vanagloriaba de que Chile era un país escasamente corrupto. Sin embargo, especialmente desde el 2000 en adelante, conspicuos políticos de derecha y centroizquierda se vieron involucrados en casos de corrupción. Incluso ministros de Estado. Lo mismo ocurrió con altos representantes del gran empresariado, acusado de tráfico de influencias de precios. Quedó patente un secreto a voces en la política chilena la estrecha ligazón económica entre el gran empresariado, los políticos y los partidos del poder por medio del financiamiento ilegal de las campañas. Ni la Iglesia católica chilena se libró. Su gran capital político ganado en tiempos de su heroica defensa de los derechos humanos durante la dictadura, se fue al tacho de la basura al

saberse su complicidad en la defensa de sacerdotes acusados de abuso sexual. Así, el conjunto de instituciones quedó en entredicho.

Durante el torbellino de la jornada del 18 de octubre del 2019 surgieron un conjunto de consignas que, junto con reflejar el momento de creatividad y poesía que tienen las épicas de resistencia contra el poder, sintetizaron los móviles de la “revuelta”. Una de ellas interesa especialmente a quienes trabajamos el oficio de la historia. Es la que señaló en referencia a las causas de la protesta. “*Que no son 30 pesos, sino 30 años*”, como dijimos al comienzo, el detonador de la “revuelta” había sido el alza de 30 pesos del pasaje escolar del pasaje escolar en el ferrocarril Metropolitano. Pero claramente las razones de la ira popular que se llevó por delante el supuesto consenso sobre el modelo en la sociedad chilena eran producto de 30 años de regímenes democráticos que habían administrado con eficiencia la herencia dictatorial.

Sin embargo, la constatación de que Chile aún no supera las fracturas políticas, sociales y económicas heredadas de la dictadura debe ir de la mano de los profundos cambios que se han producido en la sociedad chilena. Algunos de ellos relacionados con fenómenos globales como la crisis de los partidos políticos. En primer lugar, es muy evidente que el cuestionamiento del régimen político se ha llevado consigo también a la izquierda. La falta de credibilidad también afecta a este sector. No es casualidad que las multitudinarias jornadas de octubre, noviembre y diciembre del año pasado en Chile fue sin las banderas de los partidos políticos. Estuvo la UE en un folleto o bandera mapuche, las banderas, el movimiento feminista y la chilena en diversas versiones, pero no la de los partidos.

En segundo lugar, la característica espontánea de la “revuelta”, autoconvocados por redes sociales y, sobre todo, por el descontento contra el abuso de poder, también reflejan el carácter limitado del poderío de la clase trabajadora organizada. La Central Unitaria de Trabajadores, la CUT, jugó un papel limitado en la convocatoria porque, entre otras cosas, la propia organización se ha visto afectada por la crisis de legitimidad de las instituciones en Chile. Sin embargo, el hecho que las organizaciones que buscan organizar a la clase obrera como las centrales sindicales, sindicatos

y la izquierda, no hayan capitalizado la representación de las mayorías nacionales, no implica reconocer el contenido clasista que tienen las demandas que desencadenaron la “revuelta” de octubre.

Este año se conmemoran en Chile 50 años del triunfo en las urnas de la Unidad Popular. Allende propuso 40 medidas para mejorar la salud, las condiciones de trabajo, la jubilación y la educación. Casi 50 años después, el legado del Allende y sus 40 medidas resopló al fragor de las cotidianas manifestaciones contra el gobierno y los símbolos del poder. Las demandas del pueblo, de la clase trabajadora que volvieron a sentirse en oposición a los poderosos, fueron mejores pensiones, atención de salud, derecho a educación, calidad de vida. De nuevo, el centro de gravedad de la demanda popular, la aspiración a justicia social y vida digna.

### **Interrogantes sobre un escenario abierto**

Las preguntas y comentarios de asistentes a la disertación comenzaron alrededor de la conformación de la clase trabajadora y sus organizaciones tradicionales. En primer lugar, se destacaron las tensiones en la revuelta explicitadas por Rolando Álvarez entre los sujetos sociales y sus organizaciones clásicas, como es el caso de los sindicatos y los partidos. Asociando la protesta a un contenido clasista que incorpora fuertes ejes identitarios, se interrogó sobre las nuevas formas que adoptaron o podrán adoptar las organizaciones sindicales en la manifestación social.

Por otro lado, se remarcó que las nuevas formas de protesta pueden tener relación con el proceso de desposesión que sufrió la clase trabajadora en el período previo que constituyeron la subjetividad de la clase trabajadora bajo el régimen neoliberal- Las consecuencias de ello permiten comprender las formas de protesta bajo la “revuelta”. Esto, no inhabilita y por el contrario exige, analizar los procesos previos de protesta de la clase trabajadora frente a los hechos de desposesión que fueron afluentes al proceso abierto a fines de 2019.

El debate continuó alrededor de los interrogantes sobre las dinámicas regionales a nivel sindical, ya que permitiría profundizar la comprensión de los antecedentes de las protestas que cuestionaron estructuralmente el régimen.

Respecto a los primeros comentarios y preguntas, Álvarez señaló la escasa distancia que existía de los acontecimientos como para adelantar definiciones taxativas acerca del destino de las organizaciones tradicionales. Lo que sí destacó fue la creación, entre las nuevas formas de organización, de las Asambleas de Autoconvocados a nivel territorial que han tenido mucho peso en la convocatoria a la movilización, obligando incluso a organizaciones de izquierda y centroizquierda a incorporarse a ese nuevo “tejido social”. En las Asambleas de Autoconvocados se estuvieron organizando muchas “primarias ciudadanas” donde se eligieron candidatos. Se puede leer como cambio en las prácticas partidarias que son y fueron criticadas en la revuelta. Esto permite inferir que podría generar cambios que se trasladen al mundo sindical. De todos modos, las grandes centrales sindicales no han mostrado hasta el momento cambios en la lógica de organización.

En función de las demandas, Rolando Álvarez aseveró que el eje articulador tiene que ver con las necesidades vinculadas a la seguridad social: jubilaciones, salud, educación. Los reclamos están vinculados con la desposesión neoliberal. Esto llevó a que la derecha y el conjunto del arco político se corriera al “centro”. Álvarez comentó acerca del sistema de AFP, de pensiones, que es el mercado de capitales existente en Chile. Afectar las AFP implicaría tocar “fibras sensibles” de la estructura del sistema financiero. Por otro lado, señaló que el cuestionamiento no es sólo económico, sino que apunta contra la concentración de facultades existentes en la figura presidencial, en el orden político. Hay, por otro lado, cuestiones como por ejemplo la independencia del Banco Central, que ha sido fundamental para mantener la lógica del modelo neoliberal. Un banco central neoliberal que es independiente de los gobiernos. La pregunta que debería responderse entonces sería: ¿cuán keynesiano o no va a ser lo que venga a Chile de aquí a unos años más?

La idea de “desposesión” hay que vincularla, de acuerdo con Álvarez, necesariamente a la constitución de los movimientos sociales. Por ejemplo, los movimientos medioambientales que han tenido un profundo sentido de lucha contra los poderosos. Lo medioambiental se tradujo en lucha contra transnacionales, contra, por ejemplo, la transnacional de Paco Lama o

HidroAysén, que fue la movilización del 2011. El 2012, antes de la movilización estudiantil, hubo habían 40-50 mil personas en las calles salían en marcha protestando contra la central hidroeléctrica y había una lógica de que eso eran los poderosos. Tenía también una dimensión no solamente de defensa medioambiental, sino que también de cansancio en relación con los abusos de los poderosos.

Analizando los movimientos regionales, Rolando Álvarez destacó, por ejemplo, en la zona de Valdivia la lucha contra CELCO, una empresa ligada a grandes empresarios chilenos responsables de la contaminación de un lago que estaban destruyendo y matando a los cisnes de cuello negro. Eso también generó una movilización muy importante y un cuestionamiento a los grandes empresarios chilenos. Freirina, un pueblito muy pequeño donde había una producción de porcinos que estaba generando contaminación ambiental, provocó una movilización del pueblo. Se veía que las grandes empresas y los gobiernos eran cómplices. Son experiencias que fueron más bien recientes hace diez años o un poco más, pero que quedan, que han resonado y han sido parte. Álvarez señala que va a haber que considerarlo como parte de este ciclo formativo de protesta social y de conflicto social en Chile.

Continuando con el análisis y el enfoque regional, se señala que el movimiento sindical chileno tiene sectores fuertemente establecidos como la minería y la pesca, que son los sectores productivos más importantes del país. Ahora bien, las acciones sindicales y los paros no tienen alcance nacional como en Argentina. Y pese a ello, como lo señala José Ponce en su libro, de alguna manera fue ese crujir del 12 de noviembre que dio paso después del “Acuerdo por la Paz”, que dio paso al proceso político que se vivió posteriormente.

En una segunda parte del intercambio se indagó sobre los fundamentos acerca de la falta de continuidad del paro de los sectores tradicionales y por otro lado, acerca de los procesos de espontaneidad que surgieron y de coordinación. ¿Pueden habilitar a nuevas formas de organización de la clase trabajadora que superen la parálisis y la división de los sindicatos? Por otro lado, se consultó cuál es la visión que existe alrededor de este proceso desde el mundo empresario.

Finalmente, se consultó sobre el impacto de los procesos identitarios y los “nuevos sujetos”: no sólo en las formas de la protesta social sino también en las reivindicaciones programáticas que adquirió la revuelta. Esto llevó a remarcar por parte de los asistentes la tensión entre las demandas que cuestionan estructuralmente al capitalismo chileno y las limitaciones del proceso constituyente. Los interrogantes finalizaron consultando para el expositor cuáles son las potencialidades y limitaciones de la Asamblea Constituyente para canalizar este profundo cuestionamiento.

Rolando Álvarez señaló que, teniendo en cuenta la herencia pinochetista en la estructura sindical y la legislación laboral chilena, no resulta raro ni sorprende la falta de protagonismo del movimiento sindical. Por otro lado, la principal lectura y aprendizaje que se tiene de la organización sindical es que siguen reproduciendo la lógica burocrática. Los dirigentes siguen anquilosados durante 20, 30 o 40 años. Son organizaciones que van a tener que cambiar porque hasta el momento no han dado cuenta de los nuevos sujetos y sus demandas.

Respecto a las posibles nuevas formas de organización que se dé la clase trabajadora, Rolando opinó que en Chile existe una fuerte tendencia a que los problemas se canalizan a través de organizaciones políticas. Por ejemplo, los jóvenes que participaron en la movilización en 2011, que cambiaron, que se levantaron contra el sistema político, terminaron formando el Frente Amplio y terminaron fundando partido político. La gran esperanza de cambio en Chile el 2011 forma parte del día del Parlamento, tienen partido político, van a formar en la Constituyente, se organizaron políticamente, se dividen igual que los partidos. Entonces se sugiere que al menos para el caso chileno, la tendencia es que ver la salida por el lado de los partidos, a pesar de lo desprestigiados que está en el Parlamento, tiene un apoyo y un respaldo del 3% de la población. Pero nuevamente señaló acerca de la Asamblea Autoconvocados, por ejemplo, organizando primarias para elegir candidato a alcalde, primarias para elegir candidato a la Constituyente. El conflicto se canaliza aparentemente por allí.

En función del mundo empresarial Álvarez recupera una anécdota. En la década del 2000, en la época del que hay señales de agotamiento, de hastío de parte de algunos actores sociales en Chile contra el modelo del sistema político económico, ya algunos sectores empresariales hablaban de la necesidad de la modernización 2.0 del modelo neoliberal. Había un empresario que se llamaba Felipe Lamarca, ligado a la bencina, que escribe en un ensayo un libro muy interesante: *Las prisas pasan, las cagadas quedan*. El libro fue súper disruptivo. Hay que cambiar el modelo, hay que hacer ajustes sociales, neoliberalismo o si no, va a haber una revuelta social. Pero en el mundo empresarial hay matices. En el caso chileno hoy son todos neoliberales, pero hay matices importantes dentro de las distintas corrientes del mundo vinculado a la industria productiva, a los sectores bancario, el mundo del comercio. Hay una discusión que respecto a cuál debe ser la magnitud del cambio del modelo. Entonces, los empresarios, que siempre tienen una cierta lógica pragmática, dicen “¿hasta dónde nos debemos mover?”. Y eso es un escenario abierto.

¿Que qué impacto tuvo el movimiento preexistente a la revuelta? La revuelta consolidó la importancia de nuevos movimientos sociales que venían siendo protagonistas, pero que ahora como referente indispensable de la política chilena. El movimiento feminista ya en 2018 se había instalado como un referente de gran capacidad de movilización que en 2019 se hablaba de un millón de personas antes del estallido, el 8 de marzo en la Alameda. Y todo el impacto que se produjo con “Las Tesis”. La agenda feminista salió muy fortalecida después del 18 de octubre. Otro sector que sale fortalecido, no tanto como la agenda feminista, son los movimientos de los pueblos originarios. Hoy día está en el centro del debate la discusión y la posibilidad de que haya un escaño reservado para pueblo indígena en la Constituyente que va a discutir la nueva Constitución. Los mapuches han logrado capitalizar bastante. Este 18 de octubre el principal emblema de la movilización fue *la huemul* y la bandera del pueblo mapuche, la destrucción del símbolo del poder. Por el otro lado, quienes están muy débiles, muy débiles, pero preocupantemente débiles es el movimiento estudiantil que vive un momento de aguda depresión, especialmente a nivel universitario. Está muy atomizado. Y la verdad que el 18 de octubre



del 2019 pasó por al lado. El movimiento secundario fue protagonista por saltarse los torniquetes, pero después los dirigentes estudiantiles no fueron relevantes en esta movilización, especialmente de la universidad. Hay varias hipótesis al respecto de lo que pasó. Hay que pensar que Chile después con el gobierno de Bachelet, aprobó una gratuidad parcial, que era una de las grandes demandas en movimiento. Ahora hay una gratuidad del margen del 50 o 60%. Entonces hay teorías que plantean que se habría producido alguna modificación y en general quienes no acepten en su organización el nuevo liderazgo y no renueven su liderazgo, van a ser organizaciones que van a tener una muerte lenta, más o menos rápido en poco tiempo.

En relación con la Asamblea Constituyente: en abril se eligieron 155 constituyentes. El debate tiene que ver con lo que se aprobó para la Constituyente se debe tener  $\frac{2}{3}$  del del apoyo en la Constituyente. La derecha chilena normalmente saca  $\frac{1}{3}$  del mínimo piso mínimo. Entonces, si la oposición no va unida en una sola gran lista de oposición a la Constituyente, las posibilidades de tener un resultado no tan bueno de cambio son bastantes altas. Entonces la discusión es la Constituyente, la discusión política es ¿vamos a tener una Constitución que va a ser un remendo o un arreglo cosmético de la Constitución del 80? ¿Puede tener una elección constituyente y una Constitución que genere una constitución de derechos, de derechos políticos, sociales que no están contemplados? La lectura más pesimista de que no haya una canalización en una Constituyente y la expectativa no se cumpla, que tiene una posibilidad bastante real. Los niveles de descontento y de falta de credibilidad del sistema político y social. La hipótesis de que el conflicto se prolongue en el tiempo no es descartable. El escenario está abierto.

# **Sindicatos e “democracia racial” no Brasil (1945-1964): uma introdução**

*Paulo Fontes*

El título de mi disertación “Sindicatos e ‘democracia racial’ no Brasil (1945-1964): uma introdução”, es una introducción, y eso es muy importante ya que mi pesquisa está recién comenzando. Podría decirse que estas son, mis primeras reflexiones.

En la segunda mitad de 1956 Adelson de Almeida se convirtió en el presidente del Sindicato de Trabajadores de la Industria Química de Sao Paulo. Obrero de la Compañía Industrial Petroquímica en el barrio de San Miguel Paulista, militante del Partido Comunista de Brasil y migrante bahiano, Adelson fue uno de los pocos trabajadores negros que asumió la presidencia de un importante sindicato en Sao Paulo después de la Segunda Guerra Mundial. Almeida lideró a los trabajadores químicos en importantes huelgas como las de 1957 y 1963, y participó activamente en las articulaciones sindicales y movilizaciones políticas del efervescente comienzo de los años ‘60. A pesar de ser apodado “el negro de carbón” y haber trabajado en uno de los sectores más insalubres de las fábricas de productos químicos, la cuestión racial casi nunca apareció explícitamente en sus discursos durante el período en que él dirigió el sindicato. En entrevistas de historia oral realizadas en la década de 1990 Adelson rara vez se refirió directamente a su negritud. Sin embargo, en una lectura más cercana de sus memorias es posible inferir que la cuestión racial y también el origen regional no estuvo ausente de sus reflexiones e inquietudes. Preguntado sobre los motivos de su liderazgo entre los trabajadores, Adelson respondió “¡ah! ¡¡Que bahianada!! casi todos eran como yo”, y hace un gesto a su cuerpo.

Mi proyecto de investigación tiene como directriz analizar precisamente las relaciones raciales en el sindicalismo en Sao Paulo y Río de Janeiro en el período entre 1945 y 1964, resaltando las trayectorias de los sindicalistas negros. La investigación busca abordar un aspecto aún poco estudiado en el campo de la historia social del trabajo, así como en el campo de las relaciones raciales el estudio del movimiento negro en Brasil. En el caso de la historiografía social del trabajo a pesar de algunas noticias y referencias puntuales, las relaciones raciales fueron analizadas marginalmente en la producción historiográfica, aunque ha habido un esfuerzo sistemático en el campo para romper lo que se llamó “el Muro de Berlín historiográfico” que separaba los estudios sobre la esclavitud y el “trabajo libre”. Aunque se han hecho esfuerzos, éstos se centran cronológicamente en las décadas anteriores a 1930. Si los estudios sobre sindicalismo en el período ‘45/’64 han descuidado en gran medida las relaciones raciales en sus análisis, también se nota una ausencia significativa de referencia a los sindicatos incluso a las relaciones laborales de manera más general, en la creciente producción sobre la historia de los negros y de los movimientos negros en el país. O sea, tanto la historia del trabajo analiza poco las relaciones raciales cuanto la historia del movimiento negro y de las relaciones interraciales menosprecian las relaciones laborales del sindicalismo en general.

En general la narrativa dominante sobre la trayectoria del movimiento negro brasileño creó una genealogía que vincula los movimientos culturales liderados por hombres y mujeres negros entre las décadas del ‘40 y ‘60 como una agenda anti racista. En esa construcción hay poco espacio para el sindicalismo de posguerra como espacio de actuación de los negros brasileños. Además, la constitución de los sindicatos esencialmente como órganos corporativos y defensores de los intereses de clase y la prevalencia de esta visión entre los sindicalistas de un amplio espectro político, parece haber eliminado el interés en este tipo de organización por parte de los investigadores de la historia del movimiento negro. Así se pretende que los estudios de los mundos del trabajo y las relaciones raciales y el sindicalismo pueda ser un aporte innovador tanto a ese campo de estudio como a los análisis del Brasil en ese período

fundamental de nuestra historia, posibilitando, siempre que sea posible, análisis comparativos con realidades nacionales y estudios transnacionales. A diferencia de Brasil, por ejemplo, las relaciones raciales, el racismo y el papel de los sindicatos de los sindicalistas negros han estado en el centro de las discusiones historiográficas en los estudios laborales en países como Estados Unidos, Sudáfrica, incluso en el Reino Unido. La disputa declarada entre negros y blancos en los mercados laborales, los sistemas institucionalizados de segregación racial y la insistencia de un sistema de relaciones laborales y sindicales a menudo divididos en líneas raciales, han estado en el centro de los debates académicos desde hace muchas décadas. No es el caso de Brasil.

Yo estoy interesado en entender por qué se están tardando más estas discusiones para acá y pienso que tal vez algunas de estas discusiones puedan ser de interés de los argentinos porque ustedes tienen el mito de la blanquitud, como dice su presidente, que “descienden de los barcos”. Pienso que puede ser una buena discusión para ustedes, de esta invisibilidad de las cuestiones raciales en los estudios del mundo del trabajo.

A pesar de los mecanismos de control estatal creados en la década del '30 y manteniéndose en la constitución en 1946, además de la persistente represión de la alianza de empresas y de la policía, a la participación pública de los trabajadores, los sindicatos se consolidaron a lo largo de la década del '40 y del '50 como las principales organizaciones populares del país. A principio de la década del '60 su presencia en la arena pública era tan evidente que sectores conservadores acuñaron el término “república sindicalista” para enfatizar lo que consideraban una excesiva influencia política de los trabajadores, particularmente en el gobierno de João Goulart. En gran medida fue frente a los supuestos peligros que representaría ésta “república sindical” que se llevó a cabo el golpe del 1964 con el apoyo expresivo de sectores empresariales temerosos del crecimiento del poder sindical en la vida pública y en ámbitos locales de trabajo.

Durante ese período se forjó un fuerte lenguaje político basado en el trabajo y en la dignidad de los trabajadores articulados con la idea de

derechos. En un contexto de crecimiento industrial, organización y retórica gubernamental nacional desarrollista, activistas políticos comunistas, trabalhistas, socialistas, católicos, conservadores, entre otros, disputaron la hegemonía del movimiento sindical con diferentes estrategias y concepciones, pero teniendo en común una visión que enfatizaba la importancia de los sindicatos como institución social vital en un país en la búsqueda del progreso y la modernidad. La idea de respetabilidad, dignidad y legitimidad de la vida sindical fueron compartidos por todas las corrientes que actuaron en el sindicalismo y por buena parte de los actores políticos y sociales. El crecimiento de los sindicatos en este período se produjo en todo el país, las ciudades industriales, los puertos y las ciudades ferroviarias, tendían a tener una mayor presencia sindical, aunque el fenómeno estaba lejos de estar restringido a ello. Después de la Segunda Guerra Mundial la ciudad de Sao Paulo se benefició como el principal centro económico industrial brasileño. Durante todo el período fue emisor de un movimiento sindical amplio y diversificado y escenario de algunas de las principales luchas sociales de esas décadas como las famosas huelgas generalizadas de 1953, 1957 y 1963. La capital del país hasta 1960, Río de Janeiro siguió siendo un espacio político fundamental. No solo concentraba, todavía, muchas de sus funciones anteriores como Capital Federal, sino que también un movimiento sindical activo dinámico e influyente. Las principales confederaciones sindicales a nivel nacional tenían sus sedes y realizaban sus principales reuniones de articulaciones políticas allí. Categorías profesionales altamente movilizadas agitaron el escenario local y las huelgas y las manifestaciones que se llevaron a cabo en la ciudad tuvieron siempre repercusiones nacionales inmediatas. Río fue el centro neurálgico de la vida política sindical del país en este período que estoy hablando.

El período de 1945 a 1964 fue también una época de intensas transformaciones sociales y económicas que tendrían a Sao Paulo y a Río como escenarios centrales. El crecimiento industrial cambió el mercado laboral ampliando las oportunidades de empleo en sectores como la metalurgia, química y áreas relacionadas con el crecimiento urbano como el transporte y la construcción civil. Ambas ciudades experimentaron una

gran expansión de su tejido urbano, amplificando procesos de formación de suburbios y regiones metropolitanas donde se fue a vivir la gran mayoría de trabajadores en general y los negros en particular. Sao Paulo y Río también fueron centros de una impresionante migración de trabajadores rurales del interior del país, en particular de Minas Gerais y de la región nordeste. El hecho de que la mayoría de éstos migrantes hayan sido “no blancos” reubicó y barajó aún más cuestiones y clasificaciones raciales tanto en Sao Paulo, donde una mayoría blanca se había consolidado con los procesos migratorios europeos de décadas anteriores como en Río donde la presencia negra, particularmente de los más pobres, era visiblemente mayoritaria. En general, por lo tanto, ese período fue testigo de una expansión significativa del empleo urbano formal, particularmente en el trabajo manual a pesar de que la rotación y la inestabilidad fueron bastante altas. Ese tipo de empleo formal también se estaba volviendo más masculino ya que sectores que tradicionalmente empleaban a mujeres a gran escala, como las industrias textiles y alimentaria, fueron perdiendo espacio en la economía de ambas ciudades. En parte, el trabajo femenino se transfirió a un sector de servicios con énfasis en el empleo doméstico que vislumbró principalmente a mujeres pobres, negras y migrantes. Así, es posible afirmar que las oportunidades laborales para los trabajadores negros en el sector industrial, en la construcción civil, en el servicio doméstico, en el trabajo manual de una forma general, se expandieron significativamente en este período. En particular, en comparación con las tres décadas posteriores a la abolición de la esclavitud en 1888. Las décadas que llamamos de post abolición, hasta la década del ‘30 son décadas muy difíciles para los trabajadores negros en el mercado de trabajo, hay una mudanza muy significativa después de la Segunda Guerra Mundial.

En cierto modo en Sao Paulo y Río después de la guerra tuvo lugar una especie de “integración de los negros en la sociedad de clases” para usar el título del famoso libro del sociólogo Florestan Fernandes. Ciertamente ese no fue un proceso libre de disputas en el mercado laboral y de conflictos y asimetrías en general. Esa integración entre comillas, ciertamente relativa, incompleta y contradictoria, conviene reiterar, se

produjo en gran medida bajo la égida de la construcción de la llamada “democracia racial”. La idea de una supuesta personalidad brasileña, que debido a un proceso específico de formación histórica y social habría generado una nación mixta, misturada, donde la raza no sería considerada un factor determinante. Esto fue un discurso oficial compartido por importantes sectores de la sociedad civil, intelectuales y gran parte de la sociedad en general.

En esta integración por la vía de la “democracia racial”, los hombres y las mujeres negras se hicieron “brasileños” y, en una retórica de la condición de ciudadanía que estaba dada por el trabajo, cada vez más querían y deseaban verse en “trabajadores brasileños”. La democracia racial fue sin duda una construcción ideológica que reforzó la dominación de hombres y mujeres negros, trató de hacer invisible el racismo y el tema racial, un mito como ya afirmaba Florestan Fernandes en su investigación en la década del '50, y que denunciaría con creciente fuerza el movimiento negro en las décadas del '60 y del '70.

Sin embargo, la “democracia racial” también creó un horizonte de expectativas basado en la idea de nacionalidad y pertenecía a una comunidad imaginada que reconocía a los afrodescendientes en tanto se convirtieran en trabajadores brasileños, como sujetos de derechos. Casi como un intercambio simbólico: dejan de ser negros y se convierten en trabajadores brasileños, ésta era un poco la construcción, que nunca efectivamente se realizó.

No es de extrañar, por lo tanto, que parte de la retórica de la democracia racial, haya sido aparentemente popular entre los negros brasileños en aquel período. Ansiosos por liberarse del estigma de la inferioridad de su color y por el acceso de los recursos materiales y al reconocimiento simbólico de que la condición del trabajo supuestamente los haría posible. En cualquier caso, la “democracia racial” siempre ha estado lejos de cumplir sus promesas a los hombres y mujeres negros, un racismo estructural persistente siguió marcando la experiencia de los afrodescendientes a pesar de que se insertaron en la condición de trabajadores brasileños. Los límites de la “democracia racial” ya fueron promocionados por varias organizaciones del movimiento negro que se

constituyeron en la posguerra, la mayoría de ellas articuladas en el campo cultural, como el famoso “Teatro Experimental del Negro” que forjó figuras de expresión nacional como Abdías do Nascimento, Guerrero Ramos y Milton Gonçalves, entre otros. En ese momento las organizaciones de izquierda, en particular el Partido Comunista de Brasil, también jugaron un papel clave en la denuncia del racismo y la organización de la población negra en el país.

A fines de la década del ‘70 cuando tuvo lugar una nueva reorganización fundamental del movimiento negro, intelectuales y activistas como del Movimiento Negro Unificado denunciaron más que nunca la “democracia racial” como una farsa, un mito que encubría un racismo cruel que dominó la sociedad brasileña. En ese nuevo momento de construcción de la identidad, el movimiento negro rescató luchas históricas contra la esclavitud y el racismo en toda la república como símbolos de resistencia y resiliencia de los negros. Sin embargo, en la narrativa sobre la lucha negra había poco o ningún espacio para los sindicatos desde el período anterior al golpe de 1964. En ese sentido, cabe mencionar el paralelismo de la denuncia realizada por el movimiento negro a la “democracia racial” con las críticas realizadas en el mismo período por el nuevo sindicalismo al movimiento sindical populista generado entre los años ‘30 y ‘60, y controlado por los pelegos.

Entonces, lo que estoy exponiendo acá es que hay una interesante similitud de críticas de fines de los ‘70, los movimientos negros criticando la “democracia racial” como una farsa, un mito y el nuevo sindicalismo que, en ese período, estaba criticando al sindicalismo varguista, los sindicalismos de los ‘30, los sindicalismos corporativos también como una farsa y un mito. Hay un interesante paralelo acá que me interesa desarrollar, entender mejor.

Sin embargo, los negros estuvieron presentes más de lo que se piensa en el sindicalismo de los años ‘40 y los ‘60. Muchos de ellos se convirtieron en líderes sindicales ¿cómo se relacionaron con el movimiento negro? ¿Cuáles eran sus condiciones en relación con los supuestos de la “democracia racial”? Considerando el peso de las relaciones laborales, los procesos discriminatorios y los conflictos en mercado laboral ¿qué papel



jugó el sindicalismo y la lucha antirracista? ¿Cómo surgieron y fueron tratadas en general las relaciones raciales en el movimiento sindical? Y ¿cómo se relacionaba el movimiento negro con el sindicalismo y las corrientes políticas que operaban en él? En particular comunistas, trabalhistas y católicos. Esas son algunas de las preguntas que quiero responder en esta investigación.

En cualquier caso, parto de la hipótesis de que la “democracia racial” y las políticas laborales creadas a partir de la década del ‘30 son dos caras de una misma moneda. Uno no puede entenderse completamente sin hacer referencia al otro, un aspecto sobre el que ni la historia del trabajo ni la historia de las relaciones raciales y del movimiento negro en Brasil han dado cuenta de forma significativa. En el ambiente de la democracia relativa entre el 1945 y 1964 los trabajadores y sus sindicatos lucharon por reformular los significados de esas políticas y retóricas, buscando tener autonomía y agencias sobre ellas. Paradójicamente el sindicato único corporativista impuesto por la legislación de Vargas, “hecho obligatorio” en la convivencia entre negros y blancos en una misma institución. O sea, no experimentamos como en otros países sindicatos cortados necesariamente por las líneas raciales, sindicatos de negros o blancos; el corporativismo paradójicamente colocaba a todos en un mismo lugar y esto trajo consecuencias interesantes tanto para las relaciones raciales como para las relaciones laborales en general.

Así, los sindicatos fueron simultáneamente un espacio de construcción de discursos y acciones de solidaridad y de apoyo mutuo, pero también estuvieron impregnados de tensiones y conflictos, de prácticas de diferenciación y distinciones, muchas ellas basadas en relaciones raciales y de género. De esa manera, pienso a los sindicatos como espacio y las trayectorias de los sindicalistas negros, como objetos para delinear elementos de particular interés para comprender las conexiones entre las relaciones raciales, los mundos laborales y la construcción de ciudadanía en ese período. Con el tiempo, y con frecuencia, la negritud podría ser rearticulada, reivindicada y resignificada desde dentro de la retórica general de la lucha por los derechos de los trabajadores. Para los hombres y mujeres negros desear eventualmente convertirse en trabajadores

brasileños no significó la eliminación de una experiencia negra específica, pero la transformó en variados sentidos. El movimiento sindical es en ese sentido es un espacio privilegiado por tanto para el análisis de las complejas relaciones entre clases, razas, nacionalismo y el juego político en general en el Brasil. Muchas gracias.

## **Intercambio**

### **Preguntas:**

El intercambio se inició con cuatro interrogantes. La primera pregunta puntualizó sobre la influencia regional, sobre la existencia de otro tipo de distinciones vinculadas al origen regional de los trabajadores y a la posibilidad de pensar en “nordestinos” como una categoría propia pero que, en todo caso, también los igualaba racialmente, algo que se ve cuando el sindicalista mencionado por Fontes decía que “todos eran como él”.

La segunda intervención indagó en torno a las fuentes y la metodología utilizadas para la investigación, subrayando la imposibilidad de trabajar con fuentes orales debido al período en cuestión.

El tercer punto planteado fue sobre las “marcas de color”, preguntando por el modo en que la racialidad influyó en la construcción de las reivindicaciones y las demandas de los sindicatos, en el acceso a las conducciones sindicales, y en la movilización de las familias trabajadoras, de las comunidades trabajadoras, en otras palabras, sobre cómo operó la racialidad en las formas de la protesta.

En sintonía, la última intervención fue sobre la relación de Fontes con los sindicatos en la actualidad, buscando saber si a los sindicatos les interesa esta línea de acción o no. Tomando como referencia el impacto de movimientos como “Black Lives Matter”.

### **Fontes:**

En relación a la primera pregunta, pienso que la cuestión regional es vital y toca un asunto que es muy importante en un país con el tamaño de Brasil con las diferencias regionales y demográficas que tiene. Las cuestiones raciales también requieren diferencias muy grandes

dependiendo de donde vos estás hablando. Por eso escogí Sao Paulo y Río como estudios de caso, no solo porque son las principales ciudades, dos centros político-económicos de Brasil, sino también porque demográficamente me permiten ver diferencias en esta cuestión de relación entre raza y clase, que en el fondo es la cuestión que estoy intentando analizar

De hecho, en el caso de Sao Paulo la cuestión regional, la cuestión de la migración nordestina, es la mezcla invariable de la cuestión racial de una manera mucho más compleja, porque la racialización del ser nordestino es previa, hay una racialización de una nordestinidad, una creación de identidades. En Brasil tenemos cinco grandes regiones: Sao Paulo, Río de Janeiro y Minas Gerais están en el sudeste, pero ninguno se identifica como surdestino, no es una identidad. Siempre es interesante reflexionar al respecto, porque no deja de ser que el nordestino es una construcción identitaria, histórica, social en donde las personas naturalizan, esencializan el ser nordestino. Eso implica una serie de diferencias locales a esa propia construcción histórica. La construcción histórica de la nordestinidad que he argumentado en mis investigaciones, pasa por una cuestión de clase fundamental porque es una cuestión de clase y una cuestión de raza simultáneamente, étnico racial digamos, porque si vos sos un rico nordestino en Sao Paulo o Rio, si tenés características fenotípicas blancas, europeas, no sos un bahiano o un paraíba, términos peyorativos que los paulistas y los cariocas usan para hablar de los nordestinos. Si sos un bahiano o un paraíba, para ser peyorativos, no es sólo un lugar donde te ves, es una forma de andar, una forma hablar, expresamente dónde trabajás. Es interesante pensar como eso se articula con las identidades negras para la existencia en lugares como Río y es interesante pensar la favela de Rocinha, por ejemplo, que es la favela más conocida de Rio que surge en los años '20, con una población obviamente y mayoritariamente afrodescendiente y que en los años '40, '50, comienza a recibir una influencia grande de migrantes nordestinos. Aún hay conflicto entre los negros establecidos y los migrantes "outsiders". Hay un conflicto que pasa también por una cuestión de raza y de los nordestinos. Pero desde el punto

de vista de los blancos de elite es más o menos todos lo mismo: los moradores de la favela de Rocinha.

Ese período que estoy pensando pasa una cosa interesante porque detrás de ese fenómeno, de otras identidades regionales se van mezclando, articulando y muchas veces entran en conflicto, no a los ojos de los blancos de las clases dominantes sino internamente dentro de las propias clases trabajadoras y otras llaves que solamente son entre blancos y negros. Claro que el movimiento negro de Brasil fue muy exitoso en los '70, se articularon ideas de la identidad negra como las identidades de todos los no blancos. Si sos mestizo en Brasil, políticamente te declararás como negro, si sos una mistura entre mamá blanca y papá negro te declararás como negro porque es una cuestión política y eso para el movimiento negro ha generado muchos seguidores, mucho consenso, porque en el movimiento negro ha trabajado duro la propia invisibilización o blanqueamiento histórico de forma política de las clases dominantes brasileras, entonces si te declararás negro siendo mestizo es una resistencia a la “democracia racial”, políticamente es eso. Ahora, desde el punto de vista analítico, obvio que hay otras áreas e identidades mezcladas, misturadas que pasan por la piel, pero pasan también por el origen regional, entonces tienen toda la razón. Adelso el sindicalista que menciono en mi charla, cuando le pregunto por su cuerpo, simultáneamente él habla de origen regional y de origen racial. Ciertamente mezclaba esas cosas.

En cuanto al segundo punto, las fuentes son unos grandes desafíos de las pesquisas porque una de las dificultades de la propia política de la “democracia racial” fue ocultar la raza como elemento identitario de personas. Esa información estaba muchas veces apagada en muchas partes de los folios y, efectivamente, no tengo más historia oral en la mayor parte de los casos para poder entrecruzar, pero hay varias formas de intentar contornar atajos, varias formas de contornar los problemas, las dificultades de acceso al color como elemento que aparece en las fotos. Porque en algunas fuentes suele aparecer mucho. En las fuentes donde principalmente aparece la policía, que siempre escribe el color. Estamos desarrollando metodologías para la creación de un gran banco de datos con nombres de sindicalistas, privilegiando sindicatos industriales y de la

construcción civil porque cuenta con las características de condiciones de trabajo de ese período y la presencia negra en esos lugares. Entonces, estoy intentando hacer un cruce entre este banco de datos de nombres y ver cuando desaparecen por haber sido presos, por haber participado de huelgas, porque hay causas de ese tipo y por ahí ver las fichas policiales y localizar quiénes fueron considerados por la policía como negros. Pero ese no es el único, tengo otros datos para intentar: una es la de las propias formas sindicales que tiene algunas fechas, momentos que son de particular celebración de la población negra, el 13 de mayo por ejemplo que conmemora el fin de la esclavitud era conmemorado en los sindicatos, emergía como un tema. Entonces estoy intentando con esas fechas importantes y claro, hay muchas denuncias de discriminación racial en un mercado de trabajo y en lo cotidiano en general.

Las denuncias tienen cuestiones interesantes. Hay autores que argumentan que de hecho en la industria cerrada no ves a la persona que está trabajando en ella. Eso posibilitó mucho más el empleo de negros de lo que pasó, por ejemplo, en el comercio o en la hotelería, en donde era mucho más visible la preferencia de blancos en el trabajo. Y por fin, otra pista que estoy explorando es la propia prensa del movimiento negro en ese período.

Esto se articula con la tercera pregunta sobre el rol de las “marcas de color” en la construcción de las reivindicaciones, lo que es otro reto. He intentado entender un espacio urbano, de otras organizaciones. En un país como Brasil el espacio urbano es un espacio segregado en gran medida por cuestiones raciales, las periferias que son formadas en ese período, las favelas en donde se ve la actuación de sindicatos junto con muchas organizaciones de barrio o las organizaciones como los clubes de fútbol, que muchas veces llevaban dos nombres que permitían esa relación de nombres como Bahía Football Club o como Zumbí dos Palmares

Del punto de vista de los conflictos internos de los sindicatos tengo varias pistas, pero no tengo ese dato. Una de las pretensiones de la investigación a largo plazo es lograr un cuadro racial de los dirigentes sindicales durante ese período y ahí ver cuántos negros, cuantos blancos, tener eso proporcional a la propia categoría.

Y, por último, claro que esta pesquisa está muy estimulada de mis propias inquietudes del tiempo que vivimos. La cuestión racial creó, felizmente, ha ganado una preminencia, una visibilidad muy grande en todo el mundo y en Brasil, hay una presión política, social, académica, inclusive de muchos académicos negros, porque esto también aflora en un movimiento importante que ocurre en Brasil con los gobiernos del PT, una incorporación muy fuerte de negros en las universidades y cada vez más profesores negros. Pero eso deriva en una inquietud en otro plano: yo veo una ausencia en la discusión del trabajo y de los sindicatos, una discusión del movimiento negro y en torno a eso los sindicatos un poco eso voy tentando a la cuestión de clase digamos, una cuestión que está invisibilizado. Curioso pensar que si durante tanto tiempo clase, como una retórica discursiva, muchas veces invisibilizó género, raza, yo diría que muchas veces clase parece invisibilizada en el discurso público, inclusive en el discurso de la izquierda y entonces me interesa poder percibir históricamente esas conexiones. Buena parte de la militancia política contemporánea, como siempre ocurre con los movimientos nuevos, hablan del pasado de una manera muy desdeñosa, muy asfixiante a veces, como si se estuviese creando ahora. Entonces me interesa como historiador y también como sujeto político, desafiar un poco esas certezas de hoy.

### **Preguntas:**

En el segundo bloque de intervenciones, la primera cuestión profundizó los ejes de esta última respuesta al preguntar por la influencia del movimiento negro a nivel social y político como orientador de esta nueva mirada en la investigación, y a cómo surgió esa preocupación historiográfica.

La segunda pregunta se orientó a problematizar los vínculos entre raza y clase, tratando de no pensar las cuestiones de raza y clase autónomamente, es decir, el modo en que la investigación de Paulo aborda esos cruces.

El tercer aspecto fue sobre los espacios de sociabilidad. Se preguntó por la influencia del color de piel y de la raza en la formación de espacios

de sociabilidad. Y si los ascensos profesionales eran facilitados por esos compromisos establecidos en espacios de sociabilidad.

El cuarto punto se orientó a las relaciones raciales en el ámbito laboral en otras regiones, principalmente en Bahía, una zona en donde predomina la población negra. Es decir, planteó las posibles implicancias de la comparación de las zonas abordadas en el trabajo de Fontes con otras dentro de Brasil.

La siguiente pregunta se desplazó hacia el rol del Partido Comunista, buscando comprender hasta qué punto estaba el PC dentro del movimiento negro y dentro del sindicalismo. Y ¿en qué sentido el PC articulaba estos dos movimientos o no?

La última pregunta planteó la complejidad de la interseccionalidad y sobre ¿qué lugar pensaba darle a las relaciones de género y a la construcción de masculinidades?

#### **Fontes:**

Ante el primer planteo, no tengo duda que este tipo de pesquisa que estoy haciendo está relacionado con la potencia política del movimiento negro la visibilidad de una cierta sensibilidad para la cuestión que se ha tomado en contra de Brasil y de varios lugares. Para mi investigación de doctorado encuentro varias pistas sobre la cuestión racial que apunté, pero no exploré como hoy probablemente exploraría; esta relación entre cuestión de lo regional y la negritud, entre otras. Entonces, en ese sentido es muy interesante para nosotros los historiadores, metodológicamente pensando cómo se pueden buscar fuentes muchas veces, es obvio lo que estoy diciendo ya sabemos eso, pero en la práctica muchas veces no es tan obvio. Repensé muchas veces algunos análisis de algunas preguntas, a la luz a las inquietudes del presente. En definitiva, creo que esa potencia de la discusión actual, nos sensibiliza sobre el tema y que nos coloca en nuevas preguntas.

Como osar en colocar esas identidades en cajones diferentes entonces no perseveraré justamente en como esas identidades se construyen históricamente de manera articuladas, en fin, con variaciones contextuales. Esa es una preocupación muy grande porque como a se llamó

la atención que muchos de nosotros aquí deseamos de tratar la clase como algo homogéneo, sin intenciones, sin heterogeneidades. Pienso que es una discusión difícil de llevar a la práctica porque muchas veces raza y género son tratadas así: como cajones, como algo que no tiene articulación con otros aspectos identitarios, como algo esencializado como una palabra que nos aproxima bastante a los antropólogos, como una identidad fija y esencial. Eso es muy común en la militancia política, a mi forma de ver, y bastante común en la academia también, en los análisis académicos. También, en el momento político en que vivimos, muchas veces clase como identidad queda descartado como algo meramente económico. Yo tengo la impresión que muchos de los colegas hablan de clase de una manera pre-thompsoniana, para descartar clase ahora. Si en un pasado se usaba esa forma para resaltar clase como un movimiento que aplastaría, absorbería a todas las otras, las cuestiones de las mujeres, las cuestiones de los negros, serían cuestiones menores en relación a la cuestión de clase. Que muchas veces la clase queda en ese lugar rebasado, en ese lugar invisible. En los discursos además como si no existiese como identidad. Eso es algo que como historiador del trabajo obviamente me incomoda. El ejercicio tiendo que sea a pensar las articulaciones, de des-encializar, de pensar los procesos históricos, los discursos, las lógicas de identidad, como ellas se articulan o no en variados momentos y como muchas veces esas lógicas, esos contextos invisibilizan identidades. Para mi forma de ver, lo que sucedió en los años '50 y '40, ciertamente con las identidades raciales. Por eso es que es tan difícil hallar demandas específicas y de sindicatos, la cuestión racial es como si no existiese. Se habló de que nuestro trabajo es un poco detectivesco, con las cosas que están escondidas, invisibles, otra cosa que nos aproxima a los antropólogos diría. En el caso brasilero eso también es fruto de una inquietud historiográfica más general, hace más de veinte años que la historiadora Silvia Lara criticó fuertemente a la historia del trabajo porque se separó completamente de la esclavitud. Durante mucho tiempo, esclavitud y la historia del trabajo, eran dos campos historiográficos con poco diálogo como si los esclavos no fueran trabajadores. Más que eso, como que esas asperezas de los esclavos no fueran parte fundamental de procesos de formación de clase. Hemos



avanzado mucho en quebrar esas barreras. Todavía queda por avanzar, unos avances me parecen en adentrarse en unos períodos claves de nuestra formación social que es el período del varguismo, por eso es un argumento muy fuerte de esas políticas, esas políticas, esos argumentos que valoro mucho como hipótesis para comprender las políticas trabalhistas hablan de democracia racial porque están articuladas con la formación del trabajador nacional en el discurso oficial del Estado. Entonces esos trabajadores son incorporados al mercado de trabajo de forma masiva, se tornan “trabajadores brasileros”, se “incorporan” a la comunidad nacional, cuestión fundamental para la comunidad negra desde la esclavitud, la cuestión nacional fue importante aquí, de la identidad nacional. Simbólicamente muy bien articulado por el varguismo, esa cosa poco maluca, loca del racismo tan estructural que al mismo tiempo tiene como símbolos nacionales que se meten en la cultura negra. Que es un discurso muy fuerte desde el punto de vista de la idea de la mezcla, del mestizaje, de la incorporación, un discurso oficial muy fuerte. En mi punto de vista el mundo del trabajo y sindical y sus relaciones con la cuestión, fue poco explorado por los sociólogos y los historiadores porque muchas veces vio a los sindicatos solo desde ese lugar de la clase bloque, una clase homogénea por tanto un negro que ahí estaba dejaba realmente de ser negro y se transformaba en trabajador, la mujer que ahí estaba dejaba de ser mujer para ser una trabajadora desde el punto de vista identitario. Creo que ese debate historiográfico que me interesa aquí, me estimula y que me parece muy importante porque es el eco en tiempo presente que dialoga con cuestiones fundamentales del presente.

En cuanto a la dimensión abierta por la tercera pregunta, tengo algunos elementos bastante interesantes. En mi propia pesquisa tengo varios relatos de trabajadores migrantes, la mayoría de ellos negros, o para utilizar una categoría más genérica “no blancos”. Varios relatos de un lugar de la discriminación para ellos muchas veces es el lugar de la suspensión de la identidad y de la sociabilidad. De hecho, no poderse enamorar, por ejemplo, en los relatos que logré, no poder una hija enamorarse de un trabajador italiano porque el padre de ella no quería. En el relato que tengo ella pensaba que tenía la sangre azul... esa metáfora de la aristocracia para

dar esa definición. Entonces desde la post abolición hay una tradición fuerte de negros y negras de crear espacios de sociabilidades específicas como los clubes, esa tradición de nuevo contenido que ahora la historiografía brasileña ha investigado mucho. Hay pesquisas muy ricas sobre la sociabilidad negra. De nuevo, el sindicato coloca un problema para esta distinción porque ¿cómo hacer un baile? ¿cómo hacer una fiesta solo para blancos en los sindicatos? Mismo que si la dirección blanca quiere hacer eso iba a encontrarse con una fuerte dificultad, porque primero eso explicita que es racial donde no debería ser explicitado, era como si no existe, entonces es negar la presencia de negros en una fiesta, en un baile era decir que esa cuestión existía. Segundo: el discurso dominante de esos trabajadores, es un discurso de que la clase está por encima de todas las otras distinciones. Frente a otras distinciones, por lo tanto, los trabajadores “somos iguales” entre nosotros. El sindicato es muy interesante en ese sentido porque paradójicamente está colocando esos trabajadores en un mismo lugar. Eso no implica que no hubiese, como me preguntaban, situaciones de racismo y situaciones de discriminación obvias, tanto en la jerarquía sindical, que es algo que ahí preciso una pesquisada maestra para comprobar esos varios indicios. Más yo diría, haciendo una declaración osada, probablemente no hubo una institución social en el país que haya generado más tensión en la cuestión de la discriminación que los sindicatos paradójicamente porque son instituciones multirraciales. Entonces ¿por qué es una declaración osada? Porque ha liderado la historiografía, la bibliografía, enfatizando los momentos de tensión y discriminación creo que también es importante enfatizar los momentos de construcción de solidaridades y discursos de consolidación y esos discursos que están todo el tiempo tensionando. No en el sentido de que los sindicatos son una maravilla, los mejores, nada de eso. Es demostrar cómo la institución es tan compleja en ese sentido, porque al contrario de las empresas, al contrario de la iglesia, al contrario del ejército, de las clases dominantes, es una institución que tensiona. Me imagino que en el caso de la Argentina eso está puesto en relación a los inmigrantes, la definición de “cabecitas negras” o con los apodos. En los sindicatos de Sao Paulo eran llamados “los negritos del carbón”. Que claramente tiene un cuño racista en el contexto brasileiro

que claramente era racista. No tanto en la presencia en los sindicatos, elegantemente te lleva un poco a esas contradicciones, esas paradojas que están colocadas ideológicamente. Poder explorar muy interesantemente esa paradoja que la está colocando en el partido comunista, todo el tiempo el partido comunista primero porque las cuestiones raciales en el Partido Comunista sufren muchas variaciones, en los años '30 por ejemplo hay un momento en que en una deliberación de un comité de las relaciones indígenas y negras, en América Latina inclusive tenía el derecho de la autodeterminación de los pueblos que es una cosa que la verdad no puedo pensar el propio Estados Unidos, es una cosa muy contradictoria, la autonomía de los negros en los Estados Unidos. Esa consigna en Brasil es también llevada adelante pero obviamente no avanza mucho y es una cosa muy... y tiene muchas variaciones de la política racial del Partido Comunista. Pero más interesante que ver la línea política es ver como los negros actuaron en el interior del partido y tensionaron muchas veces esas razones que los negros sindicalistas y si han tenido un lugar importante en eso. Pero tanto más, y diría que es un tanto simplista la argumentación de que el partido comunista solo habla de clases, en el caso brasilero. Es una afirmación muy simplista, generalizada que es muy usada.

¡Ah masculinidades! No, es una cuestión que no está todavía desarrollado, pero creo que vale mucho la pena porque parte de la identidad de hombre negro, trabajador negro, pasa por una determinada afirmación de la masculinidad que está muy asociada a la fuerza del trabajador manual. A un determinado tipo de cuerpo exuberante como se dice, de un cuerpo fuerte, por lo tanto, adecuado a trabajo manual, no adecuado al trabajo intelectual. Más por otro lado, eso fue muchas veces insignificante para los trabajadores negros en un sentido positivo, de los sindicalistas en un sentido positivo, la idea de fuerza, la idea de potencia y unidad, de un potencial... es una cuestión muy interesante que vale la pena intentar explorar más.

## Segunda parte

# **Introducción.**

## **Intercambios en el marco de los talleres sobre los procesos de formación de la clase trabajadora en Argentina**

*Lurecia Saltzman*

Tal como se ha mencionado en diferentes momentos de esta publicación, los textos que acá se reúnen fueron inicialmente parte de conversatorios que tuvieron lugar en los años 2020 y 2021. Hay algunos aspectos interesantes que pueden recogerse de la transición que supone pensar textos orales reelaborados para un formato escrito. En primer lugar, porque son textos donde se leen algunas huellas que la cuarentena, generada por el COVID-19, dejaba tras duros meses de encierro. En este sentido, los encuentros que se llevaron adelante en la virtualidad nos invitaron a pensar cómo seguir construyendo redes a pesar de los límites que marcaba el aislamiento.

Además del costo subjetivo que implicó el confinamiento, muchos/as vimos suspendida la posibilidad de hacer trabajo de campo, lo cual nos empujó a realizar una reelaboración de las problemáticas investigadas, revisando cómo encararlas en la virtualidad o tomando esas pausas como una instancia para decantar y reflexionar sobre lo hasta entonces realizado. Es desde ese contexto pandémico -donde nos familiarizamos con las videollamadas, con el trabajo de campo virtual o con los escasos turnos para ingresar a las hemerotecas- que surgen estos textos.

Pero además de la particularidad de las coordenadas desde donde se empiezan a elaborar las intervenciones que presentamos en esta publicación, otro aspecto que vale la pena señalar de la singularidad de estos textos, consiste en el ejercicio de plasmar en la escritura lo que otrora

fuera expuesto en la oralidad y al calor del debate, en un intercambio con colegas que –aun con las limitantes de la virtualidad- se interesaron en repensar conceptos y ahondar en las líneas analíticas. Por eso, la reflexividad que habilita la escritura es un elemento más que añade valor al conjunto de textos aquí reunidos.

Sobre esto último, conviene hacer un señalamiento ya que, tal como se viene mencionando, esta publicación busca respetar lo que originalmente fue oral y, en ese afán, los textos son entendidos como una manera de construir diálogos, recuperando de dicha palabra su dimensión etimológica, es decir entendida como lo dicho, lo pensado y lo narrado. Mirarlo desde esa perspectiva nos lleva a considerar que no se trata sólo de textos reunidos o recopilados, sino que son diferentes posicionamientos que fueron articulados a través del intercambio oral (y devenidos textos escritos) y que tienen como propósito común abonar a la construcción de líneas investigativas colectivas.

Por eso, desde este enfoque, la segunda parte de la publicación busca mostrar esos diálogos entre las diferentes presentaciones, entendiendo que subyacen entre ellas distintas articulaciones. Para empezar, la intervención de Julia Soul (CEIL/CONICET) y Agustín Santella (IIGG - UBA / CONICET) denominada “Ampliando la noción de clase trabajadora. Problemas y articulaciones conceptuales”, nos presenta interesantes reflexiones sobre el estudio de la clase trabajadora. En este texto, la autora y el autor parten de entender la formación de las clases trabajadoras como procesos abiertos, cuestionando entonces la homogeneidad atribuida a la clase, para pensarla, más bien como parte de una formación social, cultural y política, inherentemente heterogénea y desigual. Con ese punto de partida, Soul y Santella muestran tres núcleos problemáticos para el análisis de las clases sociales, siendo el primero de ellos la recuperación de las relaciones entre clase, trabajo y valor, entendidas estas como categorías que se dinamizan mutuamente. Este primer núcleo se vincula con el segundo que se propone atender a las articulaciones entre las relaciones de explotación y mercantilización considerando que ambos términos subyacen a las heterogéneas formaciones de clase. Por último, trayendo los aportes de David Harvey, el tercer núcleo, toma la desposesión para analizar las

imbricaciones que pueden trazarse con la formación de la clase trabajadora.

Complementando con el trabajo de Soul y Santella, la intervención de Lucrecia Saltzmann (ISHIR/CONICET), denominada “Apuntes sobre el análisis de las experiencias de los trabajadores y trabajadoras desde una perspectiva de género” viene a seguir profundizando en el análisis del mundo del trabajo y en el cuestionamiento de la clase social como un todo homogéneo para mostrar otra dimensión a tener en cuenta: la perspectiva de género, que busca señalar la jerarquización que tuvo en la definición de clase el varón fabril masculino, entendido como sujeto trabajador por excelencia. En este sentido, visibilizar desde la definición de experiencia el trabajo de cuidado y reproductivo es una apuesta más a seguir construyendo una definición de clase(s) heterogénea, donde aparezcan otros diversos sujetos y donde el mismo concepto de trabajo pueda ser también expandido a través de una mirada feminista que ponga de relieve los elementos históricamente silenciados o velados en la definición clásica de trabajo, clase y experiencia. Asimismo, como sostiene la autora, la inquietud por ahondar en estos aspectos invita a preguntarse por la dimensión epistemológica que subyace en las investigaciones, es decir, no se trataría únicamente de pensar los procesos de formación de la/s clases trabajadora/s y de sus experiencias (en plural) sino también de cómo construimos los conceptos y cómo los abordamos metodológicamente. De allí las preguntas que la autora se hace: ¿cómo relevar las experiencias desde una conceptualización más integral –o que desafíe lo convencionalmente “visibilizado”- cuando existe una tendencia a omitir en los registros a quienes sostienen las experiencias protagónicas? ¿Cómo reconstruir esas experiencias desde materiales y fuentes que están sesgados por una dimensión de género?

Esta pregunta sobre la metodología y la manera en que accedemos y construimos nuestro acervo investigativo se encuentra latente también en la intervención de Silvia Simonassi (ISHIR-UNR/CONICET), denominada “La conflictividad en los procesos de formación de la clase trabajadora”. Son claros los diálogos entre este trabajo y los anteriores ya que para pensar los diversos contornos que adquiere la conflictividad laboral la autora se

separa de las perspectivas más rígidas para pensar, más bien, la clase desde la perspectiva de Edward Thompson, señalando así sus reconfiguraciones históricas y su heterogeneidad. De esta manera, la intervención de Simonassi considera que la clase participa en su mismo proceso de formación. Ampliando y complejizando en los procesos de formación de la clase trabajadora desde el término mismo de conflictividad y sus formas de lucha, la autora sostiene que la huelga no es la única forma de lucha obrera que caracteriza la relación capital-trabajo, sino que el concepto de conflictividad laboral permite abarcar prácticas menos visibles, menos contenciosas y que de conjunto configuran esos “niveles múltiples de la conflictividad laboral”.

Contribuyendo a los debates sobre los procesos de formación de las clases, pero también sobre los desafíos que surgen en la investigación, el texto de Pablo Ghigliani (IdIHCS- UNLP / CONICET) denominado “Clase y formación de clase: apuntes exploratorios para una discusión historiográfica” aporta, desde las nociones marxistas, observaciones interesantes sobre la utilización de los conceptos. En este caso, el autor parte de la presunción de que la utilización del término clase, en el marxismo, superpone muchas veces usos o niveles de análisis distintos que afectan el modo en que se investigan sus procesos formativos. El autor considera que en realidad esta dicotomía forma parte de una discusión consolidada en el campo: mientras que ciertos/as autores/as han sostenido que se trata de usos distintos y excluyentes, otros/as tantos/as han considerado que lo que está en juego son diferentes niveles de análisis. Su posicionamiento se ubica dentro de este último grupo. Por eso mismo, Ghigliani sostiene que la potencia de las nociones de clase y formación de clase para el estudio de la clase trabajadora descansa precisamente en que permiten la articulación e integración de niveles de análisis diversos y que los mismos no implican una secuencia temporal (un antes y un después en la realidad social e histórica concreta).

Desde una línea historiográfica similar a la Ghigliani, explorando también los usos de términos, pero enfocándose principalmente en Adolfo Gilly y el concepto de “anomalía”, Felipe Venero (IdIHCS- UNLP) repasa de forma crítica los argumentos de Gilly y plantea ciertos límites/problemas a



determinados aspectos de su interpretación. Con ese propósito, el autor expone brevemente los aspectos principales que componen el concepto de “anomalía” para luego enfocarse en tres dimensiones problemáticas que pueden devenir al trabajar con dicho término, como ser: la cooperación como base de la organización en el lugar de trabajo; el particular análisis en torno a las mediaciones en el proceso de trabajo; y el carácter estructuralmente cuestionador de las relaciones de dominación que Gilly atribuye a la organización de base. Atendiendo a los procesos de formación de clase, para Venero la importancia de la propuesta de Gilly no solo consiste en que destaca al sindicalismo en los lugares de trabajo, en la lucha contra el capital y, por ende, en los procesos de formación de la clase, sino que intenta comprender de forma teórica, los fundamentos de ese potencial. Se distingue en esta ponencia una preocupación similar a las intervenciones anteriores por profundizar en los procesos que hacen a la configuración de la clase, entendida como heterogénea y en continua construcción. En este último caso, podemos distinguir cómo, desde un posicionamiento teórico compartido con el resto de los textos, Venero profundiza en el análisis de un autor que sirve de puente entre la antropología y la historia.

Efectivamente, los diálogos que se construyen entre los/as diferentes autores/as muestran la cercanía y la contribución que dos disciplinas hermanas -como son la antropología y la historia- pueden hacer al poner en ejercicio herramientas analíticas para leer los procesos sociales. En ese sentido, el resultado de estas intervenciones es un aporte sustantivo para leer las clases sociales y sus procesos de formación desde una complejidad que invita a pensar sus herramientas de lucha, así como la diversidad de los trabajos y sujetos que la componen, desde una perspectiva que amplió lo suficiente el concepto de trabajo como para asumir la importancia del trabajo reproductivo y de cuidado.

Retomando estos aportes y para ir dando cierre a esta introducción, dejamos sentados tres diálogos posibles (no los únicos) entre estas intervenciones. El primero de ellos, consiste en la apuesta a ampliar y brindar dinamismo al concepto de clase, tomando las reconfiguraciones capitalistas actuales para leer las características del capital-trabajo en

nuestra actualidad. El segundo refiere a la problemática epistemológica-metodológica que supone relevar fuentes buscando encontrar en ellas sujetos o conflictos que no han sido jerarquizados históricamente y, por ende, no han sido suficientemente registrados. Por último, el interesante entrecruzamiento entre autores y autoras citadas en las intervenciones (Edward Thompson, Adolfo Gilly, Marcel van der Linden, August Carbonella y Sharryn Kasmir, entre otros/as). Con esto nos referimos a que varios textos se apoyan en un acervo teórico similar, pero, sin embargo, cada uno de ellos hace una apropiación singular de la lectura, mostrando una complejidad analítica que posee la riqueza de resaltar lo singular en miras de una construcción teórica colectiva. Es ese pasaje lo que permite a estos textos dialogar y no meramente ser recopilados.

# **La noción de clase trabajadora a debate. Notas de investigación sobre problemas y articulaciones conceptuales**

*Agustín Santella – Julia Soul*

El presente documento de trabajo se realizó en el marco de los PICT “Relaciones Laborales y Movilización Sindical en Argentina, Brasil y México desde el período Neoliberal” (2017-2020) y “Regímenes Laborales y Conflictividad en los Procesos de (des) organización y (re) organización de las clases trabajadoras en América Latina en el período Neoliberal” (2019-2022). En estos proyectos nos preguntamos, en el primero, por las formas de movilización laborales y, en el segundo, por los procesos de organización y desorganización de las clases trabajadoras durante el período neoliberal. Nos proponemos entonces, inscribir los procesos de movilización sindical y relaciones laborales en procesos de formación de las clases trabajadoras en América Latina. La notoria extensión del objeto de estudio entre ambos proyectos (de las relaciones a los regímenes laborales y de la movilización sindical a la conflictividad) es elocuente acerca del tipo de debates y problemáticas que atravesaron el trabajo de investigación, a la vez que requiere explicitar una serie de articulaciones, problemas y preguntas que sistematizamos en este breve documento.

En primer lugar, inscribimos nuestro propio derrotero en el campo de planteamientos tendientes a dar cuenta de las transformaciones en la composición/configuración de la clase trabajadora. El contexto teórico y académico de estos planteamientos remite a la crisis histórica del movimiento obrero y de los estudios sobre el mismo. En décadas recientes, diversos autores han propuesto una reformulación del concepto de clase en el sentido de una “extensión” respecto de la identidad histórica

consagrada (en tanto clase obrera industrial y expresión del trabajo asalariado libre). De alguna u otra manera, se aduce que esta identidad consagrada de la clase cristaliza en una categoría que delinea la “forma arquetípica del proletariado” que no capta la variedad fenomenológica de la clase – incluyendo aquí no sólo diversas modalidades de relaciones laborales, sino también formas de acción política variadas, y múltiples expresiones culturales e ideológicas. (solo para mencionar algunos Kalb, 1997; Antunes, 2001; Silver, 2005; Carbonella y Kasmir, 2014; Kalb y Carrier, 2015; Parry y Hann, 2018; van der Linden, 2019; Mattos, 2020).

En este conjunto de trabajos, la noción de clase es interrogada a través de dos mecanismos que se conectan, pero no son idénticos: por una parte, se cuestionan los "mapas mentales" consagrados en torno de la clase trabajadora aduciendo la particularidad histórica y geográfica de las llamadas "formaciones fordistas". Esto es, se enfatiza que las relaciones asalariadas estructuraron formaciones sociológica, política y culturalmente diferenciadas. Por otro lado, se "expande" la noción de clase hacia conjuntos sociales anteriormente excluidos que son incorporados como "necesarios" o "compatibles" con el desarrollo del capitalismo. Es decir, se aboga por la inclusión de trabajadores no (inmediatamente) asalariados en la construcción de los objetos de estudio “clasistas”. En este marco se han generado diferentes reflexiones sobre las relaciones entre la acción de la clase trabajadora y el desarrollo desigual y combinado del capitalismo, y se establecieron premisas conceptuales que cuestionan el sesgo evolucionista subyacente en los “mapas mentales” que cristalizaron la equivalencia entre “clase trabajadora” y “formaciones fordistas”. Ambos mecanismos se intersectan, se yuxtaponen y se refuerzan mutuamente de forma variable en las distintas investigaciones. En términos generales, estas propuestas metodológicas y conceptuales intentan comprender a la clase desde nuevas coordenadas, y sostienen la centralidad del conflicto y de la historicidad como eje de análisis de la historia de los trabajadores. Asimismo, plantean nuevos problemas a ser atendidos.

El objetivo de estas notas es esbozar un conjunto de conexiones teóricas y conceptuales que subyacen en el estudio de la clase trabajadora. Para ello, partimos en primer lugar de una breve explicitación de los

propios supuestos teóricos que operan como punto de partida para el abordaje de las relaciones que nos interesa discutir. Posteriormente, desplegamos los tres núcleos problemáticos identificados a partir de dichos supuestos.

### **“Clase como proceso y como relación”: los supuestos de la investigación**

La construcción del problema de investigación vincula dos supuestos fundamentales en el abordaje de las clases trabajadoras que operan en este debate académico y político actual. En primer lugar, el supuesto de *procesos de formación de clases trabajadoras* como procesos abiertos en contraposición con aquellos que postulan a una clase trabajadora portadora de ciertos atributos como producto inexorable de la dinámica del capitalismo. La diferenciación analítica entre “situación” y “formación” (Meiksins Wood, 2000) postula teóricamente la historicidad de las clases como sujetos (“la clase como proceso y relación”). El marxismo abierto conceptualiza a las clases como una *relación de lucha* que atraviesa a las relaciones de producción como un todo (Gunn, 1987). Aunque difieren en el modo en que se constituye la contradicción (como producto de la experiencia histórica en caso de Meiksins, o como relación interna a los individuos para los últimos) ambos enfoques coinciden en entender a la clase como una relación social de antagonismo basado en la explotación y no como una posición estructural de donde clasifican los individuos (sea por ejemplo esta posición la propiedad o no propiedad de medios de producción). Este enfoque también establece distancia teórica con aquellos que consideran a las clases como fenómenos constituidos en el terreno de la circulación (a través de la participación en el mercado).

El segundo supuesto, contenido en el primero, supone la reposición de la *clase trabajadora como formación social, cultural y política inherentemente heterogénea y desigual*. La investigación reciente sobre procesos de formación de clase propone problematizar la homogeneidad como una cualidad inherente a la clase trabajadora, mostrando que este supuesto opera de dos formas en la construcción del objeto de estudio. Por un lado, se “proyecta” una pretendida homogeneidad que no era tal –

obturando el análisis de clivajes constitutivos de determinadas configuraciones espaciales e históricas de la clase. Por otro lado, al hacer de la homogeneidad una cualidad inherente a la clase trabajadora, la fragmentación y la diversidad pasan a ser indicadores de su disolución/inexistencia (Carbonella y Kasmir, 2014; Silver y Karatasli, 2015). La historiografía de las clases trabajadoras asume tales heterogeneidades y variaciones como objeto de análisis (Katznelson y Zolberg, 1986) y ha establecido diferentes dimensiones en torno de las cuáles se fueron estructurando heterogeneidades efectivas. Resulta importante recontextualizar este debate a la luz de dos tipos de crítica: por un lado, la que se realiza al *nacionalismo metodológico* (van der Linden, 2019), a partir de la cual se postula una ampliación de la mirada para incorporar estas heterogeneidades en una categoría única. Por otro lado, la que promueve la noción del desarrollo del capitalismo como *desigual y combinado* que reinstala la agencia de los trabajadores en la configuración de las desigualdades y, entonces, asume las heterogeneidades internas de la clase trabajadora como producto de las luchas que libra esa misma clase (Kasmir y Gill, 2018). Estos temas se relacionan con otros. Por ejemplo, la crítica del nacionalismo se vincula con la cuestión de la teoría del desarrollo y las unidades de análisis de las comparaciones (si son naciones autónomas o relaciones sociales).

En base al desarrollo de ambos supuestos se establecieron tres núcleos problemáticos, que se encuentran en investigación. El primero refiere a la recuperación de las relaciones entre clase, trabajo y valor como categorías que se dinamizan mutuamente. El segundo a la relación entre las relaciones de explotación y mercantilización como categorías que subyacen a las heterogéneas formaciones de clase. El tercero hace mención a la incorporación de un tercer momento social e histórico, el de la desposesión. Ordenamos la exposición a partir de aproximaciones críticas a los textos de Marcel van der Linden (2019) y Beverly Silver (2005). Seleccionamos estos estudios porque se han convertido en obras de influencia en la propuesta de una reconceptualización de la clase trabajadora. No obstante la crítica, estos sirven también para señalar problemas abiertos para la investigación.

## **1. Recuperación de las relaciones entre clase, trabajo y valor en clave de *movilización del trabajo social*.**

En función de nuestros supuestos, nos enfocamos en las relaciones entre clase y trabajo como categorías que se conectan de modo diverso en los distintos abordajes, por lo que proponemos en este apartado explorar sus implicancias. Eric Wolf (2001) propuso el concepto de *trabajo social* como punto inicial para comprender la estructuración de relaciones de poder y particulares antagonismos sociales. Entiende al trabajo social como *trabajo general* – proceso llevado a cabo por una pluralidad organizada. En tanto tal, sólo puede ser pensado cuando diferentes tipos de trabajo son incluidos en el común denominador del dinero. Pero al mismo tiempo, esta noción otorga la clave para comprender cómo cualquier sociedad se organiza a través de ese proceso y la distribución de sus productos. “Es este concepto de movilización social, de despliegue y de ubicación del trabajo lo que nos permite entender cómo la transformación técnica de la naturaleza se conjunta con la organización de la sociedad” (2001, p.67). La pregunta específica por las formas a través de las cuales se moviliza el trabajo en las distintas formaciones sociales está en la base de la distinción de los diferentes modos de producción. En toda formación social y en cada momento histórico, las formas de objetivación y materialización del trabajo social, se determinan a través de una variedad de relaciones - intercambio, guerra, alianza, reciprocidad, explotación, etc.- y campos de fuerza en el seno de los cuáles acontece el proceso de reproducción social.

Un aspecto central de este análisis es el carácter global de esta movilización en la formación del capitalismo. La formación de este modo de producción o de movilización del trabajo no puede desligarse de la construcción a escala global de mercados particulares de mercancías que han relacionado formas de trabajo y trabajadores en diversos tipos de subordinación. En el concepto de “movilización del trabajo social” éste se constituye en el desarrollo global, movilizado por la valorización capitalista. Esta diferencia es sutil pero conceptualmente relevante. Primero, son las empresas o capitales quienes relacionan a los trabajadores en el mundo. Pero, segundo, en su movilización no solo se relaciona con trabajadores sino que al organizar el trabajo, este adquiere un carácter

social y global, siendo éste y no trabajadores individuales lo que pasa a ser movilizad. Este punto de partida impacta en el análisis no solo del desarrollo capitalista sino de la formación de clase.

En efecto, tanto Wolf como Silver o van der Linden señalan que no puede entenderse las trayectorias y formas particulares del capitalismo o las clases a escala nacional, separados del proceso de las relaciones de procesos formados en escala global. En este sentido, tanto Silver como van der Linden sostienen que la misma clase trabajadora debería entenderse como una clase constituida a escala global. Por su parte, Beverly Silver sostiene que la clase se extiende globalmente en relaciones directas e indirectas, entiende estas últimas mediadas por las empresas capitalistas, es decir señala que aún cuando éstos no lo expresen en términos de solidaridad subjetiva, se hallan relacionados por el mecanismo productivo global. Esto es, se hallan relacionados entre sí a través del capital en la actividad laboral que realizan y esto ocurre en una red sistémica o totalidad mundial. Van der Linden establece también una exhaustiva lista de modos de vinculación y conexiones entre grupos de trabajadores (pp. 375 – 378).

Mientras que las aproximaciones de Silver y van der Linden se enfocan en las relaciones observables (entre trabajadores, entre ellos y los medios de producción, etc.), Wolf propone una aproximación fundada en relaciones internas, traccionadas por un proceso de movilización del trabajo social cuya dinámica está signada por la producción de valor y plusvalor. En esta perspectiva la valorización, la reproducción ampliada de capital ya no es un proceso contextual, sino el “principio” organizador mismo de la movilización del trabajo social. Se plantea la importancia teórica de recuperar las relaciones entre trabajo y valor en el análisis de la formación de la clase trabajadora.

Diane Elson (1979) introduce una hipótesis conceptual que nos permite avanzar en los modos específicos de movilización del trabajo en el capitalismo. Parte de la noción de *trabajo general*, para avanzar en su análisis estableciendo cuatro aspectos organizados en dos pares de opuestos: privado/social; concreto/abstracto. Sostiene que estos *cuatro aspectos de la actividad laboral* se objetivan de modo particular, y asumen



relaciones específicas entre ellos en diferentes formaciones sociales. En este sentido, advierte la importancia de no precipitar entre sí ambas duplas - privado no equivale a concreto y social no equivale a abstracto – y sostiene que lo que distingue la movilización del trabajo social en el capitalismo es el dominio del aspecto *abstracto del trabajo* - objetivado en la forma dinero - sobre los otros tres.

El dominio del aspecto abstracto del trabajo implica, entre otras relaciones, su expresión como valor de cambio, su objetivación en el dinero y la subsunción en el capital como relación fundamental de producción de la riqueza en las sociedades contemporáneas. Pero también implica la posibilidad de que el proceso de reproducción de la sociedad en general y de conjuntos sociales particulares, se movilice un *quantum* de trabajo social que no se objetiva inmediatamente como trabajo abstracto, si bien es la misma dominancia de este aspecto del trabajo la que constituye tal posibilidad. En los autores de referencia, las formas de movilización del trabajo social en el capitalismo refieren a dos conceptos: mercantilización y explotación, que exploramos en lo que sigue.

## **2. La expansión del concepto de clase a partir de la distinción entre explotación y mercantilización.**

En el análisis de Silver, por un lado tenemos las luchas proletarias marxianas contra la explotación y, por otro, las luchas polanyianas donde la sociedad reacciona a la mercantilización que conduce a la descomposición social. Las primeras se siguen en el ciclo de las industrias mientras que las segundas se siguen en las grandes olas de protesta de la sociedad en conjunto. En Polanyi, los sujetos del conflicto son el *mercado* y la *sociedad*. Brevemente, en *La Gran Transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (Polanyi, 1944) elabora una interpretación de la dinámica de las sociedades capitalistas fundada en un *doble movimiento*. La idea de imponer el libre mercado como principio único de organización social, azuza olas de mercantilización. La extensión de la mercantilización sobre la tierra, el trabajo y el dinero conlleva un cuestionamiento de la sociedad misma, que culmina en la crisis. Mediante “contramovimientos” desmercantilizadores, la sociedad se defiende de su

propia destrucción, reinsertando las relaciones mercantiles en un tejido de principios organizadores de carácter protectorio y colectivista.

Es decir, no son las luchas de clases sino las sociedades en bloque las que resisten a los mercados. Posiblemente esta idea presida la descripción de Silver. Pero con esto se pierde el análisis de clase de las luchas contra la desposesión, y también un mapa histórico concreto de la formación de clase. Esto nos conduce al marco teórico donde se combina Marx y Polanyi. Con ello se busca captar las dos formas de conflictividad (explotación y mercantilización). Silver hace uso de Polanyi para extender la clase trabajadora y sus luchas. Como señalamos, Polanyi piensa estas luchas como la resistencia de la sociedad contra el mercado, no como luchas de clases. Sin embargo, hay un hiato conceptual entre lo que se quiere observar y la teoría que lo propone. Esto es, la conflictividad “polanyiana” apunta a las luchas contra la mercantilización, desposesión y posible proletarización. Pero este conflicto no abarca indistintamente a cualquier sujeto social, sino a sectores de clase particulares y por ello se los entiende como formas de conflictividad laboral. Con este concepto polayiano quiere abarcarse a las fracciones de clase no asalariadas que no pueden entenderse mediante las luchas “marxianas” en los lugares de trabajo (tratadas, como afirma Silver, en el primer tomo de *El Capital*). Las protestas polanyianas se darían por fuera de los lugares de trabajo, no sólo. Se asume la teoría de Marx para la producción capitalista inmediata y a Polanyi para las luchas contra y en el mercado. De este modo, se reponen perspectivas teóricas diferenciadas para el análisis de dos relaciones inherentes al despliegue del capitalismo: relaciones de *mercantilización* y relaciones de *explotación*. Esta dualidad se replica en otras hipótesis de investigación en torno del objeto “clase trabajadora”.

Por su parte, van der Linden (2019) sistematiza una propuesta conceptual para la delimitación objetual de la clase trabajadora, buscando ampliar el espacio teórico configurado por una historia social del trabajo profundamente eurocéntrica. De este modo, propone un concepto de clase trabajadora fundado en las relaciones de *mercantilización*. Es así que considera las *distintas formas de mercantilización del trabajo compatibles con el capitalismo*, en una estrategia metodológica de elaborar tipologías de

trabajadores a partir de atributos o aspectos que los definen y establecer distancias respecto del tipo ideal del trabajador “doblemente libre”. De una parte, la constatación de la compatibilidad del capitalismo con una multiplicidad de formas de mercantilización del trabajo lleva a van der Linden a preguntarse por las causas y motivos de la expansión del trabajo asalariado en clave de *elecciones* tanto de los empleadores como de los trabajadores. Esta operación es compleja, porque, por una parte desplaza la atención de las relaciones entre explotación/valorización como núcleo dinámico del capitalismo, sin postular mecanismos alternativos de explicación de la dinámica social general. Tampoco construye análisis en torno de una concatenación entre la explotación y la mercantilización, como veremos se intentará realizar en otras líneas de investigación marxiana. En este sentido, la cuestión de la mercantilización aparece tanto en Silver y en van der Linden como procesos claves para una definición amplia de la clase trabajadora. Sin embargo, esta ampliación aparece como problemática sea porque se introduce una dualidad sin conexiones internas, sistemáticas u orgánicas entre ambos tipos de relación (Silver), o por el directo desplazamiento de la explotación por la mercantilización (van der Linden).

Michael Burawoy (2010) advierte el doble juego abierto por la influencia polanyiana en los estudios laborales. Asume que tanto la explotación como la mercantilización pueden considerarse como *experiencias* de clase cuyo predominio marcaría diferentes momentos históricos. Contrapone a la dualidad polanyiana mercantilización/contramovimiento, la dualidad explotación/mercantilización como relaciones que se expresan en distintos sujetos: la primera en los trabajadores asalariados, la segunda en conjuntos sociales diversos para quienes la mercantilización pone en riesgo sus medios de subsistencia y reproducción. Partiendo de esta dualidad, estructura una crítica a la influencia polanyiana en los estudios laborales contemporáneos: mientras parte de ellos sitúan en las conexiones transnacionales y las resistencias a la mercantilización de recursos naturales, o de aspectos de la vida de los trabajadores los núcleos de emergencia de un renovado *contramovimiento societal*, Burawoy ve oposiciones excluyentes (entre lo global y lo local;

entre explotación y mercantilización). Consecuentemente, señala que no hay indicación del modo en que se combinarían luchas centradas en la explotación y luchas centradas en la mercantilización (Burawoy, 2010). En conclusión, enfocar la dinámica de la conflictividad desde el doble movimiento polanyiano no permitiría conectarla conceptualmente con el proceso de formación de la clase trabajadora.

Este problema reaparece – bajo diversas formulaciones – en la historia social latinoamericana. Por introducir aquí un caso de ampliación en los estudios latinoamericanos, podemos traer a colación la consideración que hace Bergquist, un autor que impactara fuertemente en Silver y van der Liden, de los trabajadores rurales colombianos. Para Bergquist (1988), los cafeteros de este país desempeñaron un papel clave en la formación de la economía de exportación en el siglo XX. La debilidad de la formación en tanto colectivo de clase de este grupo explica, según este estudio, la debilidad de la formación de la clase trabajadora colombiana en el siglo XX. La explicación aquí pasa por la consideración del tipo de procesos de trabajo y de explotación en el campo en estrecha conexión con la exportación. Para Bergquist este grupo debe considerarse más como una fracción, estructuralmente estratégica, de la clase trabajadora antes que como “campesinado” que ha sido el modo de identificación de clase asignado tradicionalmente (por el análisis de clase “estrecho”). Para Bergquist estos trabajadores son poseedores parcialmente de tierra como medio de producción. Sin embargo, esto no impedía considerarlos trabajadores si se tiene en cuenta que su producto era vendido a conglomerados capitalistas comerciales que establecían por este medio formas de explotación de su trabajo. De este modo, este caso introduce el problema de la ampliación de clase a grupos con propiedad de medios de producción, pero cuya reproducción descansa en la relación entre su trabajo y el capital, solo que bajo la forma de la mercantilización de su producto del trabajo y no de la venta de su fuerza de trabajo.

### 3. La tríada desposesión/mercantilización/explotación en los procesos de formación de clases

La literatura reciente, inspirada por la hipótesis de David Harvey (2004) de *acumulación por* desposesión, recupera la noción para la caracterización de un conjunto de mecanismos que operaron desde la consolidación del neoliberalismo como vías de reproducción del capital a través de procesos de privatización y financiarización. Nos interesa el peso analítico de esta relación en la conceptualización de la formación de la clase trabajadora. Por una parte, Carbonella y Kasmir (2014) cuestionan que esta aproximación relega el modo en que el trabajo –en sentido general y no inmediatamente asalariado– configura las dinámicas de expansión del capital, especialmente en escalas locales; y que produce una división artificial entre las luchas (motorizadas por la reproducción ampliada y motorizadas por la desposesión) y los sujetos de las mismas que obtura su consideración como partes de una unidad –en sí misma heterogénea– caracterizada por la “multiplicación del proletariado.” En esta dirección se presenta entonces la pregunta por la conexión entre las nociones de desposesión y de clase trabajadora.

Por otro lado, la incorporación de la noción de desposesión abre un espacio teórico necesario en la conceptualización de la clase como *proceso*. En efecto, en su tratamiento de las formas de subordinación del trabajo, van der Linden posiblemente opera con el supuesto de que la relación asalariada y sus portadores pueden emerger *inmediatamente* en el escenario social, desconectando conceptualmente los procesos de “desposesión” y “acumulación primitiva” de los procesos de formación de clases trabajadoras. En paralelo, Silver sostiene la separación entre las luchas y –entendemos– entre los actores, con lo que tampoco conceptualiza las conexiones entre desposesión y proletarización.

Esta observación nos impulsa a incorporar los procesos de desposesión como tercer elemento que determina las formas de movilización del trabajo social en el capital. Los procesos de desposesión instauran una discontinuidad en las relaciones entre los grupos sociales (familias, comunidades, trabajadores) y sus condiciones y medios de reproducción. De esta forma, se articula la hipótesis que disloca los

procesos de desposesión y los de proletarización, ubicando los procesos de desposesión como “línea de fractura” analítica (Carbonella y Kasmir, 2014). Es a partir de los procesos de desposesión que pueden identificarse múltiples formas de movilización del trabajo involucrado en la reproducción social, tanto mediante su realización en trabajo abstracto y valor de cambio, como mediante formas no mercantilizadas orientadas en la reproducción de conjuntos particulares. Este debate permite comprender procesos específicos de formación de clases, al tiempo que problematiza la fragmentación de la clase trabajadora como tendencia suficiente para cuestionar su (potencial) configuración como sujeto político. Ello se vincula directamente con los hallazgos en el campo de los estudios de protesta y conflictividad, que también se articulan en la construcción problemática de nuestro proyecto de investigación.

Por otro lado, desde la perspectiva de los “desposeídos”, el intercambio de trabajo por dinero, la mercantilización, es uno de los modos en que se produce su acceso a las condiciones de reproducción. Supone que diferentes actividades concretas adquieren expresión dineraria –el flujo de trabajo social se determina crecientemente como abstracto. La extensión de la mediación dineraria y de las relaciones de intercambio en la reproducción social de los conjuntos de trabajadores subsumidos en la producción de capital, se desarrolla procesualmente, involucra violencia, guerras, y coerción; y configura articulaciones concretas entre procesos de producción y reproducción de sectores de las clases trabajadoras. Las etnografías contemporáneas enfatizan el carácter fluido, variable y cambiante que caracteriza los procesos de reproducción social de diversos conjuntos de trabajadores, configuradas en torno de la intermitencia de relaciones asalariadas (formales o informales), de trabajo familiar, de “autoempleo”, de reciprocidad, entre otras.

Estas líneas de investigación proponen indagar en las relaciones materiales de clase de grupos de trabajadores no industriales junto con los clásicos manufactureros. Esta línea presenta una alternativa a teorías que se basan en el discurso (Laclau) o en la política, sin relación con estas relaciones materiales de clase en la producción social. Así hace la crítica a van der Linden (Mattos, 2019) que propone que los grupos no típicos de

trabajadores pueden conceptualizarse dentro de la teoría de la subalternidad en el sentido de una forma de dominio político cultural de franjas populares, sin necesitar extender el arco de las relaciones de trabajo. De hecho, las luchas proletarias no directamente relacionadas con la producción ni los salarios se han entendido tradicionalmente como luchas políticas, o como alianzas en “fuerzas sociales” de fracciones obreras y populares. La incorporación de los procesos de desposesión permite integrar las relaciones materiales que de ellos se desprenden a las dinámicas concretas de formación de clases trabajadoras nacionales, o regionales

### **Palabras finales**

Presentamos en estas notas, avances de una investigación conceptual en curso, tendiente a establecer un entramado consistente para aproximarnos al fenómeno de la organización del trabajo y la conflictividad laboral en el capitalismo contemporáneo. Es así que explicitamos una serie de conexiones teóricas implicadas en la construcción de la categoría de clase trabajadora que operacionalizaremos en el curso de la investigación. A su vez, cada una de las categorías presentadas, abre nuevos problemas y alternativas que deben ser exploradas y sistematizadas en el futuro.

En primer término, explicitamos la vinculación *clase* como configuración enraizada en y emergente de relaciones estratégicas de movilización del trabajo social específicas del capitalismo como modo de producción. De allí la vinculación entre las categorías de clase, trabajo y valor y una apertura de las posibles configuraciones laborales que concurren a la reproducción de las relaciones estratégicas (que implican producción de plusvalor). En segundo lugar, reponemos la diferenciación entre mercantilización y explotación que atraviesa diferentes trabajos de investigación sin que se resuelva satisfactoriamente la relación entre ambos procesos, la movilización del trabajo y la formación de la clase trabajadora. Finalmente, incorporamos, también desde el debate reciente, la propuesta que conceptualiza los procesos de desposesión como punto de partida del análisis de los procesos de formación de las clases en términos

de luchas y conflictos y en términos de fuerzas actuantes en las cristalizaciones situadas de configuraciones clasistas concretas. Este problema ha sido aproximado tanto por la teoría de la movilización del trabajo como por la de la crítica marxiana de la economía política. Ambos permiten articular una hipótesis de investigación que tenga como punto de partida la producción capitalista global social, que abarca la unidad contradictoria de los momentos de producción/circulación/distribución/consumo -que, por lo tanto, se extiende en el desarrollo de la producción y reproducción social. Algunos han propuesto este camino aunque el concepto de clase vinculado deba determinarse (Di Giovanni, Negri, Banaji, Bensaid, Marramao) Esta línea general permite extender la definición de proletariado explotado en la producción industrial (v. gr. Poulantzas) o fuerza de trabajo asalariada, para incluir: (a) grupos subsumidos por el capital mediante formas no asalariadas (esclavitud o campesinado), (b) asalariados en trabajos “improductivos” no industriales (transporte) o (c) el trabajo reproductivo (familiar) y construir hipótesis sobre los procesos de diferenciación entre tipos de relaciones laborales y las segmentaciones y fragmentaciones que producen en la fuerza de trabajo en las mismas empresas o en las cadenas de valor de un mismo producto a través del comercio internacional. En este concepto, es el trabajo social lo que es movilizad, no solo el trabajo directamente asalariado, bajo el dominio de la producción industrial capitalista.



## Referencias

- Antunes, R. (2001). *Adiós al trabajo?* Cortez Editora.
- Bergquist, C. (1988). *Los trabajadores en la historia latinoamericana: estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Bogotá: Siglo XXI.
- Carbonella A. y Kasmir, S. (2014). Toward a global anthropology of labor. En S. Kasmir y A. Carbonella (eds.), *Blood & Fire: toward a global anthropology of labor*. New York: Berghahn.
- Carrier J. y Kalb D. (2015). *Anthropologies of class: power, practice and inequality*. Cambridge University Press.
- Elson, D. (1979), The value theory of labour. En D. Elson (ed), *Value: the representation of labour in capitalism*. Verso Books.
- Gunn, R. (1987). Notes on class. *Common Sense*, (2).
- Kasmir, S. y Gill, L. (2018). No smooth surfaces. The anthropology of unevenness and combination. *Current Anthropology*, 59 (4), 359 - 377
- Kalb D. (1997). *Expanding class power and everyday politics in industrial communities, the Netherlands 1850 – 1950*. Duke University Press.
- Katznelson I. y Zolberg, A. (eds.) (1986). *Working-Class formation. Nineteenth century patterns in western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Meiksins Wood, E. (2000). *Capitalismo versus democracia*. Siglo XXI Editores.
- Parry J. y Hann, C. (2018). *Industrial labor on the margins of capitalism. Precarity, class and the neoliberal subject*. Max Planck Institute Berghahn Books.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: FCE.
- Silver B. (2005). *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- Silver B. y Karatasli, S. (2015). Historical dynamics of capitalism and labor movements. En D. Dellaporta y M. Diani (eds.), *The Oxford handbook of social movements* (pp. 133-144). Oxford University Press.

Van der Linden, M. (2019). *Trabajadores y trabajadoras del Mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*. Imago Mundi.

Wolf, E. (2001). *Europa y los pueblos sin historia*. México: FCE.

# Apuntes sobre el análisis de las experiencias de los trabajadores y trabajadoras desde una perspectiva de género

*Lucrecia Saltzmann*

Lo que me interesa presentar en este espacio es, más que conclusiones determinantes, algunas reflexiones, dilemas y preguntas que surgen de la finalización de mi tesis de doctorado y que, a raíz de la posibilidad de participar del encuentro de intercambio en el marco del PIP,<sup>1</sup> procuré sistematizar.

Entiendo que parte del trabajo cualitativo que subyace detrás de cada investigación es distinguir los propios obstáculos y singularidades que se tejen en la escritura o, más bien, leer esos mismos obstáculos como las singularidades del campo. A veces, a esas singularidades las vamos caracterizando en el transcurso mismo de la investigación, utilizándolas para planificar una metodología que dialogue con aquello que nos interesa relevar. Pero también sucede que existe una labor *a posteriori* que requiere todo trabajo investigativo. Se trata de una especie de decantación de lo que fue aconteciendo mientras avanzábamos en nuestras tesis. Son los nudos u obstáculos que recién podemos percibir con mayor claridad al hacer el proceso reflexivo de distanciamiento.

De esta manera, mi presentación tiene que ver con algunas preguntas que se dieron *a posteriori* y que fueron conformadas a partir de las intervenciones que dejaron asentadas quienes integraron el jurado de

---

<sup>1</sup> Proyecto de Investigación Plurianual (PIP) titulado “Procesos de formación de la/s clases trabajadora/s en Argentina desde la segunda mitad del siglo XX. Aproximaciones desde la historia y la antropología social del trabajo”. Directora del proyecto: Dra. Silvia Simonassi. Código del proyecto: 11220170100722CO, Universidad Nacional de Rosario.

mi tesis, durante mi defensa. Así, este texto se propone, pasado ya algún tiempo de aquel momento, analizar el proceso investigativo, señalando algunos dilemas que se fueron conformando en torno a él. Retomo a continuación al menos dos de estas reflexiones: Una refiere al cruce entre el concepto de experiencia que yo utilizaba inicialmente -ubicado dentro de la perspectiva de Edward Thompson- y las críticas o complementariedades que potencialmente puede aportar una perspectiva de género a ese concepto. Por otro lado -y en diálogo con lo anterior- la segunda reflexión está más ligada a lo metodológico y busca presentar los obstáculos que, según el género, aparecen al momento de concretar entrevistas y encuentros.

Para organizar mejor este escrito voy a desarrollar muy brevemente el argumento central de mi tesis, presentando el referente empírico, para luego detenerme en dos dilemas de investigación surgidos de la experiencia investigativa mencionada anteriormente.

### **El argumento de mi tesis**

En la instancia de tesis doctoral,<sup>2</sup> me dediqué a analizar una cooperativa compuesta por 16 socios/as (de los/as cuales sólo cuatro son mujeres) y que actualmente funciona como Centro Cultural y Supermercado Popular. Esta cooperativa está ubicada en la zona céntrica de la ciudad de Rosario y fue conformada a partir de un conflicto que se inició en el año 1999 y se agudizó en junio del 2001, en un contexto donde, tras el cierre o la quiebra de varias empresas, cobraban impulso las Empresas Recuperadas por sus Trabajadores. Así, donde actualmente funciona la cooperativa antes lo hacía una sucursal de la cadena de Hipermercados *Tigre*. Dicho conflicto se desencadenó cuando los/as trabajadores/as tomaron las instalaciones y se empezó con el proceso de expropiación.

Pero incluso antes de que funcionara esta cadena de hipermercados de alcance nacional, hay otro antecedente que apareció con fuerza en el

---

<sup>2</sup> La tesis se titula “Sostener la toma. Autogestión, género y sentidos construidos en torno al trabajo en una cooperativa de la ciudad de Rosario” y fue defendida el 16 de octubre de 2020, en modalidad virtual.

relato de las personas entrevistadas para la tesis doctoral y que remite a la etapa de *El Hogar Obrero*,<sup>3</sup> que para antes de 1991 poseía una sucursal del *Supercoop* en el mismo sitio donde actualmente funciona la cooperativa investigada.

De esta manera, si bien la tesis tenía como propósito abordar la historia de la cooperativa actual (que implicaba el período del 2001 a la fecha), esto implicaba hacerlo desde antes que la misma se configure como tal, analizando también las etapas previas, es decir: la experiencia del *Supercoop* (1981-1991) y, luego, la del *Tigre* (1991-2001). Todas estas fueron experiencias que se dieron en la misma sucursal donde hoy funciona la cooperativa analizada para la tesis y, además, con un grupo permanente de trabajadores que cuenta con experiencia militante.

Efectivamente, durante el proceso de lucha, se fue conformando un grupo de militantes de izquierda que permanece en las distintas etapas, aunque con sus particularidades y que fue cambiando su nombre: se empieza a perfilar en la etapa del *Supercoop* donde se denominó *Comisión de Lucha*, luego se consolidó en la etapa del *Tigre* recibiendo el nombre de *Comisión de Acción Gremial* (CAG) y jugó un rol fundamental para pensar, luego, la política de la cooperativa actual, pasando a llamarse *Comisión Gremial* (CG).

En este sentido, puede decirse que un aspecto importante de la experiencia analizada es el hecho de que, además de los/as 16 socios/as que sostienen la cooperativa, participan de la misma –sin ser necesariamente trabajadores/as– quienes hacen parte de la CG. Además, el establecimiento es compartido por organizaciones, movimientos sociales, emprendimientos de la Economía Social que poseen allí sus puestos, sedes o centros de día.

Teniendo esto en cuenta, la tesis persiguió como objetivo central analizar los sentidos construidos en torno al trabajo, considerando las formas en que el género se expresa en esta cooperativa. Esto me llevó a querer incorporar a la investigación los debates feministas sobre el trabajo

---

<sup>3</sup> El Hogar Obrero, inicialmente se conformó como cooperativa de vivienda, empujada por el Partido Socialista. Luego diversificó sus alcances y llegó a contar con una red de supermercados cooperativos de alcance nacional que denominó *Supercoop*.

para poder *leer* mejor el campo. Al hacerlo, en un primer intento, prioricé aquella bibliografía que me hablaba acerca de la doble carga laboral o, también, aquella que se refería a las mujeres y al trabajo no remunerado. Sin embargo, estas lecturas –aunque sumamente útiles– no poseían un enfoque más integral que permitiera reflexionar sobre las particularidades que revisten las relaciones de género en los espacios mixtos de trabajo. A esto se le sumaba el hecho de que la mayoría de quienes hacían parte de la cooperativa eran varones, poniendo en jaque la bibliografía sobre género que solía centrarse en las mujeres y empujándome a ampliar las búsquedas. Fue así que llegué a las lecturas sobre masculinidades y trabajo. El hecho de ampliar y diversificar la bibliografía se transformó en uno de los corrimientos teórico-metodológicos que experimenté en el mismo proceso de elaboración de la tesis. Sin embargo, como decía en la introducción, otros dilemas o nudos, pude pensarlos más en profundidad una vez terminada la escritura de la tesis. A continuación me referiré a dos de ellos.

### **Algunos dilemas de la investigación**

#### *Género y experiencia*

El primer dilema busca proponer un debate entre la conceptualización de experiencia de Edward Thompson y los aportes conformados desde los feminismos.<sup>4</sup> En este sentido, los relatos diferenciales entre hombres y mujeres dentro de la cooperativa me hablaban de las experiencias distintas entre los géneros. Lo cual ya no mostraba una única experiencia de la clase obrera, sino más bien disímiles y desiguales, que ameritaban ampliar la mirada y considerar la pluralidad. La necesidad de esta pluralidad –o, más bien, la falta de ella– permite pensar la hegemonía masculina a la hora de pensar la clase obrera y por ende las experiencias que adquieren protagonismo para caracterizarla. Esta cuestión ha sido cuestionada desde diferentes escritos feministas que

---

<sup>4</sup> La amplitud y diversidad que engloba el término “feminismos”, implica hacer un recorte dentro de este posicionamiento. Para el caso de este artículo se toma en consideración los planteos de la corriente del feminismo marxista, especialmente aquellas ideas propuestas por Silvia Federici (2004 y 2013).

abordaron el trabajo no remunerado como un elemento clave en la reproducción de la clase obrera, es decir en su sostenimiento cotidiano (Arruzza, 2017; Federici, 2004 y 2013). En este punto cabría preguntar: ¿qué sujetos son los que definen “la” experiencia de la clase obrera?, ¿cómo podría construirse una definición de experiencia que, partiendo de la mirada de Thompson, contemple también el trabajo generalmente invisibilizado de las mujeres? Esto me llevó a pensar algunos cruces, complementos y discrepancias entre la mirada de Thompson y la que propone una mirada feminista.

En primer lugar, resalta el hecho de que en ambos posicionamientos no se trata de pensar que existe una conciencia *a priori* de lo que implica ser trabajador/a. Es más bien a partir de la experiencia que se construyen las representaciones y sentidos sobre el trabajo, así como la conciencia de clase y de género. En el plano de la *clase*, los postulados de Edward Thompson (1989) giran en torno a resaltar el lugar de la cultura como un espacio importante desde el cual se conforman las subjetividades y los mecanismos de poder, al sostener, por ejemplo, que “la formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. [el cual] no nació por generación espontánea del sistema fabril” (Thompson, 1989, p. 203). Así, para este autor la clase es tanto un proceso como una relación.

En sentido similar, pero en el campo del género, Simone de Beauvoir resaltó el carácter procesual, cultural, estructural y social por el cual se configuran atributos, roles y desempeños entre uno y otro sexo -por ejemplo, sostuvo que “mujer no se nace, se hace” (1989)-. Esta mirada fue también compartida por diversos autores y autoras que comprendieron que para alcanzar el modelo de masculinidad heterosexual “los hombres deben someterse a cierta ‘ortopedia’, a un proceso de hacerse ‘hombres’. Proceso al que está sometido el varón desde la infancia. ‘Ser hombre’, es algo que se debe lograr, conquistar y merecer” (Olavarría, 2003, p. 171).

Tanto el posicionamiento de Beauvoir, como el de Thompson respaldan la necesidad de pensar las trayectorias, los procesos y prácticas cotidianas que en los diferentes ámbitos (doméstico, público, etc.) van abonando a las construcciones sociales y culturales. En sus diferentes

perspectivas, dichos/as autores /as se emparentan en el hecho de que aún considerando la importancia cultural atienden a las coyunturas sociales y económicas en la performatividad de los sentidos y representaciones. También resaltan la experiencia como momento significativo en la construcción de los sujetos, los cuales no pueden ser definidos *a priori* sino a través de sus prácticas y de las incorporaciones o resistencias a esa normatividad exigida. Otro punto de acuerdo entre Thompson y Beauvoir, consiste en el hecho de que, si bien entienden el peso de los condicionamientos, no desestiman las posibilidades de resistencias y reinterpretaciones en las imposiciones, alentando así los intersticios de la transformación.

Desde esta mirada, entonces, la visibilización del uso del tiempo diferencial entre hombres y mujeres en el transcurso de sus experiencias, permite entender más cabalmente el significado que los sujetos construyen en torno al trabajo, ya que estas significaciones se van consolidando a lo largo del tiempo, en las experiencias diarias. Es decir, a partir de la práctica cotidiana se construyen, reproducen y legitiman ciertos estereotipos, modelos y relaciones sociales de cada cultura (Faur, 2014). Los sentidos que se construyen en torno al trabajo no son algo que pueda ser pensado únicamente desde una mirada sincrónica -en el momento preciso en que el investigador se acerca al campo- sino que, por el contrario, se precisa de un análisis histórico que muestre las experiencias de trabajo y vida de cada quien, ya que es desde ese proceso que lo actual adquiere significación. Al decir de Muñiz Terra et al.: “se torna propiciatorio reconstruir la combinación diacrónica del marco contextual y las decisiones subjetivas que van construyéndose a lo largo del tiempo y el espacio” (2013, p.17).

Así, podemos decir que uno de los puntos donde coincide el planteo feminista y la perspectiva de Thompson, estaría dado por la dimensión estructural desde donde se conforman las experiencias. Con esto me refiero a que, en ambas perspectivas, la subjetividad está pensada en marcos más amplios que tienen como contexto el sistema capitalista y el sistema patriarcal.

Género y clase aparecen como dos aspectos complementarios. En el plano de la *clase*, los postulados de Edward Thompson giran en torno a



resaltar el lugar de la cultura como un espacio importante desde el cual se conforman las subjetividades y los mecanismos de poder, por eso tal como mencioné anteriormente– para este autor la clase es un proceso y una relación. En sentido similar, pero en el campo del género, se resalta el carácter procesual, cultural, estructural y social por el cual se configuran atributos, roles y desempeños entre uno y otro sexo.

Más allá de ciertas similitudes, resulta necesario ampliar el concepto de experiencia para darle pluralidad, entendiendo la conformación de la misma dentro de la división sexual del trabajo que propone el sistema capitalista. Seguramente, este tipo de horizonte va de la mano de las reconceptualizaciones que buscan resaltar el carácter heterogéneo y diverso de la clase obrera.

*La dimensión metodológica: el trabajo de campo y el género*

El segundo dilema se refiere a la dimensión metodológica que se pone en juego al trabajar con experiencias y género. Con esto quiero referirme a algunas dificultades que surgen al desarrollar una metodología que atienda a recuperar la experiencia de los trabajadores y trabajadoras. Si de por sí no es tarea sencilla construir las experiencias de la clase obrera –en masculino-, la cosa se pone más complicada cuando hablamos de investigaciones que poseen una perspectiva de género y que requieren de los testimonios de las mujeres y la disidencia para el análisis. Para abordar esta afirmación me gustaría describir lo que sucedió al momento de concretar entrevistas o de llevarlas a cabo ya que un obstáculo durante el trabajo de campo fue la dificultad a la hora de coordinar las entrevistas con las mujeres de la cooperativa. Si con un grupo de trabajadores era sencillo acercarse y conversar largo tiempo, incluso sin haberlo pautado de antemano, con las mujeres sucedía todo lo contrario: sugerían que la entrevista sea a los compañeros que reconocían como los principales referentes de la experiencia y, en los casos en los que accedieron a sentarse, sus relatos eran más bien breves, generalmente alegando que ellas no eran las que más sabían del tema.

En este sentido, la lectura de investigaciones realizadas por la antropóloga colombiana Mara Viveros Vigoya (2002), sobre masculinidades, me permitió ubicar esta situación que inicialmente

interpretaba como algo singular e interpretarlo más bien como un aspecto importante para analizar la manera en que las relaciones de género se expresan. Así, identifiqué que si con los varones resultaba disonante hablar de ciertos temas durante las entrevistas -como cuidado, emociones, trabajo no remunerado, etc.-, con las mujeres sucedía todo lo contrario: la pregunta muchas veces no necesitaba ser formulada porque el tema aparecía naturalmente en el relato. Esta dimensión de lo no explícito cobra importancia si se piensa, además de en los contenidos manifiestos o latentes, en la forma misma en que se construyen los relatos. Es decir, no sólo se trataba de la dificultad de acceso a las entrevistas con mujeres, sino también de los temas que adquirirían jerarquía a la hora de hacer circular la palabra.

Solo para dejar planteado un segundo aspecto que desprende del anterior, en la misma dirección, pero en lo relativo al relevamiento de fuentes periódicas y documentales, se me presentó en el trabajo de campo la dificultad de encontrar a las mujeres en los diferentes volantes, folletos, boletines y notas periodísticas que registraban la experiencia de la cooperativa. La pregunta que puedo formular a modo dilema, para seguir pensando es: ¿cómo relevar las experiencias desde una conceptualización más integral –o que desafíe lo convencionalmente “visibilizado”- cuando existe una tendencia a omitir a quienes sostienen –desde lugares generalmente invisibilizado- a las experiencias protagónicas? ¿Cómo reconstruir esas experiencias desde materiales que están sesgados por una dimensión de género? Es decir, ¿cómo reconstruir el universo de por sí invisibilizado?

### **Reflexiones finales**

Para dar cierre a este breve escrito, me gustaría dejar abiertos dos interrogantes, con la intención de seguir reflexionando sobre estos temas.

Primero, pese a los avances en las producciones teóricas conformadas desde los feminismos continúan existiendo trabas metodológicas para desarrollar investigaciones de este tipo, las cuales se pueden distinguir no sólo a la hora de realizar trabajo de campo, sino también al momento de llevar adelante relevamientos de archivos ya que

el impulso feminista de revisión que tiene lugar en nuestra actualidad, no alcanza los archivos pasados, aunque quizás sí podría proponer estrategias metodológicas.

Segundo, quisiera retomar una de las preguntas que surgió del intercambio virtual donde las ideas de este escrito fueron expuestas y que fue formulada de la siguiente manera: ¿Cómo pensar (en este caso al género y su relación con el concepto de experiencia) como procesos activos que van configurando la conformación de la clase? A modo de ensayar una respuesta, quizá el intento más claro es el que propusieron las feministas al resaltar el lugar del trabajo de cuidado en la reproducción de la clase obrera. Sin embargo, no vendría mal pensar formas más cotidianas en que estas relaciones de género se atraviesan con las de clase en nuestra coyuntura.

Así, no se trataría únicamente de pensar los procesos de formación de la/s clases trabajadora/s y de sus experiencias (en plural) sino también de cómo lo abordamos metodológicamente, repensando cómo relevar aquello que se presenta como tácito o de difícil acceso.

## Referencias

- Arruza, C. (2017). Género y capitalismo, Debate en torno a reflexiones degeneradas. *Grupo de estudios Feministas GEF*, (47).
- De Beauvoir, S. (1989). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. España: Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. España: Traficantes de sueños.
- Olavarría, J. (2003). Los estudios sobre masculinidades en América Latina. Un punto de vista. *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, (6), 91-98.
- Thompson, E. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. España: Crítica.
- Viveros Vigoya, M. (2002). La masculinidad como objeto de investigación y preocupación social. En M. Viveros Vigoya, *De quebradores y cumplidores: Sobre los hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia* (33-118). Colombia: CES-Universidad Nacional de Colombia.

# La conflictividad en los procesos de formación de la clase trabajadora<sup>1</sup>

*Silvia Simonassi*

En este trabajo nos detenemos en una de las dimensiones centrales del proceso de conformación de la clase trabajadora: los diversos contornos que adquiere la conflictividad laboral. Antes de hacer foco en esta problemática, presentamos algunas precisiones en torno al punto de partida de nuestro análisis. Lo hacemos desde nuestra pertenencia disciplinar, la Historia, y en particular desde el campo de la historia de la clase trabajadora, para pensar los procesos de formación y reconfiguración de la clase. Esto en principio supone pensar que la clase no está allí como cosa, como *it*, parafraseando a E. P. Thompson (1989, p. XIV) sino que participa en su mismo proceso de formación. De modo que las clases se reconocen, “se descubren” en la lucha, es decir que el proceso que deviene en su conformación como tal y sus propias formas de acción son necesariamente relacionales (Thompson, 1979). En tal sentido, lejos de considerar que “está hecha”, es posible pensar en los procesos de reconfiguración histórica, un hacerse y deshacerse de la clase en el proceso de desarrollo capitalista “como antídoto contra la tendencia habitual a la

---

<sup>1</sup> Estas reflexiones resultan tributarias de diversos proyectos y debates colectivos, en particular los desarrollados durante el año 2020 en el marco del Seminario Interno de discusión “Debatir el trabajo, trabajadores y trabajadoras. Discusión sobre el libro: van der Linden, M. (2019) Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo. Buenos Aires: Imago Mundi/CEHTI, CLASE, Red Trabajadores y trabajadoras”, desarrollado en el marco de la Línea de Investigación “Historia y Antropología Social de los trabajadores” del ISHIR (CONICET/UNR) y de la actividad cuyas reflexiones volcamos en este libro. Agradezco a todas y todos los participantes de esos encuentros por los comentarios que nutrieron la versión final de este texto.

rigidez excesiva al especificar quien constituye la clase obrera” (Silver, 2055, p. 33). Las transformaciones más recientes del capitalismo mundial han conducido a una recuperación del concepto de clase y a estudios que enfatizan en las “múltiples etapas del hacerse, deshacerse y rehacerse de la clase” (Carbonella y Kazmir, 2020, p. 2).

También partimos de reconocer que la clase trabajadora es heterogénea, que históricamente se ha expresado en diferentes y muy diversos colectivos de trabajadores y trabajadoras: pertenecientes a múltiples ramas y sectores de actividad, con patronales nacionales, extranjeras o transnacionales, y también con el Estado como patrón, con clivajes de género y condición étnica. Además, actualmente la distinción entre quienes perciben salario y quienes trabajan en condiciones de informalidad/precarización, ha complejizado las maneras de pensar el trabajo y la clase trabajadora. Estas premisas, que aluden a posiciones estructurales y se articulan con las formas de organización y la acción obrera y sindical permiten distinguir, complejizar las perspectivas de análisis, que van desde la organización y acción sindical hacia otras más recientes y muy extendidas de organización y lucha devenidas de las amplias y múltiples formas adquiridas por la precarización y la informalidad. Por último, reconocemos la necesidad de integrar en el análisis – distinguiéndolas de las anteriores- a las organizaciones y corrientes político ideológicas que tiñeron y tiñen el accionar sindical y las formas que revistió la conflictividad.<sup>2</sup>

En tal sentido, el proceso de formación de la clase trabajadora ha sido desagregado por Ira Katznelson (1986) en al menos cuatro dimensiones distinguibles a nivel analítico, entendidas como “capas teóricas e históricas”: la estructura del desarrollo económico del capitalismo; los modos de vida; las actitudes o disposiciones y la acción colectiva. Esa apuesta analítica ha sido abordada de manera comparativa, para los casos de Francia, EEUU y Alemania en el siglo XIX. Beverly Silver, por su parte, desde una perspectiva histórico-mundial, ha optado en su clásico libro, por “un análisis de la interrelación entre el primer y el cuarto nivel (entre la

---

<sup>2</sup> En esta presentación enfatizamos en algunos de estos “puntos de partida”, mas no en la totalidad.

dinámica política-económica del desarrollo capitalista mundial y las pautas históricas mundiales de la conflictividad laboral)” (Silver, 2005, p. 44). En cuanto a la dimensión de la acción colectiva, centra su estudio en “los períodos de conflictividad laboral particularmente intensa” (ibid., p.46), esto es, en las “grandes oleadas de conflictividad laboral” que permiten comprender “los períodos de transformaciones espectaculares en el sistema capitalista mundial” (ibid., p. 47), a través de un “mapa empírico de las pautas espacio-temporales de conflictividad laboral” (la base de datos del World Labor Group). Aquí, independientemente de la forma de construcción de la citada base de datos, interesa recuperar la idea de la conflictividad laboral como un concepto más amplio que la huelga, que la contiene, pero la desborda.

La huelga no es la única forma significativa en que se expresa la conflictividad laboral, que se manifiesta a menudo con otras formas de lucha, desde la disminución del ritmo de trabajo, el absentismo y el sabotaje, hasta las manifestaciones, disturbios y ocupaciones de fábricas. (Silver, 2005, p. 48)

En efecto, las primeras de estas modalidades que asume la conflictividad laboral – las anónimas u ocultas – son relevantes en momentos en que no rige el derecho a huelga o en contextos represivos, cuando las luchas abiertas resultan dificultosas de llevar adelante sin severas represalias. En la historiografía argentina sobre la última dictadura militar estas formas fueron analizadas bajo el concepto de “resistencia” (Dicósimo, 2015; Carminati, 2012)

La diferenciación que retoma Beverly Silver de Erik Olin Wright, entre *poder asociativo* y *poder estructural* adquiere una importante significación en los análisis sobre conflictividad obrera. En efecto, si el primero resulta de la formación colectiva de los trabajadores en sindicatos y partidos, el segundo, surge de su situación en el sistema económico. Los dos subtipos posibles de ser considerados en este último caso, dependen de su lugar *en el mercado de trabajo* o de su ubicación en el interior de un sector industrial clave, del poder de negociación *en el lugar de trabajo*. En los casos de producción en cadena, “una interrupción del trabajo en un

eslabón clave puede provocar trastornos a una escala mucho más amplia” (Silver, 2005, p. 27).

El poder estructural de Silver, en su variante de poder *en el lugar de trabajo*, se relaciona con la idea de John Womack (retomada de John Dunlop)<sup>3</sup> de *posiciones estratégicas*, para quien esas situaciones permitían a algunos obreros detener la producción de muchos otros. Se trata de “posiciones industrial o técnicamente estratégicas” que permiten “determinar si los obreros en cuestión percibían o no sus oportunidades y si hacían o no todo lo que podían con ellas, y poder explicar, finalmente, por qué hacían cuanto hacían, ni más ni menos”. En su análisis no se trataba de “adicionar” estas posiciones estratégicas a cualquier otra, pues las posiciones estratégicas para él revelan “esa fuerza especial que es la mano de obra en acción colectiva”. La del trabajo es fuerza

no solo en sentido positivo, por lo que aporta, por la producción, sino también, y en esto radica lo más especial, por lo que quita o resta a la producción cuando deja de operar, que es muchísimo en el caso de las posiciones industrial y técnicamente estratégicas (Womack, 2007, p. 51)

Ese “retorno a la estructura” en tiempos de “giro cultural” - que fue seguido de un encendido debate con John French y Daniel James (2007 y 2008; Womack, 2007a) - no significó un llamado a olvidar la agencia. En esa compleja intersección entre estructura y agencia Womack remataba su análisis afirmando:

ni la “estructura” de Dunlop ni mi extrapolación de que las estructuras industriales y técnicas han enmarcado, orientado y vigorizado la estrategia, significan que los trabajadores no han tenido “agencia”. Usar una posición estratégica para cualquier propósito es actuar: la estructura (inevitable, pero siempre expuesta a cambios) está hecha de posiciones (al menos en el corto plazo), desde algunas de las cuales los sujetos que son principales

---

<sup>3</sup> Sobre la abundante obra de Dunlop consultar Womack (2007).



actúan en relación unos con otros; pueden actuar sin estrategia, pero si hay estrategia, hay agencia (Womack, 2007, p. 76)

En esta perspectiva relacional que sostenemos, es destacable un aspecto menos atendido en el análisis de Womack, presente en el capítulo 2 “El concepto de posición estratégica en el trabajo: su origen y evolución” y retomado en el 8 “Estrategia para las empresas, nostalgia para los obreros”, donde aparece la capacidad de los empresarios de actuar estratégicamente. Formulada en términos bélicos (retomando a Clausewitz), toda huelga implica un contendiente, portador también de “fuerza estratégica relativa” en condiciones de negociación (Womack, 2007, p. 60 y ss.). Cuestionando la (escasa) voluntad de las organizaciones obreras de “descubrir” las posiciones estratégicas y usarlas en una ofensiva contra el capital, reconoce las capacidades empresarias para tramar las suyas: “como siempre han sabido los empresarios, una estrategia empresarial no sirve de nada sin una estrategia laboral” (ibid., p. 203). De modo que Womack reconoce que en el capitalismo las corporaciones luchan entre sí, pero también libran contiendas estratégicas (laborales):

con sus propios medios de producción y recursos humanos, usándolos como son, incrementándolos, al tiempo que los trabajadores renuncian, se conforman, resisten, todo estratégicamente. Ahora el pensamiento estratégico de las empresas es mucho más amplio, agudo, elaborado y dinámico, incluso dialéctico, que el de los propios trabajadores en relación con las contiendas corporativas y con esta lucha productiva general y continua, lo que en otros tiempos fue la lucha de clases [...] Después de todo, el mercado (o sea la gran empresa) manda. Si, pero manda en parte con el permiso de los trabajadores, porque los estrategias laborales modernos (con algunas excepciones aisladas), están absortos en los mercados y la política moral, desperdician la fuerza industrial y técnica de los trabajadores, solo piensan en la resistencia y no tienen ningún tipo de estrategia o programa industrial o técnico, ni defensivo ni ofensivo. (ibid., 2007, p. 203)

De allí su apelación a que la historia obrera sirva para “explicar por qué los movimientos modernos han llegado hasta donde han llegado, pero no más lejos”, para mostrar a los trabajadores cuánto más lejos pueden llegar y de qué modo pueden convertir su poder en acciones ofensivas.

Este reposicionamiento del debate en la fuerza obrera, en las posiciones estratégicas, en los factores estructurales como niveles necesarios de análisis para avanzar en la agencia obrera o en la acción colectiva, permite resituar la tensión entre estructura y agencia, para volver a escribir una historia obrera que articule los procesos de acumulación capitalista y la conflictividad laboral. El análisis de Womack permite además ubicar la lucha obrera en el lugar de trabajo, “a lo Clausewitz”, donde el capital, las estrategias empresarias se tornan fundamentales para comprender las capacidades y posibilidades de la clase trabajadora para hacer uso de las propias. Si podemos superar la lectura de los aportes de Womack en ese debate “historia cultural” versus “el historiador como ingeniero”, es posible recuperar el concepto para comprender en su complejidad el carácter que asume la lucha obrera en contextos históricamente determinados. En esa interrogación de Womack acerca de si los obreros hacían lo que podían y por qué hacían cuanto podían, se interponen múltiples mediaciones.

En cualquier caso, al no ser solamente la huelga la forma de lucha obrera que caracteriza la relación capital trabajo, el concepto de conflictividad laboral permite abarcar las citadas prácticas ocultas, menos visibles, menos contenciosas y que de conjunto configuran esos “niveles múltiples de la conflictividad laboral” a los que alude Ghigliani (2015). Estos niveles, que llegan de manera limitada a la prensa comercial, incluyen desde asambleas en los lugares de trabajo, hasta gestiones y denuncias en el Ministerio de Trabajo realizadas entre sindicatos y empresas, que podían culminar con inspecciones del organismo en las firmas denunciadas (Ghigliani, 2015, pp. 88-89). Estas modalidades tal vez puedan ser consideradas pasos previos, prolegómenos de conflictos abiertos y más extendidos que obliguen a las organizaciones sindicales a adoptar medidas más severas. Se trata de responder a la pregunta de, cuando lucha, cómo lucha la clase trabajadora en sus distintas fracciones y en determinados

periodos históricos, cuáles son sus condiciones de posibilidad considerando esas diversas mediaciones.

En rigor, la investigación histórica ha develado la importancia de contemplar todos esos niveles de la conflictividad laboral, que pueden ser pensadas en términos estratégicos por parte de los contendientes. Los conflictos prolongados entre capital y trabajo incluyen todas las formas reseñadas (presentaciones judiciales y en agencias estatales, huelgas de brazos caídos, huelgas abiertas por empresa o sector por parte de los trabajadores) y también el *lock out*, esa modalidad contenciosa del capital por actuar frente a las luchas obreras y que por cierto lejos de constituir la única, integra un amplio repertorio que incluye desde el desconocimiento de las intimaciones de los organismos del trabajo hasta el llamado a la represión.

Nuestras investigaciones exhiben esta complejidad: es el caso de la huelga metalúrgica rosarina que en diferentes etapas se desarrolló entre agosto de 1947 a mayo de 1948 ante la negativa de los empresarios locales a aceptar la intervención del Ministerio de Trabajo en la suscripción de convenios colectivos de alcance nacional, que resulta una buena demostración de algunas de estas aseveraciones (Badaloni y Simonassi, 2005).

Ejemplo de ello es también el duro conflicto acontecido en la fábrica de tractores de capitales extranjeros John Deere, ante la exigencia de cambios en las condiciones de trabajo por parte de los trabajadores en una coyuntura de negociación salarial, lo cual fue respondido por la patronal con despidos masivos. Ese proceso se abrió en setiembre de 1965 y abarcó al menos hasta mayo del año siguiente (Simonassi y Carminati, 2021).

Otra situación se plantea al estudiar el caso de las huelgas bancarias de 1958 y 1959, que a primera vista configuran dos prolongadas y contundentes huelgas abiertas. Sin embargo, un análisis más detenido permite afirmar que se trata de un mismo proceso que se abrió con la huelga del 24 de enero de 1958 con un paro parcial y luego por tiempo indeterminado, con modalidades que transitaban desde el paro con a sin asistencia a los lugares de trabajo y múltiples acciones de negociación y mediación. La respuesta fue la movilización militar y numerosas

detenciones hasta que el 19 de marzo de ese año, tras casi dos meses, se levantó con promesas de resolución por parte del electo gobierno de Arturo Frondizi. Posteriormente, la prensa registra paros parciales, comisiones internas funcionando y seguramente accionando. Ante la falta de cumplimiento del gobierno electo y en un contexto adverso para la acción sindical y de muy deterioradas condiciones de trabajo, el conflicto se retomó nuevamente a mediados de abril de 1959 y se prolongó por sesenta y nueve días con una importante cantidad de cesanteados. Ese ciclo de conflictividad no se cerró hasta que la mayor parte de los cesantes fueron reincorporados, en el caso de la provincia de Santa Fe en el año 1964 (Badaloni, Simonassi y Vogelmann, 2022).

Finalmente, la huelga de 1958 que representó el bautismo de fuego de una generación de activistas de ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) en el orden local, regional y nacional, surgió por una demanda específica contra el autoritarismo de un funcionario del Ministerio de Obras Públicas (MOP) con sede en Rosario, a simple vista una demanda menor pero que resultó de y a su vez desencadenó un proceso de organización y lucha con reverberaciones múltiples (Vogelmann y Simonassi, 2017).<sup>4</sup>

En la medida en que las huelgas suponen la paralización colectiva del trabajo pueden ser pensadas con van der Linden como una forma de “éxodo colectivo”. Partiendo de la idea de la huida de esclavos, en esos desplazamientos temporales y espaciales tan propios de su análisis, anclado en la historia global del trabajo, el autor afirma: “En cierto sentido, una huelga es también un éxodo colectivo, aunque no con la intención de partir definitivamente sino de ejercer presión temporaria” (2019, p. 171).

---

<sup>4</sup> No es nuestro objetivo acá considerar las escalas de análisis, pero sin duda los ejemplos mencionados, producto de nuestras propias investigaciones, exhiben en el primer y cuarto caso la necesidad de articular la dimensión local/regional y nacional, el segundo lo local y transnacional y el tercero los clivajes entre el conflicto nacional y sus reverberaciones locales. Asimismo, nos conduce a recuperar la relevancia de la articulación de dimensiones de análisis (al menos los niveles uno y cuatro de Katznelson, a los cuales nos referimos más arriba).

Una aproximación más precisa la brinda cuando retomando a Kleeberg en un texto de 1904 afirma:

Las huelgas pueden ser definidas como formas de lucha, coerción y poder en las cuales un grupo de trabajadores, actuando colectivamente, deja de trabajar para exigir reivindicaciones económicas, sociales y/o políticas que interesan a los trabajadores directamente implicados y/o a otros. (ibid., 2019, p. 175)

En su análisis, la huelga supone imponer una fuerte presión ejercida por los trabajadores mediante la paralización colectiva del trabajo: “En tanto el objetivo es infligir un daño económico al empleador, los huelguistas pueden tomar medidas adicionales [...] métodos aislados de acción”. Estas modalidades más radicalizadas de la huelga se verificaron en distintos momentos, en diferentes ramas y con alcances disímiles a lo largo de la historia argentina.

En el acotado registro de casos que analizamos, podemos señalar la toma con rehenes y los piquetes de ingreso a la planta dispuestos por los trabajadores de la fábrica John Deere o “el bloqueo de los medios de trabajo” en el caso del sector servicios que aconteció durante el ciclo de conflictividad bancario.

Entre los contendientes, aparecen las empresas o el Estado. En este último caso las huelgas se convierten muy rápidamente en huelgas políticas, pero también en determinados contextos las huelgas por reivindicaciones económicas pueden tornarse políticas, como aconteció al menos en el caso bancario.

La revisión por las modalidades de huelga en el orden global y a lo largo de la historia que realiza van der Linden, da cuenta de la multiplicidad de formas que adquiere: con abandono del lugar de trabajo: huelgas intermitentes, de boicot, huelga general por ciudad, rama, región o país. En las que no implican abandono del lugar de trabajo, se pueden citar los casos de huelgas de brazos caídos (también registrada en el caso bancario, o el “trabajo a tristeza” analizado por Pozzi (1988), o los sabotajes detectados por Dicósimo y Carminati, 2013) que representan prácticas de acción no violenta, que dificultan a la policía y a las patronales el ejercicio

directo de la violencia, al tiempo que evitan la presencia de rompehuelgas y promueven la cohesión grupal (van der Linden, 2019, p. 177). Otro caso es el de la ocupación con control de la producción, que representa desde nuestra perspectiva una confrontación más radical a la potestad patronal de controlar unilateralmente el proceso productivo y por ende un desafío más directo al sistema capitalista.

Finalmente, la lectura de van der Linden sintetiza un conjunto de dilemas para abordar las huelgas, la posibilidad de dar cuenta de las mismas desde cuatro “etapas lógicas”, en las cuales se entrelazan elementos subjetivos y materiales: los *preparativos*; el *inicio*; el *sostenimiento* y su *finalización y desenlace* (2019, pp. 166 y ss.). Acá solo planteamos algunas ideas a modo de un posible acercamiento a un modelo de abordaje de la huelga en el marco de ciclos de conflictividad más amplios, basadas en la perspectiva analítica de van der Linden en diálogo con nuestras propias investigaciones.

En cuanto a los *preparativos* de la huelga, entendemos que refiere a las fuentes, los motivos, las demandas y los malestares que pueden desencadenarla, que es posible diferenciar de los “disparadores”. En ocasiones, sabemos que estalla una huelga, pero no podemos determinar con la documentación disponible, sus razones. En otras situaciones, van der Linden plantea que puede comenzar con “un disparador que no refleja las demandas efectivas” pero que puede constituir un “gancho en el cual colgar otras reivindicaciones”. En el caso del paro que surge en el MOP contra un militar autoritario, se trata de un disparador que permitió develar el proceso organizativo por la base que se estaba gestando y que hizo posible que un hecho aparentemente menor culminara en huelga de brazos caídos, un importante proceso asambleario y permitiera la emergencia de una nueva dirección gremial con proyecciones regionales y nacionales.

Tampoco el análisis de las disposiciones subjetivas para participar de las huelgas da cuenta de los preparativos, mas ilustra la capacidad de interpretación colectiva de los problemas y su traducción en demandas. El papel del o los empleadores y del Estado puede dificultar o facilitar los inicios de la huelga, pero tampoco da cuenta de sus preparativos, que más bien responden al papel histórico desempeñado por el activismo, las

comisiones internas y los propios sindicatos, en su compleja relación con las bases.

El *inicio* de la huelga y en particular su *sostenimiento* en el tiempo, según la óptica de van der Linden, dependen de factores tales como la composición de género, la pérdida de salarios y la necesidad de explorar medios alternativos de subsistencia, la propia moral de los huelguistas, la solidaridad (de las familias y las mujeres en particular, el movimiento estudiantil, otras organizaciones), el control de los rompehuelgas y las estrategias empresariales. Todos cuentan como factores, aspectos a tener en cuenta en el análisis de la huelga y desde nuestra perspectiva, de la conflictividad laboral como proceso más general. Todos o algunos de ellos están presentes en los conflictos citados más arriba y que hemos explorado: las dificultades de sostenimiento de la huelga larga metalúrgica ante la migración hacia otros puestos de trabajo en un contexto de escasez de mano de obra calificada y el papel de las mujeres y las familias en el sostenimiento de la moral de los huelguistas bancarios presos en 1958, entre otros.

Y finalmente, el *desenlace* de la huelga presenta dilemas particulares. ¿Cuándo termina una huelga? ¿Cómo considerar la “derrota” o “éxito”? Como ha sido señalado en diversas oportunidades, estas formas de medir la lucha obrera poseen escaso poder explicativo. En palabras de van der Linden, quien aquí también retoma a Dunlop, es preciso distinguir entre resultados *sustantivos o tangibles; procedimentales* (aquellos que producen cambios en la legislación, en los convenios colectivos, etc. y *contextuales*, entendidos como “el espíritu general que prevalece”.

Nuevamente aquí diversos factores pueden incidir en su finalización: las posiciones estratégicas a lo Dunlop/Womack, las presiones empresarias ante demandas del mercado, la capacidad del mercado de trabajo para ofrecer alternativas, el impacto público, el papel del Estado, la dirección del conflicto, entre otras decenas de variables que son atendidas en su análisis. Nuevamente, algunas de ellas han sido contempladas en nuestras investigaciones, aunque no siempre surgen de la prensa comercial los resultados *tangibles* de las huelgas. En las aquí consideradas, los incrementos salariales (en el caso metalúrgico), el papel de las direcciones

sindicales y la posición estratégica de la empresa (en el caso de la fábrica de tractores), el poder estratégico del colectivo de trabajadores y la presión de empresarios de la rama y de otros sectores así como del Estado (en las huelgas bancarias) o el logro de los objetivos inmediatos (dar de baja al funcionario cuestionado, como en el caso del MOP) se encuentran entre los objetivos tangibles. La paralización del sistema financiero, indudablemente, era un problema que excedía ampliamente el conflicto directo entre capital y trabajo y resultaba blanco de ataques, campañas y presiones del empresariado y el Estado.

En cuanto a los *procedimentales*, por la particular historia del sindicalismo argentino, al menos dos de ellos tuvieron resultados en la suscripción de nuevos convenios colectivos (los dos primeros), otro culminó al menos en el principal Banco estatal de la provincia de Santa Fe con la reincorporación de los cesantes al final del ciclo de conflictividad, en 1964.

Finalmente, en cuanto a los resultados *contextuales*, puede pensarse en términos del largo plazo, esto es, cómo será finalmente procesado el fin de la huelga o el ciclo de conflictividad. En el caso estudiado, la “derrota” puede haber sido procesada de ese modo por los protagonistas directos, pero en el largo plazo el proceso de conjunto fue asumido como una escuela de lucha y organización, un momento de toma de conciencia de amplios sectores del gremio de su calidad de trabajadores, con tensiones y disputas en torno a su propio papel en la sociedad, pero con prácticas de lucha, demandas y formatos organizativos propios de la clase trabajadora.

Una reflexión final sobre la metodología de la investigación de la conflictividad. Acceder a la documentación interna del sindicato, elaborada de manera cotidiana para satisfacer las necesidades de los y las trabajadoras exhibe los rasgos fundamentales de la relación asalariada, conflictiva por definición, construida a partir de innumerables pequeñas y grandes contiendas. Si las huelgas abiertas pueden ser estudiadas recorriendo las páginas de la prensa, o recogiendo los relatos de los participantes, otras escaramuzas configuran la historia gremial: las gestiones y presentaciones ante el Ministerio de Trabajo, las actas de inspección de la policía del trabajo, las solicitadas, los volantes, los



telegramas y más recientemente los mails de reclamo ante abusos o incumplimientos de las patronales, para lo cual hace falta trazar vínculos con las organizaciones sindicales, con el activismo sindical y con la militancia política como modo de acceder a dimensiones escasamente visibles desde las fuentes tradicionales y como modo de asumir la convocatoria de Womack a develar las fuentes del poder obrero en condiciones históricamente determinadas y así contribuir al proceso de organización y acción.

## Referencias

- Badaloni, L. y Simonassi, S. (2005). "Por lo menos hemos salvado el honor". Los industriales metalúrgicos en un contexto de conflictividad laboral. Rosario, 1947-1948. *Avances del Cesor*, V, primer semestre, 149-164.
- Badaloni, L., Simonassi, S. y Vogelmann, V. (2022). Una década de lucha, organización y represión entre las y los bancarios rosarinos (1955-1965). En S. Simonassi y V. Vogelmann, *Las y los trabajadores bancarios rosarinos en la historia gremial nacional (1955-2019)*. Rosario: ISHIR.
- Carbonella, A. y Kasmir, S. (2020). Desposesión, desorganización y la antropología del trabajo. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, (9), octubre-diciembre.
- Carminati, A. (2012). Experiencias de lucha y resistencia obrera durante la última dictadura militar: el Gran Rosario 1976-78. *Avances del CESOR*, (9).
- Dicósimo, D. (2015). La resistencia de los trabajadores a la última dictadura militar. Un aporte a su conceptualización. *Avances del CESOR*, (13).
- Dicósimo, D. y Carminati, A. (2013). Sabotaje a la dictadura. Un estudio sobre las formas de sabotaje industrial durante la última dictadura militar en el Gran Rosario y el centro sudeste bonaerense (1976-1983). *Anuario IEHS*, (28).
- French, J. y James, D. (2007). The Travails of Doing Labor History: The Restless Wanderings of John Womack Jr. *Labor: Studies in Working-Class History of the Americas*, 4 (2).
- French, J. y James, D. (2008). Polemics and an "Army of One": Responding to John Womack Jr. *Labor: Studies in Working-Class History of the Americas*, 5 (2).
- Ghigliani, P. (2015). Los niveles múltiples de la conflictividad laboral en la industria gráfica (1966-1976): una aproximación analítica. En A. Schneider y P. Ghigliani, *Clase obrera, sindicatos y Estado, Argentina (1955-2010)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

- Katznelson, I. (1986). Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons. En I. Katznelson y A. Zolber, *Working-Class Formation Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Pozzi, P. (1988). *Oposición obrera a la dictadura*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Silver, B. (2005). *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- Simonassi, S, y Vogelmann, V. (2017). Aliados incómodos. Tradiciones obreras y sindicales en Rosario a principios de los años sesenta. *Izquierdas*, (34), julio, 231-259.
- Simonassi, S. y Carminati, A. (2021). Lucha obrera y políticas empresariales: los conflictos por el “standard” en el Gran Rosario en las décadas del sesenta y setenta. *VI Workshop Los conflictos laborales en la Argentina del siglo XX y XXI: un abordaje interdisciplinario de conceptos, problemas y escalas de análisis*, Tandil, 18 y 19 de noviembre.
- Thompson, E. P. (1979). La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases? En E.P. Thompson, *Tradición, Revuelta y Conciencia de Clase*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.
- Van der Linden, M. (2019). *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*. Buenos Aires: Imago Mundi/CEHTI.
- Womack Jr., J. (2007). *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Womack Jr., J. (2007a). On Labor History, Material Relations, Labor Movements, and Strategic Positions: A Reply to French and James (As Nice and Civil As I Can Make It). *Cambridge Mass*, (24).

# Clase y formación de clase: apuntes exploratorios para una discusión historiográfica

*Pablo Ghigliani*

1 – Las siguientes notas tienen por objetivo examinar las nociones marxistas de *clase* y *formación de clase*. Como todo ejercicio exploratorio, son apuntes preliminares y tentativos. Parten de la premisa de que la categoría *clase* en los estudios marxistas superpone *usos o niveles de análisis distintos* que afectan el modo en que se investigan sus procesos formativos. Esta dicotomía forma parte de una discusión consolidada en el campo: mientras que ciertos autorxs han sostenido que se trata de *usos distintos y excluyentes*, otros tantos han considerado que lo que está en juego son *diferentes niveles de análisis*. Estas notas se ubican dentro de este último grupo.<sup>1</sup> Argumentaré que la potencia de las nociones de *clase* y *formación de clase* para el estudio del mundo del trabajo descansa precisamente en que permiten la separación, articulación e integración de *distintos niveles de análisis*. Los mismos no implican una secuencia *temporal* (un antes y un después) en la realidad social e histórica concreta, que es siempre el resultado impredecible de la interacción entre

---

<sup>1</sup> La dicotomía entre usos y niveles de análisis no agota la amplia gama de discusiones existentes alrededor de estas categorías. Por citar una posición distinta y extrema, Kenneth Smith (2012, s/p), por ejemplo, sostiene que las clases sociales, en el sentido marxista, “sólo existen bajo ciertas condiciones muy excepcionales y por lo tanto bastante raras, transitorias y fugaces; condiciones encontradas sólo durante periodos históricamente progresistas (o en otras palabras, revolucionarios) en la historia. La mayor parte del tiempo, sin embargo, la mayoría de las sociedades no se caracterizan por este tipo de conflicto de clases (es decir, por la lucha de clases) y es precisamente por eso que no se están desarrollando históricamente.”

estructuras y agencias en el que se sintetizan determinaciones múltiples.<sup>2</sup> No obstante, y como plantea Margaret Archer (1995), es indispensable distinguir *analítica y temporalmente* entre estructura y agencia – dependiendo del contexto específico, la prioridad dada a una u otra–. Solo así es posible examinar el modo en que interactúan estructuras y agencias a lo largo del tiempo y explicar tanto la reproducción como la transformación social. En definitiva, se trata de fundamentar una metodología acorde a la visión ontológica que se vislumbra en el célebre aforismo *marxiano*: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y le han sido legadas por el pasado” (Marx, 1985, p. 135).

2 – A finales de los ochenta, Richard Gunn (1987), un destacado exponente del *marxismo abierto*, distinguía distintas nociones de *clase* en el marxismo. Su argumento cuestionaba a todos aquellos marxistas, *empiristas* o *estructuralistas*, que abordaban el estudio de las clases mediante la identificación de grupos de individuos por lo que tienen en común (niveles de ingreso, estilos de vida, fuentes de sus ingresos, relación con los medios de producción, etc.), o por las posiciones estructurales que ocupan, al estilo de las investigaciones de Erik Olin Wrigth (2000), un ejemplo más tardío, y por tanto, también más sofisticado y consciente de los debates teórico-metodológicos suscitados por propuestas como la suya.

---

<sup>2</sup> Recordemos que la categoría determinación forma parte del arsenal conceptual con el que el marxismo explica la realidad social. Su sentido proviene de ciertos principios básicos compartidos por las explicaciones científicas: el genético, esto es, que nada puede surgir de la nada y convertirse en nada; la legalidad, esto es, que nada sucede en forma incondicional o completamente irregular, es decir, de modo ilegal o arbitrario; el sistémico, esto es, que las cosas se agrupan e interaccionan conformando totalidades. No se trata entonces de relaciones de causa y efecto sino, como señaló en su discusión del término *determinar* Raymond Williams (2003, p. 103-107), de “fuerzas que fijan límites o ejercen ciertas presiones” y que coexisten con factores accidentales e imprevisibles que deben ser tenidos en cuenta para escapar al fatalismo del marxismo reduccionista. Piva (2017) recupera esta concepción cuando afirma que en el marxismo la determinación debe ser entendida como un límite negativo a la acción; no obstante, es importante enfatizar también la idea de Williams, límites, pero también presiones que orientan tendencialmente las acciones, tal como lo plantea la teoría social realista (Sayer, 1992).

Gunn agrupaba ambos enfoques, tanto los empiristas como los estructuralistas, bajo la categoría de concepciones *sociológicas de clase*. Defendía, en cambio, que la concepción de Marx era *relacional*, partía del análisis de la *totalidad social*, apuntaba a la manera en que la relación capital-trabajo estructura la vida humana mediante la *expropiación* y la *explotación*, y colocaba, por tanto, en el centro *a la lucha de clases* y al *antagonismo*. No obstante, Gunn reconocía en la obra de Marx, especialmente en sus escritos políticos, junto a esta última concepción que enfatiza el carácter *relacional* y *antagónico* de la noción de clase, *usos analíticos sociológicos –empiristas o estructuralistas–*. Sin embargo, a pesar de que Gunn destaca correctamente el nivel de abstracción que distingue a la concepción de clase de Marx, su énfasis en la *lucha de clases* como premisa de la *clase*, deriva en el tipo de aporías que dañaron las teorizaciones de E.P. Thompson –no, por fortuna, su magistral obra historiográfica–. En el caso de Gunn, el análisis se detiene en formulaciones de tipo general, incisivas sin dudas, pero metodológicamente inertes. De todos modos, y a pesar del énfasis que otorga a la lucha de clases, su interpretación deslinda también de hecho la noción de clase de Marx de las aproximaciones *subjetivistas*. Una distinción que inspira, paradójicamente, la excelente discusión de Adrián Piva (2017) en la que se fundamentan aspectos sustanciales de estos apuntes exploratorios acerca de la *clase* como *relación social objetiva*, es decir, “independiente de los modos en que los sujetos se representen su situación y de los procesos de identificación y acción colectivas” (2017, p. 171).

3 – Ha sido un lugar común argumentar que en la obra de Marx, a altos niveles de abstracción predominan criterios objetivos o estructurales (que oscilan entre los *usos* identificados por Gunn, ya sea el de *relación social antagónica*, ya sea alguna variante del *sociológico*), mientras que en sus estudios históricos y políticos, emergen otros, de carácter *subjetivo*. Sin embargo, una lectura atenta de los textos en cuestión, como *El 18 Brumario* o *La lucha de clases en Francia*, invita a matizar esta separación. En ellos, se observa que Marx usa el término *clase* tanto para diseccionar las fracciones que la componen como para adjetivar a las fuerzas políticas, pero también, para dividir a los grupos humanos entre explotadores y

explotados según *relaciones sociales antagónicas y objetivas*. Como sea, la idea de que existen en Marx *usos* distintos del término *clase*, no tiene nada de novedoso.

4 – Eric Hobsbawm, por caso, sostuvo que, según el contexto

Marx utilizó el término ‘clase’ en dos sentidos bastante diferentes. Primeramente, podía referirse a los amplios conjuntos de personas a las que quepa clasificar colectivamente de acuerdo con un *criterio objetivo* –porque tienen una relación parecida con los medios de producción, por ejemplo– y, de modo más específico, los agrupamientos de explotadores y explotados que, por motivos puramente económicos, se encuentran en todas las sociedades humanas que hayan superado a las organizaciones primitivas. (1987, pp. 29-30)

Sin embargo, si aplicamos a este primer uso identificado por Hobsbawm las distinciones analíticas de Gunn re-conceptualizadas por Piva, la formulación más general (*criterio objetivo*) se confunde con la definición *sociológica*, mientras que su formulación más específica (cuando se concentra en explotadores y explotados) se acerca a la noción de clase como *relación social objetiva*. A su vez, Hobsbawm subraya que en los estudios históricos y políticos, Marx introducía un elemento *subjetivo* en el concepto de clase: *la conciencia*. Para lxs historiadorxs, afirmaba: “la clase y el problema de la conciencia de clase son inseparables. La clase en todo el sentido del término no nace hasta el momento histórico en que las clases empiezan a adquirir conciencia de sí mismas como tales” (Hobsbawm, 1987, 30). Importante es aclarar, que para el historiador inglés, todos estos sentidos no entraban en pugna y eran perfectamente compatibles entre sí.

5 – Una vez introducida la cuestión de la *conciencia de clase*, Hobsbawm discute la distancia entre las formas de conciencia realmente existentes entre la clase obrera y la hipótesis contra-fáctica de George Lukács, la *conciencia atribuida*:

las ideas, sentimientos, etcétera, que en determinada situación de la vida tendrían los hombres si fueran capaces de comprender por completo esta situación y los intereses derivados de ella, tanto en lo

que respecta a la acción inmediata como a la estructura de la sociedad que correspondería a esos intereses. (1987, p. 31)

Lo que aquí importa no es el verdadero sentido de la distinción desarrollada por Lukács (1985, p. 130) entre *falsa conciencia* – “lo que los hombres han pensado, sentido y querido *efectivamente* en determinadas situaciones históricas y en determinadas posiciones de clase”– y la conciencia atribuida o *conciencia de clase*. Lo relevante es que muchxs historidorxs marxistas terminaron adoptando esquemáticamente esta hipótesis, articulándola con las *nociones objetivas o sociológicas de clase*, y menospreciando el estudio de las formas de conciencia *históricas* como meras expresiones de *falsa conciencia*. Desatendiendo, dicho sea de paso, las advertencias del propio Lukács

el método dialéctico no nos permite, tampoco en este caso, contentarnos con esa simple comprobación de la «falsedad» de dicha conciencia, con una rígida contraposición entre lo verdadero y lo falso. Más bien exige que se investigue concretamente esa «falsa conciencia» como momento de la totalidad histórica a la que pertenece, como estadio del proceso histórico en el cual es activa (ibid., pp. 129-130).

6 – La cuestión es que esta operación intelectual terminó derivando, de manera más o menos cruda, en una escritura de la historia guiada por lo que Margaret Ramsay Somers definió en 1989 como *epistemología de una ausencia*. Según Ramsey Somers, la mayoría de los *estudios sobre la formación de la clase obrera* tenían una característica muy peculiar. En lugar de procurar explicar la presencia de disposiciones y prácticas muy diferentes en el seno de la clase obrera, lxs historiadorxs del trabajo se habrían concentrado desproporcionadamente en explicar la ausencia del resultado esperado, esto es, la emergencia de una conciencia revolucionaria entre lxs trabajadorxs occidentales –o más modestamente a medida que languidecía el siglo XX, la ausencia, escasez o debilidad de procesos significativos de radicalización obrera–.



7 – Justamente para escapar a este tipo de *epistemología*, E.P. Thompson había recurrido ya en los sesenta a la idea de *formación*.<sup>3</sup> Comenzaba su hoy ya clásico *Prefacio* diciendo

Formación, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la *acción* como al *condicionamiento*. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación. (...) Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una ‘estructura’, ni siquiera como una ‘categoría’, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas. (1989, p. XIII)

Y más adelante:

La experiencia de la clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos

---

<sup>3</sup> E.P. Thompson criticó este tipo de epistemología en diversos escritos. Sin ir más lejos, en el Prefacio de *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*: “Se supone que ‘ella’, la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible criticar la idea de que es posible ‘deducir’ qué conciencia de clase debería tener ‘ella’ (pero rara vez tiene) si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales” (1989, p. XIV). Sobre el disgusto que transluce el “ella” entrecomillado: “En su presentación de la historia, extraordinariamente intelectualizada, la clase se reviste con una metáfora antropomórfica. Las clases tienen atributos de identidad personal, con voluntad, objetivos conscientes y cualidades morales. Incluso cuando un conflicto abierto está inactivo se nos hace suponer que la clase tiene una identidad ideal intacta, que está profundamente dormida y tiene instintos y demás” (extracto tomado de la crítica de E.P. Thompson a Perry Anderson, citado en Kaye, 1989, p. 270).

culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. (ibid., p. XIV)

8 – La formulación de E.P. Thompson concibe a la *clase en tanto relación histórica de lucha*, y a su *formación* como el producto de la *acción* y el *condicionamiento*, siendo fundamentales en este sentido, las *relaciones de producción*, principal determinante de la *experiencia de clase* como mediación de la *conciencia*.<sup>4</sup> De este modo, es posible postular que la noción de *formación* anuda en la práctica historiográfica de Thompson, aunque no en sus formulaciones teóricas, los distintos *usos* que hemos ido identificando hasta aquí (*relación social objetiva, clase sociológica, fenómeno histórico*) como distintos (y necesarios) *niveles de análisis*.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Dejamos de lado aquí dos discusiones relevantes. Primero: ¿qué comprende la categoría relaciones de producción? Tanto Thompson como Richard Gunn (1987) o Michael Lebowitz (2005), para citar algunos de los autores a los que recorro en estos apuntes han subrayado que en Marx las relaciones sociales de producción no se restringen a las que se establecen alrededor de la propiedad de los medios de producción, aunque todos ellos afirmen que las mismas son cruciales para distinguir entre modos de producción, y para explicar sus dinámicas de movimiento. Segundo: ¿es la noción de experiencia que propone E.P. Thompson, la mediación conceptual adecuada? Diversas críticas a las limitaciones inherentes a la formulación de E.P. Thompson y su concepto de experiencia pueden encontrarse en Stedman Jones (1989), Viotti da Costa (1989), Scott (1991) y Sewell (1994).

<sup>5</sup> Esta es la lectura que se desprende del análisis de Meiksins Wood (1983 y 2000) sobre su obra. Lamentablemente, en su polémica contra lo que llamaba sociología positivista o idealismo marxista-estructuralista, Thompson optó por oponer estos niveles analíticos, en lugar de articularlos teóricamente y metodológicamente, lo que hacía efectivamente en la práctica como historiador tal como reconoce incluso en su furibunda defensa de la noción de clase como categoría histórica: “No es mi intención sugerir que un análisis estructural estático como éste no pueda ser tanto valioso como esencial. Pero lo que nos da es una lógica determinante (en el sentido de «poner límites» y «ejercer presiones»: véase el análisis de importancia crítica del determinismo en Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, 1977), y no la conclusión o la ecuación históricas; que estas relaciones de producción = a estas formaciones de clase” (Thompson, 1984, 35); o también: “Espero que nada de lo escrito anteriormente haya dado pábulo a la noción de que yo creo que la formación de clases es independiente de determinantes objetivos, que clase puede definirse simplemente como una formación cultural, etc. Todo

9 – Sin embargo, quienes en adelante teorizaron los procesos de *formación de clase* (o buscaron redefinir el concepto de *clase*) tendieron a construir modelos que agrupan distintas *determinaciones* a través de una metodología empirista por la cual las *relaciones sociales* son interpretadas en términos *sociológicos* (combinando atributos y posiciones en una estructura). Ira Katznelson (1986), por ejemplo, ensambló un modelo de cuatro niveles: la estructura de relaciones sociales, los modos de vida, las disposiciones subjetivas y las acciones colectivas; Flemming Mikkelsen (1999) le adicionó nuevas categorías (recursos, redes sociales, organizaciones informales, oportunidades políticas) y nuevas dimensiones (por ejemplo, los estados nacionales como fuerzas definatorias de la arena política en la que se enfrentan las expresiones organizadas de las clases tales como sindicatos y partidos políticos); van der Linden (2008) construyó tipologías según seis dimensiones analíticas diferentes centradas en la observación histórica de la variabilidad existente en la mercantilización de la fuerza de trabajo; y Geoff Eley and Keith Nield (2010) concluyeron su extenso repaso sobre el *uso del concepto de clase y formación de clase en la historia social*, con una defensa de la relevancia analítica de las *estructuras y los procesos que operan produciendo regularidades* (la economía política, el proceso de trabajo, los mercados laborales, las relaciones comunitarias, etc.), aunque rechazando las viejas fórmulas que establecían relaciones necesarias entre este tipo de regularidades y la solidaridad obrera y las formas de conciencia colectiva. Todas estas aproximaciones, útiles sin duda para el trabajo de investigación histórica, se mantienen sin embargo en el *nivel sociológico*, sin ofrecer claves metodológicas sobre cómo abordar historiográficamente las dimensiones que identifican en sus propuestas.

10 – De este modo, en su afán por concretizar y enumerar las determinaciones de los procesos de *formación*, Eley y Nield terminan perdiendo de vista lo que *distingue el enfoque de Marx*, como han señalado entre otros, Gunn (1987), y con especial agudeza Piva (2017): *su conceptualización de la clase social en el capitalismo como una relación social objetiva, interna y antagónica. Un nivel de abstracción que debe ser*

---

ello, espero, ha sido refutado por mi propia práctica histórica, así como por la de otros muchos historiadores” (Thompson, 1984, p. 38).

*integrado a niveles más concretos del análisis con los otros dos: el de la clase sociológica (la clasificación de individuos según procesos de estratificación social y/o atributos) y el de la clase como fenómeno histórico (en el sentido que lo plantean Hobsbawm y, en especial, Thompson).*<sup>6</sup> Un modo de entender el concepto – esto es, el *carácter objetivo y antagónico de la relación* – que ha sido postulado incluso para sociedades no capitalistas, como en la obra clásica de Ste. Croix (1988) sobre la lucha de clases en el mundo antiguo con su énfasis en la explotación como criterio esencial más allá de sus configuraciones sociales concretas y de la conciencia de los agentes.

11 – Para el capitalismo, esta conceptualización subraya el carácter *objetivo* (independiente de la conciencia, la identidad y la voluntad) como fruto de la *cosificación* producida por la *forma salario* que enfrenta a los individuos como polos (personificaciones) de la relación capital-trabajo impulsando un proceso de subjetivación independiente de la estructura social y de las posiciones que en ella se ocupen ya que la *forma salario* estructura, siguiendo a Lebowitz (2005), la circulación, la producción y la reproducción social. Si en cada uno de estos momentos *el trabajo asalariado* es una mediación para la valorización del capital (como mostró Marx en *El Capital*), el capital es al mismo tiempo *una mediación obligada* para la satisfacción de las necesidades humanas de los expropiados de sus condiciones de existencia. Esto entraña una lucha (un proceso de subjetivación) contra el capital como mediador en cada uno de los

---

<sup>6</sup> Algunas pocas precisiones metodológicas: el marco de referencia de estas distinciones es el método presentado por Marx en los Grundrisse. Allí, las abstracciones son generalizaciones a las que se arriba por medio del análisis de lo real y concreto, para luego proceder a la reconstrucción de lo concreto como la síntesis y concentración históricamente existente de múltiples determinaciones y unidad de relaciones diversas. En este sentido, la diferencia entre abstracto y concreto no debe confundirse como la diferencia entre teoría y empiria, sino que refiere a la necesidad de utilizar conceptos y categorías generales para poder identificar y analizar formas sociales particulares. Concreto no es lo empírico sino un grado mayor de especificidad conceptual que expresa la diversidad de las formas sociales históricas existentes. A su vez, no se trata de momentos separados y discontinuos sino que metodológicamente hablando están siempre interactuando (entre otros, ver las advertencias que realizan sobre estas distinciones teórico-metodológicas, Campling et. al., 2016).

momentos del circuito del capital y del trabajo asalariado: en el mercado de trabajo, en el proceso de producción, y en la esfera del consumo como dueño de los productos del trabajo que la clase trabajadora necesita para su propia reproducción.<sup>7</sup>

12 – Esta conceptualización permite superar la identificación inmediata entre *relación social objetiva* (el nivel más abstracto del análisis) y *estructura de clase* (al estilo sociológico, un nivel más concreto de análisis). Desvincula, a su vez, el problema de la relación entre *ser social* y *conciencia social* de los interminables debates acerca de las relaciones existentes entre estructura y agencia que tienden, ya sea, a enfatizar la prioridad ontológica de algunos de los dos polos, relegando así al otro polo a mero epifenómeno (como en las *metodologías individualistas* y *colectivistas*), o en el mejor de los casos, a postular correctamente la interdependencia genética de ambos polos, como en la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1995), pero sin ofrecer una metodología adecuada para el examen de sus interacciones, sus efectos recíprocos o la dinámica de los procesos de estabilidad y cambio (Archer, 1995).

13 – Este modo de entender la noción de clases postula, además, a un nivel menor de abstracción, como señala Piva (2017), la existencia de una fuerte correlación entre las tendencias de la acumulación de capital y las tendencias de transformación de las relaciones de clase y de la estructura de estratificación social que repercuten sobre los *procesos de formación de clase* (lo que en la tradición obrerista italiana fue abordado a partir de los conceptos *composición* y *descomposición política de la clase*).

14 – En este nivel de abstracción, la existencia de clases como una *relación social objetiva* es en sí de naturaleza colectiva (y por lo tanto, independiente de la conciencia y la disposición a la lucha de lxs

---

<sup>7</sup> La lectura de Lebowitz inscribe teóricamente las luchas por salarios, mejores condiciones de trabajo, ritmos productivos más lentos, jornadas laborales reducidas, etc., como expresiones de la lucha de clases y como fenómenos inherentes al trabajador asalariado como ser-para-sí, en el marco de lo que llama economía política de la clase obrera, retomando la formulación que introdujera Marx (1864) en el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

trabajadorxs) y no implica ni homogeneidad (analizada en términos sociológicos), ni es *fundamento inmediato de procesos de identificación y acción colectiva*, los que dependen de *procesos de formación de clase* en los que se articulan otras relaciones de dominación y opresión (como las teorizadas por las teorías de la *interseccionalidad*, por ejemplo). Todo ello resalta la naturaleza impredecible e inestable de los procesos de subjetivación y lucha propios de la disciplina histórica.

15 – No obstante, este enfoque entraña la necesaria (¿objetiva?) estructuración de conflictos sociales (¿luchas?) entre individuos (y tendencialmente entre colectivos) en tanto personificaciones de clase (capital-trabajo) que son el *fundamento* de los procesos de *formación de las clases* (que comprenden por definición *procesos subjetivos*). En otras palabras, en este enfoque el enfrentamiento entre trabajadorxs y capitalistas, y trabajadorxs y Estado, no es simplemente una verificación histórica sino un acontecimiento *necesario* en tanto fenomenología de una *relación social objetiva, interna y antagónica*. De este modo, pierden relevancia las aporías que malograron las formulaciones teóricas de Thompson, o del *marxismo abierto*, acerca de si la *lucha de clases* precede (o no) o es premisa (o no) de la clase. Nada dice, sin embargo, de las formas organizativas, identitarias, políticas y culturales asumidas por el proletariado a lo largo de la historia y que abordara magistralmente el mismo Thompson en su labor historiográfica. Esa es nuestra tarea de investigación, y estos apuntes exploratorios, una reflexión metodológica que procura apuntalarla.

## Referencias

- Archer, M. (1995). *Realist social theory: the morphogenetic approach*. Cambridge University Press.
- Campling, L. et. al. (2016). Class dynamics of development: a methodological note. *Third World Quarterly*, 37 (10), 1745-67.
- Eley, G. y Nield, K. (2010). *El futuro de la clase en la historia*. Valencia: PUV.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gunn, R. (1987). Notes on class. *Common Sense*, (2).
- Hobsbawn, E. (1987). Notas sobre la conciencia de clase. En E. Hobsbawn, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- Katznelson, I. (1986). Working-Class Formation: Gonstructing Cases and Comparisons. En I. Katznelson y A. Zolberg, *Working-Class Formation Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton University Press.
- Kaye, H. (1989). *Los historiadores marxistas británicos*. Universidad de Zaragoza.
- Lebowitz, M. (2005). *Más allá de 'El Capital. La economía política de la clase obrera en Marx*. Madrid: Akal.
- Lukács, G. (1985). *Historia y consciencia de clase* (vol. I). Madrid: Sarpe.
- Marx, K. (1985). El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx, *Trabajo Asalariado y Capital*. Barcelona: Planeta.
- Meiksins Wood, E. (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson". *Cuadernos Políticos*, (36).
- Meiksins Wood, E. (2000). La clase como proceso y relación social. En E. Meiksins Wood, *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.
- Mikkelsen, F. (1996). *Working-class formation in Europe: in search of a synthesis*. Amsterdam: International Institute of Social History.
- Piva, A. (2017). Clase y estratificación desde una perspectiva marxista. La clase como relación social objetiva. *Conflicto Social. Revista del*

- Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*, 10 (17), enero a junio.
- Ramsay Somers, M. (1989). Workers of the World, Compare. *Contemporary Sociology*, (18), 325-329.
- Sayer, A. (1992). *A method in social science. A realist approach*. Londres: Routledge.
- Scott, J. (1991). The Evidence of Experience. *Critical Inquiry*, 17 (4).
- Sewell, W. (1994). Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E.P. Thompson sobre la formación de la clase obrera. *Historia Social*, (18).
- Ste. Croix, G.E.M. de (1988). *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.
- Stedman Jones, G. (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Thompson, E. P. (1984). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Viotti da Costa, E. (1989). Experience versus Structures: new tendencies in the History of Labor and the Working Class in Latin America: What do we gain? What do we loose? *International Labor and Working-Class History*, (36).
- Williams, R. (2003). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wright, E. O. (2000). *Class counts*. Cambridge University Press.



# Revisando el concepto de *anomalía*. La organización sindical de base en el proceso de formación de clase

*Felipe Venero*

Para quienes investigamos sobre los cuerpos de delegados y las comisiones internas, el trabajo de Adolfo Gilly<sup>1</sup> (1990) “La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores)” es una referencia obligada. Si repasamos la literatura específica sobre el tema, así como gran parte de los estudios más amplios sobre el movimiento obrero, veremos que su trabajo es una cita constante para dar cuenta del nivel de organización de base de la clase trabajadora argentina, así como de su poderío.

Sin embargo, en la mayor parte de las investigaciones, el consenso gira en torno a la utilización del concepto de *anomalía* para distinguir el peso de esa organización, sin prestar atención a los elementos ponderados

---

<sup>1</sup> Adolfo Gilly nació en 1928 en Buenos Aires en una familia de clase media. En 1946 comenzó a militar en la juventud del *Partido Socialista* y el año siguiente se unió al *Movimiento Obrero Revolucionario*. En 1949 se unió a la *Cuarta Internacional*, iniciando su larga militancia en el trotskismo dentro de la corriente liderada por Posadas. Su vida dedicada a la militancia política lo llevó por distintos países: se fue a vivir a Bolivia en 1956 en donde formó parte del *Partido Obrero Revolucionario*; en 1960 emigró a Europa y como miembro de la *Cuarta Internacional* se instaló en Italia entre 1960 y 1962; luego partió a Cuba, en plena crisis de los misiles, lugar que tuvo que abandonar por sus posiciones políticas; recaló en Guatemala, en donde apoyó a las organizaciones guerrilleras locales; huyó a México 1966, lugar en el que reside desde entonces, en donde fue detenido a las dos semanas de haber llegado y fue liberado recién en 1972,. En esa etapa comenzó a enraizar su tarea como historiador, publicando *La revolución interrumpida*, que se convertiría un trabajo fundamental para el estudio de la revolución mexicana. Actualmente es profesor de historia y ciencias políticas en la Universidad Nacional Autónoma de México.

para explicar dicho fenómeno. Un efecto de esto ha sido la falta de exámenes críticos sobre esta definición, así como de los pilares que la cimentan. No es menor, en este caso, que la mayor parte de los estudios sobre el tema sean análisis históricos de los procesos de organización y lucha, con un fuerte predominio descriptivo, dejando a la propuesta de Gilly como la única reflexión teórica al respecto.<sup>2</sup>

Este trabajo es, apenas, un primer intento por repasar de forma crítica dos premisas de su análisis y plantear ciertos problemas que observamos en su interpretación. Para ello, en primer lugar, repasamos brevemente los aspectos principales que componen el concepto de *anomalía*. Luego vamos a enfocarnos en las dos dimensiones que plantean dificultades: la *cooperación* como base de la organización en el lugar de trabajo y la particular comprensión sobre las *mediaciones* en el proceso de trabajo. Por último, y derivado de los puntos anteriores, veremos el carácter estructuralmente cuestionador de las relaciones de dominación que le atribuye a la organización de base. Si bien Gilly no se detiene extensamente en el análisis de la cooperación y las mediaciones, son dos cimientos teóricos de su interpretación, por lo que es importante examinarlos.

### **El concepto de anomalía**

Entre finales de los setenta y principios de los ochenta Gilly escribió tres ensayos en los que analizaba la historia argentina poniendo el foco en el movimiento obrero. El primero de ellos, “La larga marcha de la clase obrera argentina”, apareció en el primer número de la revista *Coyoacán* en 1976 bajo el seudónimo de Héctor Lucero, y luego formó parte de un libro que compiló varios de sus trabajos (Gilly, 1983). El segundo, “Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia” se publicó junto con otros trabajos elaborados en seminarios en la Universidad Nacional

---

<sup>2</sup> En esta clave también se encuentra el planteo de Ceruso (2015) quien, en su investigación sobre el origen de las comisiones internas y los cuerpos de delegados, plantea que el surgimiento de estas instancias se encuentra asociado a los cambios en la organización industrial. No obstante, esa propuesta analítica no es profundizada por el autor.

Autónoma de México- UNAM entre 1978 y 1980 (AAVV, 1980). Estos dos ensayos no tuvieron mucha difusión en nuestro país, y no impactaron realmente en la mirada sobre el movimiento obrero.

En estas notas me voy a referir al tercero, “La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores)”. La primera aparición fue en el “Seminario sobre Teoría del Estado en América Latina”, realizado en la UNAM en febrero de 1984; luego se publicó en Argentina en la revista *Cuadernos del Sur* en 1986 y, posteriormente, apareció en 1990 como parte de la compilación *El Estado en América Latina: teoría y práctica*, organizado por Pablo González Casanova para Siglo XXI México. Allí retomaba algunas hipótesis de los ensayos previos, y fue el trabajo que más circuló en nuestro país y en el que acuñó el particular concepto de *anomalía* argentina.

No pretendo repasar todo el hilo argumental del ensayo ya que es extenso y atraviesa varias etapas de la historia argentina. El eje a observar es el concepto de *anomalía* y los elementos que destaca en relación a la organización y la acción sindical en el lugar de trabajo.

Su propósito era comprender la brutal represión ejercida por la última dictadura militar, a la cual caracterizaba como *locura homicida*, a partir del análisis de la historia argentina desde la formación del Estado a finales del siglo XIX. La conclusión a la que arribaba ponía el foco en la necesidad, por parte del Estado, de suprimir la amenaza a la dominación que ejercía el enorme poder que había adquirido la clase obrera en los lugares de trabajo, y que ponía en la cuerda floja la *dominación celular*. Este concepto, tomado de Guillermo O’Donnell y Perry Anderson, le permitía plantear que el epicentro de la dominación capitalista nacía en el lugar de trabajo y, por lo tanto, el poder allí constituido por parte de los trabajadores resultaba en una *anomalía*, propia del movimiento obrero argentino, que ponía en cuestión a la dominación capitalista.

La *locura homicida* no era otra cosa que la racionalidad despótica del capital, encarnada en las FFAA que debieron utilizar todos los métodos posibles para reintroducir la dominación sobre la clase obrera, acabando con el problema en su núcleo. Para Gilly, “la racionalidad de su conducta exterminadora debe medirse por la magnitud del desafío y por el carácter

específico del instrumento del Estado que aborda la tarea de resolver la crisis de dominación” (1990, p. 210).<sup>3</sup>

Una cita extensa del ensayo expone de forma clara el planteo sobre la centralidad que ocupa esta particularidad de la clase trabajadora

Aquí es donde surge en Argentina, una *anomalía*, ubicada en el núcleo de la *dominación celular* cuya sede es el ámbito de la producción, el lugar donde se produce y extrae el plusproducto, el punto de contacto y fricción permanente entre el capital y el trabajo asalariado en la sociedad capitalista, el proceso de trabajo que es el soporte material de la autovalorización del capital.

Esta anomalía consiste en que la forma específica de organización sindical politizada de los trabajadores en el nivel de la producción no sólo obra en defensa de sus intereses económicos dentro del sistema de dominación -es decir, dentro de la relación salarial donde se engendra el plusvalor-, sino que tiende permanentemente a cuestionar (potencial y también efectivamente) esa misma dominación celular, la extracción del plusproducto y su distribución y, en consecuencia, por lo bajo el modo de acumulación y por lo alto el modo de dominación específicos cuyo garante es el Estado. (ibid., pp. 198-199)

Este poder específico de los trabajadores ostenta la capacidad de poner en jaque un aspecto central del modo de articulación de la dirigencia sindical con el Estado y de la forma en que se desarrolló el conflicto de clase a partir del surgimiento del peronismo. Con la llegada de Perón al poder y la configuración del Estado como mediador en las disputas, la dirigencia sindical se convirtió en un garante fundamental del consenso que legitima la dominación al ser absorbida por el Estado. Ese desplazamiento generó, a la vez, una distancia entre la dirigencia sindical y el accionar de los trabajadores en los ámbitos laborales, permitiendo que

---

<sup>3</sup> El autor establecía una analogía entre la *autonomía* lograda por los trabajadores en los lugares de trabajo, en relación a la *burocracia sindical*, y la autonomía de las FFAA a la hora de poner en marcha el plan represivo.

éstos actúen de forma autónoma y se constituya el particular poderío, entrando en tensión con las dirigencias.

Ese proceso histórico específico se combina con los dos elementos estructurales que señalamos al inicio para generar la “forma específica de organización sindical politizada de los trabajadores”: la cooperación y la no mediación estatal, política y mercantil dentro de los lugares de trabajo.

De este modo, y pensando en los procesos de formación de clase, su propuesta analítica no solo destaca al sindicalismo en los lugares de trabajo en la lucha contra el capital y, por ende, en el desarrollo de la clase, sino que plantea algunos elementos estructurales en los que se funda ese potencial.

### **La cooperación**

Para Gilly la formación política de la clase trabajadora se asienta en la cooperación entre los trabajadores dentro del espacio laboral “esta politicidad obrera, basada en la cooperación en el lugar de trabajo, resulta impenetrable para la politicidad del intercambio mercantil, base de la sociedad burguesa y de su Estado” (ibid., p. 201).

En el próximo apartado me voy a referir al problema de la impenetrabilidad, ahora quisiera subrayar la relación casi lineal que establece entre cooperación y politización. Para él, hay una contraposición entre las lógicas del despotismo industrial y la cooperación, que permite la cohesión y la consecuente fortaleza de los trabajadores en oposición a las lógicas del capital. El problema es que, en este enfoque, la cooperación se asemeja a la solidaridad entre los trabajadores, y no a la cooperación capitalista. El concepto utilizado tiene implicancias que el autor omite sin justificación.

Marx expuso de forma clara que la cooperación en el lugar de trabajo se encuentra organizada por las lógicas del capital y responde a sus necesidades

Por lo demás, la cooperación entre los asalariados no es nada más que un efecto del capital que los emplea simultáneamente. La conexión entre sus funciones, su unidad como cuerpo productivo global, radican *fuera* de ellos, en el capital, que los reúne y los

mantiene cohesionados. La conexión entre sus trabajos se les enfrenta idealmente como *plan*, prácticamente como *autoridad* del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos. (Marx, 2006, p.403)

En cuanto personas independientes, los obreros son seres *aislados* que entran en relación con el mismo capital, pero no entre sí. Su cooperación no comienza sino en el proceso de trabajo, pero en el proceso laboral ya han dejado de pertenecerse a sí mismos. Al ingresar a ese proceso, el capital se los ha incorporado. En cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo laborante, ellos mismos no son más que un modo particular de existencia del capital. La fuerza productiva que, desarrolla el obrero como *obrero social* es, por consiguiente, *fuerza productiva del capital*. (ibid., p.405)

La cooperación y el despotismo del capital no son, partiendo de la base del análisis de Marx, aspectos contrapuestos, sino que la primera es parte constitutiva y necesaria del modo en que el capital organiza la producción. No tiene su origen en la articulación de la voluntad de los trabajadores, sino en la necesidad del capital de que éstos trabajen en conjunto; en otras palabras, es parte del despotismo capitalista.

Pero Marx también daba cuenta de las potencialidades de juntar a los trabajadores en un mismo sitio y por eso reconocía la obligación de los capitalistas de implementar el rol de mando. Para él no era suficiente absorber a la fuerza de trabajo para dominarla, no solo por la necesidad de coordinar las tareas, sino también porque “con la masa de los obreros simultáneamente utilizados crece su resistencia y, con ésta, necesariamente, la presión del capital para doblegar esa resistencia” (ibid., p.402). De este modo, el origen de la cooperación no derriba del todo el planteo de Gilly, ya que no cabe duda que los lazos de solidaridad construidos dentro de los espacios de trabajo, posibles solo a partir del trabajo en conjunto, son un aspecto clave para su organización.

Ambos aspectos se encuentran presentes en el análisis marxista de la cooperación, pero el enfoque de Gilly obliga, por lo menos, a explicar de qué modo la cooperación capitalista (primera en el tiempo y fundamental

para el proceso productivo) se transforma en cooperación de clase trabajadora como acción conjunta de resistencia (segunda en el tiempo), que deriva en organización sindical y acción colectiva.

Este desplazamiento no debe menospreciarse, sobre todo si aceptamos que la historia de la clase está atravesada por una fuerte competencia entre los trabajadores, tanto dentro de los lugares de trabajo como por fuera, en el mercado de trabajo. En principio, tenemos que decir que no hay razón para asumir que toda forma de cooperación en el trabajo derivará en solidaridad de clase. En segundo lugar, es importante preguntarse si la cooperación que determinado colectivo forja en el trabajo no puede ir en detrimento de la clase, en tanto se convierte en una conciencia corporativa de cada grupo.

Estos aspectos no pretenden oscurecer los lazos de solidaridad dentro de la clase trabajadora, sino poner en cuestión el modo lineal, y un tanto idílico, de asociación entre cooperación y solidaridad propuesto por Gilly.

### **Las mediaciones**

El segundo aspecto que quiero analizar ocupa un lugar central en el modo en que, para Gilly, se produce la politización de los trabajadores. Como ya vimos, señala que dentro de los lugares de trabajo los obreros escapan a la mediación del Estado, de los partidos políticos y del intercambio mercantil. Esta condición permitiría la particular politización de la clase, como expone en el siguiente párrafo: “La inmediata *politización cerrada* de esta instancia organizativa -es decir, su politización sin mediaciones- amenaza desde entonces a los portadores de las mediaciones y de las expresiones político-partidarias de la dominación” (Gilly, 1990, p.201).

Desde esta perspectiva, la politización que nace en el lugar de trabajo es una *politización cerrada* en tanto escapa a las mediaciones externas, forjando así una identidad política autónoma de la clase y, por lo tanto, con una constante capacidad de cuestionar la dominación. Pero el carácter no mediado dentro del espacio de trabajo no es más que aparente. En este

sentido, es un problema que Gilly no haya desarrollado en profundidad este aspecto, ya que reviste una gran complejidad.

Un primer inconveniente de esta postura proviene del análisis específico del lugar de trabajo como un espacio constituido y mediado por la lógica del capital. Del mismo modo que señalamos que la cooperación es una creación del capital y que responde a sus lógicas, el análisis del proceso de trabajo realizado por Marx da cuenta de los diversos modos en que el capital media el espacio de trabajo.<sup>4</sup> Parece necesario recordar algo tan simple como el hecho de que los trabajadores son utilizados como una mercancía por el capital y que su función es la de crear valor, por lo tanto, su mera presencia en el espacio de trabajo forma parte del ciclo mercantil. En este punto resulta valioso el planteo de Postone (2006) sobre el trabajo como la actividad socialmente mediadora en el capitalismo. No parece posible, por lo tanto, imaginar un entorno laboral en el marco del capitalismo que se encuentre por fuera de la mediación mercantil.

En la mayoría de los casos, los cuerpos de delegados se organizan a partir del modo en que el capital agrupa a la fuerza de trabajo, respetando la distribución por sectores y por turnos. Offe y Wisenthal plantearon que los sindicatos son organizadores secundarios, luego de que el capital agrupe a los trabajadores como organizador primario (1992, p.55), y el mismo mecanismo se observa en la organización dentro de los espacios de trabajo. Parece lógico que las formas representativas conserven esa estructura con el objetivo de poder vehicular las demandas sectoriales, establecer canales de comunicación que permeen al conjunto y lograr mecanismo de organización que respondan rápidamente ante alguna

---

<sup>4</sup> “En realidad, la dominación de los capitalistas sobre los obreros es solamente el dominio sobre éstos de las *condiciones de trabajo* (entre las cuales se cuentan también, a más de las condiciones objetivas del proceso de producción – o sea los *medios de producción*--, las condiciones objetivas del mantenimiento y de la eficacia de la fuerza de trabajo, es decir los *medios de subsistencia*), condiciones de trabajo que se han vuelto autónomas, y precisamente frente al obrero. Esta relación en que las condiciones de trabajo dominan al *obrero* no se realiza, empero, sino en el *proceso real de producción*, que, como hemos visto, esencialmente es *proceso de producción de plusvalía* –lo que incluye la conservación del antiguo valor--, *proceso de autovalorización del capital adelantado*”. (Marx, 2001, pp. 18-19)



necesidad. En su defensa de los consejos, Gramsci (1972) destacaba esa característica como una virtud para la organización y la acción. Esta estrategia de la clase obrera podría, o no, ponerse en cuestión, pero lo cierto es que evidencia una de las formas en que la lógica del capital *media* el modo en que se organiza la clase.

El problema del Estado tampoco es tratado de forma acertada

Esta red, este tejido específico de instancias organizativas cuyo funcionamiento escapa a la reglamentación – y aun al *horizonte jurídico* – de las leyes generales del Estado argentino, no sólo conforma la opinión de la clase obrera y se nutre de ella allí donde esta clase tiene su identidad profunda y diferenciada de los otros segmentos de la sociedad, sino que se constituye en su expresión política y su formulación orgánica. (Gilly, 1990, p. 200)

Si bien en un primer momento, en una instancia de gestación, las distintas formas de organización en el lugar de trabajo eran el resultado del accionar autónomo de los trabajadores en relación al Estado, a partir del primer peronismo, momento de gran proliferación de los cuerpos de delegados y las comisiones internas, se fueron conformando marcos legales que regulan su formación y funcionamiento. Los convenios colectivos establecen varios aspectos sobre dichas instancias, que van desde la cantidad de miembros que las componen y la periodicidad de su renovación, hasta el alcance de sus funciones. La legislación laboral tiene un marco que no solo regula, sino que establece derechos de los delegados, por ejemplo, en relación a los fueros. Y su aplicación se convierte en una disputa entre los obreros y los capitalistas, lo que evidencia la importancia que posee la lógica del Estado dentro de los establecimientos.

La política institucionalizada atraviesa permanentemente los espacios laborales y la organización proletaria. Desde el surgimiento mismo de la organización de la clase trabajadora, el accionar de los partidos políticos tuvo una presencia destacada. En los orígenes de los cuerpos de delegados y las comisiones internas fue fundamental el accionar del Partido Comunista (Ceruso, 2015). Otro hecho histórico, como el proceso de proletarización implementado por la mayor parte de las

organizaciones políticas en los años setenta, da cuenta de un modo de incorporación de la política en la fábrica, también refuta su planteo.

Por otra parte, es evidente la influencia de los partidos políticos en las decisiones y las formas de organización de dichas instancias. Un aspecto clave es la constante participación de militantes políticos como delegados y el intento sistemático por conducir los cuerpos de delegados y las comisiones internas. Si nos atenemos a un elemento central como las demandas de los colectivos obreros, podemos ver que muchas veces surgen de las necesidades de los trabajadores, pero muchas otras son construidas por los dirigentes dentro de la planta. Junto con esto, hay que subrayar la constante introducción de la línea política de los partidos al interior de los lugares de trabajo; por ejemplo, la circulación de volantes y periódicos es algo común dentro de los establecimientos.

Extrañamente, en la lógica de Gilly la política no lograría introducirse en los lugares de trabajo, pero la politización allí surgida sí tendría la capacidad de influir afuera. De no ser así, esa consciencia desarrollada en los *parlamentos internos* no tendría sentido, se limitaría a lo que sucede al interior del trabajo, no podría salir, por lo que surge la pregunta sobre ¿de qué modo puede ser un camino en un solo sentido?

Este punto está relacionado con la fusión que según él se produce entre el productor y el ciudadano en el ámbito cerrado de la producción, y que pondría en jaque la separación entre ambos, característica del sistema jurídico. ¿Por qué, solo dentro de la fábrica sería posible dicha fusión? El trabajador, al terminar su jornada laboral, no deja de lado lo que pasa en la fábrica, traslada esos problemas al conjunto de su vida, también afuera está fundido entre productor y ciudadano.

En este sentido, varios estudios históricos y planteos teóricos han cuestionado la unilateralidad de una concepción que solo observa a la clase dentro del espacio de trabajo, lógica que parece sostener la mirada de Gilly. El profundo análisis de Michael Lebowitz (2005) sobre *El Capital* como teoría inconclusa es contundente en este aspecto. Allí propone incorporar el *ciclo del trabajo asalariado* para poder comprender la totalidad del sistema, ciclo que se desarrolla por fuera del trabajo y que es nodal en la construcción de la identidad política de la clase. Es por ello que las luchas

de la clase trabajadora buscan reducir el tiempo de trabajo para ampliar el tiempo destinado a su propio desarrollo.

En el mismo sentido se orienta la teoría de la reproducción al señalar los límites de pensar a la clase sólo a través del proceso productivo, en tanto la reproducción forma parte de las disputas entre capital y trabajo (Bhattacharya, 2015). Si no reducimos la mirada al proceso de producción y ampliamos hacia la reproducción social, volvemos a ver que el desarrollo de una identidad política autónoma, emergente solo por los enfrentamientos y las solidaridades constituidos al interior del lugar de trabajo es imposible.

El problema de las mediaciones en el lugar de trabajo tiene gran relevancia para pensar los procesos de formación de la clase trabajadora. El posicionamiento de Gilly puede orientarnos hacia una mirada de los cuerpos de delegados y las comisiones internas como unidades de observación en sí mismas, ajenas al conjunto de los procesos sociales. El cuestionamiento que esbozamos, apunta una dirección contraria, que nos permita analizar las instancias de organización de los trabajadores como parte de procesos de mayor alcance.

### **Sobre el carácter opositor del sindicalismo de base**

Una mirada más precisa en torno a los efectos de la cooperación, que no asuma *a priori* la conformación de lazos de solidaridad y acción colectiva, así como una revisión profunda de las mediaciones que atraviesan a la clase trabajadora, nos obliga a objetar que esa politización tienda a cuestionar *per se*, como vimos en el primer apartado, la dominación celular y el modo de acumulación.

Poner en tensión este posicionamiento es importante porque tiene profundas raíces, tanto en las investigaciones sobre el movimiento obrero, como en la mirada de gran parte de las organizaciones de izquierda. Más allá de las bases teóricas que sustentan el planteo de Gilly, hay una tendencia a asumir que las bases poseen un potencial opositor que es obstaculizado por las dirigencias sindicales, convertidas en garantes del proceso de dominación.<sup>5</sup> En este caso, el origen se encontraría en la

---

<sup>5</sup> Sobre este aspecto ver Ghigliani y Belkin (2010).

distancia generada entre las bases y las dirigencias durante el primer peronismo.

Esta distinción, casi fundamentalista, entre bases y dirigencias elude el problema de explicar todas aquellas veces que los cuerpos de delegados y las comisiones internas, respondiendo a dichas dirigencias, no cuestionan la dominación social. Una mirada detallada de la historia del movimiento obrero nos puede mostrar cómo las instancias de organización en el lugar de trabajo forman parte de la larga trama organizativa de las dirigencias.

Por otra parte, la organización en el lugar de trabajo no siempre es rechazada por los empresarios. Un ejemplo se dio durante la última dictadura militar cuando varios empresarios buscaron representantes obreros para poder dialogar y negociar ante los conflictos, a quienes Falcón (1996) caracterizó como *interlocutores válidos*.

Es cierto que, dentro de los establecimientos, la capacidad de control del Estado y de las dirigencias sindicales puede ser más débil, dando lugar al surgimiento de formas de militancia opositoras y autónomas. Pero es necesario poder distinguir entre una debilidad en el control, de una ausencia absoluta.

Del mismo modo, en vez de pensar que los delegados y las lógicas de autoorganización se produjeron “al margen” de las directivas de Perón como hace Gilly, la historiografía ha demostrado que se construyeron en tensión y diálogo con esos lineamientos, como han expuesto los trabajos de Doyón (2006), Bitrán (1994) y Schiavi (2013).

Es cierto que la mayor parte de los procesos de radicalización de la clase trabajadora surgieron desde las bases, pero esto no se debe a una condición inmanente.

### **Nota final**

El objetivo general de este trabajo ha sido repasar críticamente las bases del concepto de *anomalía* acuñado por Adolfo Gilly para caracterizar a la organización de la clase en el lugar de trabajo, con la intención de aportar a la comprensión de los procesos de formación de la clase obrera argentina.

Un punto valioso del análisis de Gilly, reside en ser el único planteo teórico para comprender el lugar que ocuparon y ocupan las instancias de organización en el lugar de trabajo. Además, piensa un elemento con la capacidad de fracturar los elementos estructurales que permiten la reproducción del capital y la dominación de clase, aportando un hecho clave para pensar los procesos de formación de clase.

No obstante, hemos señalado un conjunto de problemas agudos en la forma en que delinea los rasgos que componen ese poder de la clase. El concepto de *anomalía* ha resonado más por el brillo que posee, en tanto particularidad argentina, que por la capacidad explicativa de los aspectos que pretende comprender. Sin pretender abandonarla, es preciso una utilización más crítica y consciente de su alcance.

Antes de finalizar, quiero señalar dos aspectos que no debemos pasar por alto. En primer lugar, es una tarea pendiente indagar en las raíces en el pensamiento marxista de la caracterización sobre la cooperación y de la lectura del espacio de trabajo como un lugar no mediado. En segundo lugar, el concepto de *anomalía* ha sido utilizado por diversos autores para referirse, indistintamente, a distintas etapas de la organización de la clase en la historia argentina, incluyendo el período posdictatorial que no es considerado por Gilly en su trabajo. Cabe preguntarse si es posible realizar esa transposición.

## Referencias

- Bhattacharya, T. (2015). Reproducción social del trabajo y clase obrera global. En <https://vientosur.info/spip.php?article13491>
- Bitrán, R. (1994). *El Congreso de la Productividad y el bienestar social. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. Buenos Aires: El bloque editorial.
- Ceruso, D. (2015). *La izquierda en la fábrica. La militancia en el lugar de trabajo, 1916-1943*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Doyón, L. (2006). *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana.
- Falcón, R. (1996). La resistencia obrera a la dictadura militar (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos). En Quiroga, H. y Tcach C. (comps.) *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Ghigliani, P. y Belkin, A. (2010). Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes. *Nuevo Topo*, (7), 117-124.
- Gilly A. (1980). Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia. en AAVV., *Movimientos populares y alternativas de poder en américa Latina*. Universidad Autónoma de Puebla.
- Gilly, A. (1983). *Por todos los caminos/1*. México: Nueva Imagen.
- Gilly, A. (1990). La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores). En P.G. Casanova (coord.), *El Estado en América Latina: teoría y práctica*. Mexico: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1972). El movimiento turinés de los consejos de fábrica. En M. Gerratana, *Consejos obreros y democracia socialista. Cuadernos de Pasado y Presente*, (34).
- Lebowitz, M. (2005). *Más allá de 'El capital'. La economía política de la clase obrera en Marx*. España: AKAL.
- Marx, K. (2001). *El Capital. Libro I Capítulo VI (inédito)*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2006). *El capital: el proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Offe, C. y Wiesenhal, H. (1980). Dos lógicas de la acción colectiva. En C. Offe (1992), *La Gestión política*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Postone, M. (2006). *Tiempo, Trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: M. Pons.
- Schiavi, M. (2013). *El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

## Sobre las autoras y los autores

### ÁLVAREZ, ROLANDO

Doctor en Historia (Universidad de Chile), Magíster en Historia (Universidad de Chile) y Profesor de Historia Geografía (IPES Blas Cañas). Actualmente es Director del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Publicó varios libros sobre la historia del Partido Comunista chileno entre los que se encuentran *Hijas e hijos de la Rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile en postdictadura (1990-2000)*, Lom Ediciones, 2019 y *Forjando la vía chilena al socialismo: El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*, Editorial América en Movimiento, 2020.

### FONTES, PAULO

Doctor en Historia por la Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP), Magíster en Historia por la Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP) y Licenciado en Historia por la Universidade de São Paulo (USP). Es profesor del Instituto de História de la Universidade Federal do Rio de Janeiro UFRJ en donde coordina el Laboratório de Estudos de História dos Mundos do Trabalho (LEHMT/UFRJ). Es autor de artículos y libros sobre la historia social del trabajo en Brasil después de la Segunda Guerra Mundial, entre los que se destaca *Um Nordeste em São Paulo. Trabalhadores Migrantes em São Miguel Paulista, 1945-1966*, editado por la Fundação Getulio Vargas en 2008

### GHIGLIANI, PABLO

Doctor en Industrial Relations (De Montfort University - Inglaterra), Magister en Labour Studies (Institute of Social Studies - Holanda) y Profesor de Historia (Universidad Nacional de La Plata). Se desempeña como investigador del CONICET y docente en la UNLP. Coordinador del Programa Mundos del Trabajo (IdHICS-CONICET/UNLP) y miembro del Colectivo Historia Obrera. Recientemente ha coordinado el libro *Procesos represivos, empresas, trabajadores/as y sindicatos en América Latina. Actas*



*del II Encuentro internacional de la RIProR*, La Plata: Programa Mundos del Trabajo – UNLP, 2021.

#### **SALTZMANN, LUCRECIA**

Doctora en Humanidades y Artes con mención en Antropología por la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Magister en Sociología (FLACSO-Ecuador) y Licenciada en Antropología (UNR). Actualmente se desempeña como becaria postdoctoral de CONICET en el ISHIR, abordando temas de género y trabajo. Es integrante del Proyecto de Investigación Plurianual (PIP) “Procesos de formación de la/s clases trabajadora/s en Argentina desde la segunda mitad del siglo XX. Aproximaciones desde la historia y la antropología social del trabajo”, dirigido por la Dra. Silvia Simonassi.

#### **SANTELLA, AGUSTÍN**

Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, y Maestro en Ciencias Sociales por la FLACSO-sede México. Es investigador independiente de CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la UBA. Ha publicado sobre movimientos obreros, conflictividad social y teoría sociológica e histórica marxista. Entre sus libros se cuentan *Marxism, Social Movements and Collective Action*, con Adrian Piva (editores) (Palgrave, 2022), y *Labor Conflict and Capitalist Hegemony* (Brill, 2016). Es miembro del comité editor de la *Antagónica. Revista de crítica e investigación social*.

#### **SIMONASSI, SILVIA**

Doctora en Humanidades con Mención en Historia por la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Magister en Ciencia Política y Sociología (FLACSO) y Profesora de Historia (UNR). Profesora Titular en las carreras de Historia y Antropología de la UNR. Investigadora por la UNR en el ISHIR (Instituto de Investigaciones Sociohistóricas Regionales). Directora del PID UNR “Clase trabajadora, conflictividad y organización en el centro sur santafesino durante las décadas de 1960 y 1970” e integrante del Programa Mundos del Trabajo (IdHICS-CONICET/UNLP). Recientemente ha coordinado junto con Verónica Vogelmann el libro *Las y los trabajadores*

*bancarios rosarinos en la historia gremial nacional -1955-2019-* (Ediciones del ISHIR-La Bancaria Rosario, 2022).

### **SOUL, JULIA**

Doctora en Humanidades, mención antropología por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Es investigadora CEIL CONICET (2012). Su trabajo de investigación está focalizado en la dinámica de formación de la clase trabajadora en la historia reciente en el campo de la Antropología del Trabajo. Ha profundizado en temáticas vinculadas con los procesos de internacionalización empresarios y de las organizaciones sindicales. Ha publicado *SOMISEROS. La constitución y el devenir de un grupo obrero desde una perspectiva socioantropológica* (Prohistoria: 2014) y ha co-editado *Clase, proceso de trabajo y reproducción social. Ampliando la perspectiva de los estudios laborales* (CEIL: 2021). Es autora de numerosas contribuciones, artículos y capítulos de libros en Argentina y el exterior. Se ha desempeñado como docente de pos grado en Antropología del Trabajo y en Teoría de las relaciones laborales en diferentes universidades del país (UNPA; UNGS; UBA). Integra el Taller de Estudios Laborales, organización dedicada a la producción conjunta de conocimiento para la organización sindical con activistas y militantes del movimiento sindical.

### **TESSIO, JULIA**

Profesora de Antropología egresada de la Universidad Nacional de Rosario. Es becaria doctoral de CONICET por el Instituto de Investigaciones Sociohistóricas Regionales (ISHIR-CONICET/UNR). Se desempeña como Jefa de Trabajos Prácticos en la materia Historia Social y del Sistema Educativo Argentino de los Profesorados de Matemática y Física, Facultad de Ciencias Exactas e Ingeniería (UNR) y como Auxiliar de Investigación en Historia Social Latinoamericana de la carrera de Antropología (UNR). Integra el PID UNR "Clase trabajadora, conflictividad y organización en el centro sur santafesino durante las décadas de 1960 y 1970" y el Programa Mundos del Trabajo (IdHICS-CONICET/UNLP)." Actualmente se encuentra cursando la Maestría en Historia Social Argentina y Latinoamericana y el Doctorado en Historia de la UNR.

**VENERO, FELIPE**

Licenciado en Historia por la Universidad de La Plata (UNLP-Argentina). Docente de la carrera de Historia en la misma universidad. Integrante de distintos proyectos de investigación vinculados a la historia de la clase obrera, el sindicalismo de base y la represión estatal, todos radicados en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/CONICET-Argentina).

Esta compilación reúne los trabajos presentados en los encuentros y talleres virtuales organizados durante los años 2020 y 2021 por el Proyecto de Investigación Plurianual “Procesos de formación de la/s clase/s trabajadora/s en Argentina desde la segunda mitad del siglo XX. Aproximaciones desde la historia y la antropología social del trabajo” (ISHIR CONICET/UNR e IDIHCS CONICET/UNLP) dirigido por la Dra. Silvia Simonassi y co-dirigido por el Dr. Pablo Ghigliani, en el marco del Programa de Investigación Mundos del Trabajo (IdIHCS – UNLP), una red de grupos de investigación de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, dedicados al estudio del trabajo en el Cono Sur desde el campo de la historia y la antropología social. Ambas iniciativas comparten un horizonte común: la investigación empírica y la reflexión teórico-metodológica sobre la formación de la clase trabajadora, esto es, sobre los cambios en su composición y las dinámicas que marcan el ritmo de los procesos de organización, desarticulación y reconfiguración que la determinan.



Programa  
Mundos del Trabajo



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

ISBN 978-950-34-2235-9



9 789503 422359

CONICET



I S H I R